

COLOMBIA
enferma
de plomonia

Roberto Sancho Larrañaga

COLOMBIA enferma de plomonia

La década de 1960 y la violencia política
armada en Colombia: ELN

Ariel



Universidad
Autónoma de
Bucaramanga

© Roberto Sancho Larrañaga, 2020
© Universidad Autónoma de Bucaramanga, 2020
© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2020
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

Diseño de cubierta y diagramación: Martha Cadena

Primera edición: junio de 2020

ISBN 13: 978-958-42-

ISBN 10: 958-42-

Impreso por: xxxxxx

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

A mi esposa, Elvira; a mis hijas, Mariel y
María Alejandra, y a mis padres, Manolo
y Mari Tere.

Contenido

Introducción..... 11

PRIMERA PARTE

Las personas hacen la historia

Grito de Independencia en plena Serranía
de los Cobardes: primera acción armada
del Ejército de Liberación Nacional..... 19

Fabio Vásquez: el ‘che’ colombiano..... 31

El regreso de Cuba de la Brigada Pro-liberación
José Antonio Galán..... 43

El joven campesino Nicolás Rodríguez Bautista:
“y a partir de ese día yo fui comunista”..... 57

SEGUNDA PARTE

Las personas hacen la historia, pero en contextos determinados

Los factores internos y el surgimiento de organizaciones armadas	83
Colonización agraria y ausencia del Estado: campesinado y surgimiento de la guerrilla	83
La victoria del fusil sobre la palabra	96
Cultura política de la violencia: una población con carencia de hierro y epidemia de “plomonía”	101
El proceso de formación del Estado-nación en Colombia	108
La camisa de fuerza del Frente Nacional.....	113
El clientelismo y la caja de galletas del Estado	119
Elipse de violencia: coerción, represión y revolución armada	122
La oposición política y el cambio del voto por el fusil	128
Los factores externos y el surgimiento de organizaciones armadas	133
“La chispa que enciende la pradera”.....	133
América Latina sumergida en el maremoto revolucionario.....	136
Cuba: el paraíso terrenal de los revolucionarios	140
Nicaragua sandinista y la segunda ola revolucionaria en América Latina.	145
EE. UU. y la política contrainsurgente: Plan Lazo, doctrina de seguridad nacional y el enemigo interno.....	147
Ruptura chino-soviética y nacimiento de la Nueva Izquierda: la izquierda enferma de infantilismo ..	150
Foquismo: la vanguardia que con su foco iluminó la revolución	156

TERCERA PARTE

Las personas perciben de manera diferente
los contextos: imaginarios sociales y violencia

La sociedad, un infierno de salvadores 165

Cristianismo y socialismo: deificación de la realidad y
realización de la deidad 171

La mística evangélica de la revolución..... 175

Ejércitos del pueblo y héroes de los pobres
en plena Guerra Santa 181

Para ser un auténtico cristiano hay que ser
revolucionario, ¿o tal vez al revés?..... 185

CONCLUSIONES

Formas de comprender el pasado que
construyen el futuro..... 193

EPÍLOGO

Y Pablo tuvo que volver al monte..... 207

Bibliografía..... 221

Introducción

“La vida debe entenderse hacia atrás,
pero vivirse hacia delante”

SOREN KIERKEGAARD

El Centro Nacional de Memoria Histórica, organismo gubernamental, confirmó más de doscientos mil muertos desde la década de 1960 debido al conflicto armado. La crítica de la violencia debe comenzar por conocer su propia historia, aunque suene con eco de Walter Benjamín, analizar sus causas y factores, su persistencia en el tiempo. Porque el problema es que no podemos evitar el conflicto, pero sí prevenir la violencia y encontrar cómo salir de ella. Y estas salidas pasan por su comprensión y por desactivar una cultura de violencia impuesta en la sociedad como hábitos instituidos a partir de las costumbres y el pasado, anulando la ética del cuidado y el respeto al otro. Colombia debe mejorar en la autoregulación de la violencia en diversas esferas, interpersonales, de género o políticas. La violencia y la guerra no son estados naturales de las personas, sino el resultado de una configuración histórica de las relaciones de poder en una sociedad. Por ello, la violencia y el terror no son situaciones irracionales, hay una “lógica” o “racionalidad” que explica su existencia y que se requiere desactivar para encontrar soluciones.

La comprensión histórica de la violencia política armada puede mejorar la forma de enfrentar colectivamente este fenómeno social en la actualidad. Así, no es tanto el pasado como lo ya sucedido o acontecido, el interés del libro, sino el pasado en tanto está o determina aspectos del presente. Frente a las olas de amnesia colectiva y desconocimiento de la historia, se propende por utilizarla como un depósito de experiencia y sabiduría colectiva que permite identificar las raíces del problema para ahondar en sus soluciones. Pasar de la comprensión del cómo al porqué, atreverse a saber (*sapere aude*), a pensar el presente con perspectiva histórica. El problema es que cuando no se estudia suficiente y colectivamente la historia del país, se está condenando a un grupo social a quedar enquistado en el problema de la violencia armada por la falta de comprensión del fenómeno.

Este libro aboga por analizar uno de los fenómenos sociales más trascendentales de la historia contemporánea de Colombia: la violencia política armada. Entendida esta como la acción de imponer la voluntad política propia al otro por medio del uso sistemático de la fuerza armada para producir un orden social y político determinado. Por lo tanto, no es exclusiva de las guerrillas, pero utilizamos el estudio de caso del Ejército de Liberación Nacional (ELN) para profundizar en un proceso más complejo, como es la formación del Estado-nación y las relaciones de poder en una sociedad concreta, así como la dificultad de construir marcos de convivencia éticos y políticos comunes en el país. El texto reflexiona sobre las condiciones históricas que permitieron el surgimiento y consolidación de esa violencia en Colombia en la década de los sesenta del siglo pasado, y las persistencias de algunas de estas condiciones que dificultan los procesos de negociación y resolución con estos actores armados. La lectura del libro muestra la complejidad del fenómeno y lo aborda desde diversos ámbitos como los contextos sociopolíticos nacionales

o geoestratégicos internacionales, los contextos culturales y los imaginarios de algunos militantes más representativos de la organización. Para ello se utiliza como insumo la tesis doctoral desarrollada previamente, titulada *La encrucijada de la violencia política armada en la segunda mitad del siglo XX en Colombia y España: ELN y ETA*, así como el libro *Guerrilla y terrorismo en Colombia y España: ELN y ETA*.

La idea es realizar un ejercicio de “historia social comprensiva” de una época crucial de Colombia, que incluye tanto el estudio “objetivo” de los factores históricos y las causas estructurales de la violencia política armada, como el estudio de “lo subjetivo”, de los sentidos o imaginarios sociales que guían la acción de los militantes de las organizaciones armadas. Deseamos con ello establecer un puente entre un conocimiento histórico-social objetivo y el análisis de las mentalidades y sentidos construidos por los actores armados en su vida cotidiana. Lo que permite tener una visión más holística para interpretar y analizar la violencia política armada. Esta es la apuesta, buscar esas racionalidades, el sustrato cultural que fundamenta y que ha permitido la persistencia de la violencia política armada durante la segunda mitad del siglo xx y comienzos del xxi en el país.

Y es que el pasado está presente en Colombia cuando hablamos de la violencia política armada, por ello utilizamos la perspectiva histórica para analizar el papel de la violencia (o la ausencia de paz) en las relaciones de poder. Este texto es una historia del “espíritu de una época” que no solo marcó el devenir del país; sino también el carácter especial de algunas organizaciones armadas. Por ejemplo, el foquismo inicial del Ejército de Liberación Nacional (ELN), entendido como un pequeño foco de guerrilleros que emprende el levantamiento popular, se traduce en la actual descentralización del poder de esa organización, que dificulta un criterio único frente a los procesos de negociación y, en muchos casos, la resolución

del conflicto. El análisis se centra sobre un asunto u organización particular (ELN), pero profundiza en su trama sobre los factores o motivos que hacen comprensible la persistencia de la violencia armada en el país. Son los contextos históricos los que permiten mejorar en la comprensión de la crisis actual, con la intención, tal vez, de liberarse del pasado, porque en el tema de la violencia parece que el país sigue atrapado, no encuentra las salidas adecuadas.

La violencia en la sociedad no debe ser entendida como un fenómeno absoluto y permanente, su comprensión requiere analizar los procesos histórico-culturales desde donde se configuran las comunidades y sus relaciones de poder. Para el caso de Colombia, no se puede desconocer el papel fundamental que la violencia supuso en las formas de configuración de las relaciones sociales; pero tampoco que abordarla requiere una visión polisémica y desde la complejidad de este fenómeno social. Este libro pretende acercarse a esta complejidad a partir del análisis de un caso local (el surgimiento y consolidación del Ejército de Liberación Nacional) y de la historia de las guerrillas en América Latina, indagando, en primer lugar, las estructuras mentales de los individuos que justifican en la conciencia su acción armada; en segundo lugar, los factores estructurales que inciden en ese surgimiento y consolidación y, por último, las lógicas de la propia organización que dificultan la resolución del conflicto armado. Si bien la violencia son acciones individuales o colectivas, se enmarca en unos contextos histórico-culturales determinados y se apoya en estructuras sociales y organizaciones concretas. La relación entre conciencias individuales, relaciones económicas, políticas y sociales, y las particulares formas de organización pueden arrojar luz para interpretar y poder abordar la solución a la violencia política armada en una sociedad.

Y si bien la violencia está presente en cualquier momento histórico o comunidad, también es cierto que la intensificación

de ella en las relaciones sociales se concreta en algunos períodos de tiempo y grupos sociales. La disyuntiva está, entonces, entre una sociedad donde predominan valores asociados a la paz, la tolerancia y la convivencia, y otra donde la hegemonía en las relaciones sociales a nivel micro o macrosocial está marcada por las violencias. Generalmente, son algunos factores políticos, económicos, de relaciones sociales, de cultura, entendida como hábitos de comportamiento institucionalizados y legitimados socialmente o determinadas subjetividades los que inclinan la balanza hacia la paz y convivencia o hacia la violencia e intolerancia.

También el carácter de las organizaciones y su evolución explican la persistencia de la violencia política armada. En el caso del ELN, su visión mesiánica y su descentralización marcan la pauta de su perdurabilidad y su viraje de tener como fin la toma del poder político en su origen, al actual de sobrevivir y progresar a partir del crecimiento económico en actividades ilegales que les aseguran el control de territorios o poblaciones, y los recursos para enfrentar al Estado.

El libro es un relato de una realidad histórica que apuesta por la narración en la primera parte, a partir de la vida de algunos de sus protagonistas, recreando atmósferas particulares; pero, en un segundo momento, apuesta por el ensayo para ampliar el prisma y abordar factores estructurales de la violencia, como los contextos nacionales e internacionales, esperando que la narración cobre vida para el lector y le permita una comprensión más amplia y profunda de las condiciones históricas del fenómeno de la violencia política armada en Colombia. En el epílogo se realiza el ejercicio de pensar históricamente las causas del fracaso del último proceso de negociación de paz con el ELN. Y esa es etimológicamente la labor del autor, “*augere*” que significa “aumentar” la visión y comprensión de este fenómeno social.

PRIMERA PARTE

**Las personas
hacen la historia**

Grito de Independencia en plena Serranía de los Cobardes: primera acción armada del Ejército de Liberación Nacional

El grupo se dividió en dos: la escuadra número uno, en la que nueve hombres harían de guerrilleros y emboscarían a la escuadra número dos, compuesta por otros ocho hombres que harían de tropa del ejército. Se preparó todo: unos “enmontados” estarían detrás de la vegetación a ambos lados de la vía y los otros bajarían por el camino real. Cuando el ejercicio iba a llegar al momento más importante y todos estaban listos en su posición para el combate, en mitad del grupo de hombres encargados de emboscar a esa “patrulla” del Ejército, se escuchó un grito de rabia y desespero: “¿Qué hijueputa vinimos a hacer aquí?”. Era Silverio, nombre de guerra de un joven santandereano, ejemplar típico de esta región montañosa del nororiente colombiano. Rebelde y atravesado, se negaba a cumplir las ordenes de seguir entrenando y recreando el estruendo de las balas con la boca, porque, dada la escasez de balas, el entrenamiento era sin munición. Sin poder disparar su carabina calibre 22, Silverio gritaba enfurecido: “¡Ah, no,

yo no hago más pum-pum-pum! ¡Cuando toque dar plomo, sí, pero estas güevonadas yo no las aguanto más!”¹.

La cuadrilla se olvidó rápidamente del entrenamiento militar y, saliendo cada uno de sus puestos, comenzaron una acalorada y típica discusión entre compatriotas. Silverio seguía gritando desesperado que se negaba a hacer ese teatro, él no había entrado a la guerrilla para hacer el payaso; alegaba que quería ver armas de verdad y no las que Fabio dibujaba en un tablero de madera; estaba harto de escuchar frente a esa pizarra decir “esto es una granada” o “esta una ametralladora”. Los compañeros responsables del grupo querían que entrase en razón y con voz firme, pero cariñosa, le afirmaban que todo cambiaría pronto, cuando comenzaran los combates de verdad con el Ejército. Otros compañeros querían que se castigara la actitud de Silverio de forma ejemplar, alegando que la revolución se basaba en la disciplina y que ese acto de insubordinación requería una rectificación inmediata del santandereano o, si no, un juicio revolucionario en el que el encausado se atenía a la sentencia de muerte. “¿Qué sucedería si estas acciones se producían en un enfrentamiento de verdad?”, alegaban estos improvisados fiscales. La discusión se seguía en alta voz, intentando cada uno imponer su opinión, no con los argumentos más convincentes, sino con los gritos más fuertes. Toda esta situación era inverosímil, teniendo en cuenta que se trataba de un grupo clandestino que intenta pasar desapercibido y mimetizarse con el paisaje selvático del Cerro de los Andes, pero el eco de la discusión recorría toda la vereda, ese pequeño valle entre montañas. Silverio reflejaba el sentir de la mayoría del grupo. Qué lejos quedaban el entusiasmo y la alegría de ese 4 de julio de 1964, cuando diecisiete campesinos, al mando de Fabio Vásquez, comenzaron la Primera Marcha

1 Testimonios de Nicolás Rodríguez Bautista, tomados de María López Vigil, *Camilo camina en Colombia*. Segunda Edición, Hecho en Colombia, 1989, pp. 54-55.

Guerrillera. En ese momento, todos ellos iniciaban su vida como subversivos y constituían el núcleo inicial del naciente Ejército de Liberación Nacional². Solo habían pasado varios meses desde esa Primera Marcha, se encontraban en diciembre, y el hambre, el cansancio, la separación de la familia y, sobre todo, la falta de acción militar tenían mermada la moral revolucionaria de estos combatientes. Tal vez, como afirmó el propio ‘Che’, “una guerrilla que no combate desaparece”. La situación del grupo guerrillero no podía continuar con esa precariedad de recursos, mal vestidos, alimentados y, lo peor, deficientemente armados para emprender la ingente labor de “liberar a Colombia de las garras de la oligarquía y del imperialismo yanqui”. Literalmente, no solo se autodefinían como el ejército de los pobres, sino que eran eso: un ejército pobre. Era necesario conseguir dinero, armas, medicamentos y, no menos urgente, realizar una acción militar que elevase la moral de la milicia. Esta acción debía servir también para darse a conocer ante el país y el mundo entero. Así comenzó la planificación de la Toma de Simacota.

Simacota era una población santandereana de unos cinco mil habitantes que reunía las características para esta primera acción militar. Este primer combate era decisivo para el futuro del naciente ELN, no podía fracasar. Había que asegurar la victoria. En juego estaba el debate que por esos días se daba en la izquierda en Colombia sobre la viabilidad de la lucha armada para cambiar la situación del país. La incursión tenía que ser exitosa en todos los frentes: militar, política, y económica. El lugar tenía un significado simbólico porque era la tierra de los Comuneros, aquellos que se habían alzado contra la explotación de España durante la Colonia; y lugar de nacimiento de su principal líder, José

2 Jaime Arenas, *La guerrilla por dentro. Análisis del ELN colombiano*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1971, pp. 42-43.

Antonio Galán, mártir nacional. Galán fue asesinado por los españoles, y su cuerpo fue destrozado y exhibido frente a las poblaciones donde la insurrección tuvo mayor fuerza. Fabio era consciente de este legado simbólico. También el resto del grupo se sentía orgulloso de esa gesta y fueron continuadores, después de varios siglos, del fenómeno libertador. Además, Simacota se eligió porque era fácil una victoria militar a pesar de la precariedad del armamento. Solo existía un puesto de policía con cinco agentes y el batallón más cercano del Ejército se encontraba a casi una hora de camino. La población también contaba con una sucursal de la Caja Agraria, que permitiría acopiar recursos económicos, así como droguerías y almacenes para obtener medicamentos y alimentos. También había un miembro del grupo que conocía muy bien la región y estaba suficientemente alejada de la zona-base para poder replegarse y no poner en riesgo los apoyos campesinos de la guerrilla.

Así pues, después de pasar el día de Navidad en el páramo, comenzaron la aproximación al objetivo escogido. La marcha no era sencilla, dado que la zona era inhóspita y el clima extremo. El frío del páramo era atroz y la ausencia de buenos caminos dificultaba el avance. La mayoría eran hombres acostumbrados a caminar por el monte, ya que eran jóvenes campesinos, e incluso varios de ellos habían estado años antes en estas inexpugnables selvas de San Vicente de Chucurí, peleando como guerrilleros liberales a las ordenes del legendario Rafael Rangel después del asesinato, en 1948, de Jorge Eliécer Gaitán. Entre otros exguerrilleros liberales, y en ese momento guerrilleros “marxistas” del ELN, se encontraban figuras como José Solano, alias Tirapavas, Jorge González, Domingo Leal, Hernán Moren, Jacinto Bermúdez o José Ayala. La marcha era lenta, a pesar de las largas jornadas de diez horas y de la estación beneficiosa del verano. El sudor y lo inapropiado del equipo hacía que los hombres terminaran las marchas con los

pies escaldados y las espaldas laceradas. Algunos llevaban botas de caucho de tallas más grandes, otros, las dos botas del mismo pie, como en el caso de Nicolás Rodríguez Bautista, alias Gabino, lo que convertía en un verdadero infierno caminar por aquellos empinados filos, cañadas o a través de la interminable y resbaladiza selva que tocaba ir rompiendo para poder atravesarla. Pero como animales de monte fueron superando los obstáculos que la naturaleza les ponía: las angostas quebradas que había que cruzar por resbaladizos troncos como malabaristas de circo; las escarpadas paredes de los valles profundos; las frías noches en improvisados cambuches de helechos y ramas secas donde intentaban atrapar unas horas de sueño. “¡La revolución es sacrificio!”, afirmaban los más viejos, y cada nuevo día parecía darles la razón.

Al fin llegaron a cercanías de Simacota. La operación se había planificado para el 7 de enero en previsión de que los policías, después de la fiesta de la noche anterior, día de Reyes, estuviesen más descuidados. Incluso tenían la esperanza de encontrarlos borrachos. Había que aprovechar al máximo el factor sorpresa, dada la escasez y el mal estado del armamento, para intentar robar el de los policías. Estos nuevos estrategas-guerrilleros se estrenaban poniendo toda su fe en el conocimiento del sentir de las gentes. Ellos sabían que la fiesta en Colombia, como en otros países maltratados por el destino, se convierte en un estado de euforia que intenta exorcizar la adversidad del día a día de las personas. Es la excusa para verse la cara, comprobar que se ha sobrevivido a otra temporada, que están vivos, y, para demostrarlo, gritan, bailan, se emborrachan, aman y pelean; y luego regresan tranquilamente a sus humildes casas, a sus aislados y míseros ranchitos en la montaña. Y vuelven a trabajar la tierra, a reproducirse, trayendo hijos a este mundo, con una dinámica similar a la selva que los acoge. Y así hasta la siguiente fiesta, renovando el ciclo vital y fatal de la naturaleza.

Como lo habían previsto, los policías estaban agotados luego de la celebración hasta altas horas de la noche. Pero esta primera acción del ELN fue más una mezcla de realismo mágico, histeria, venganza, improvisación y simbolismo, que una lección de estrategia militar. Esta acción marcó el nacimiento del grupo guerrillero que lleva décadas combatiendo, pero también pudo haber marcado su defunción dadas las situaciones tan rocambolescas que se generaron ese 7 de enero a partir de las primeras horas de la mañana, cuando la gente de Simacota empezó a ver bajar del monte a unos hombres armados con revólveres, escopetas y carabinas, y comenzó a gritar: “!Se metió la chusma; ¡Se metió la chusma;”³. La chusma, o chusmeros, eran bandoleros que azotaron durante los años cincuenta varias regiones de Colombia asaltando y robando fincas. El grupo guerrillero estaba integrado por veintiséis hombres y una mujer, Paula González Rojas, alias Mariela, y era dirigido por Fabio, quien, a partir de las cinco de la mañana dio las instrucciones de cómo se llevaría a cabo la operación: por grupos se encargarían de controlar todas las vías de acceso a la población, a los agentes de policía y al alcalde. A primera hora del alba, el grupo de insurrectos, llegó a las cercanías de la población, tomando posición en un cafetal desde donde se divisaban tanto las salidas del pueblo hacia las poblaciones cercanas de Socorro y Chimá, como la plaza principal. Mientras esperaban el momento adecuado para atacar, se vieron sorprendidos por la llegada de campesinos al pueblo, quienes venían de otras veredas vecinas. Hubo que actuar rápidamente: un comando se precipitó por la colina para retener a los labriegos en la casa de doña Resura. El resto del grupo guerrillero se puso en acción. Todo se precipitó en poco tiempo, se necesitaba controlar las entradas en la población,

3 Pastor Virviescas Gómez, “La toma de Simacota: entre el mito y la realidad”, *El Espectador*. Bogotá, domingo 12 de abril de 1998, p. Judicial 5-A.

varios hombres del ELN se distribuyeron por las esquinas estratégicas del pueblo: el triángulo formado por la Caja Agraria, el estanco de don Pedro Elías y Telecom.

La noche anterior, la población había estado de fiesta, lo que aprovecharon varios hombres del grupo para inspeccionar el pueblo y comprobar que varios policías se encontraban inmersos en los festejos. Tanto así que cuando el sargento de policía Alberto Herreño Ruiz, medio borracho, se tropezó con una pareja que subía rápidamente por la calle, cerca de las oficinas de teléfonos, y ambos extraños levantaron los brazos para sacar sus armas escondidas debajo de sus camisas, el agente, creyendo que se trataba de un saludo alzó la mano para contestar, y Fabio y Mariela aprovecharon para descargar sus revólveres con catorce disparos. Mariela, todavía nerviosa, se dirigió a Fabio y le dijo: “Mi corazón está en paz. Herreño está muerto”. Esta joven no podía olvidar que el sargento había torturado en varias ocasiones a su papá por ser liberal, lo mismo que a otros familiares y vecinos de El Hato y El Palmar. Ahora, había logrado vengarse.

Desde ese momento la confusión reinó en toda la población. Los disparos silbaban por encima de las cabezas de los pobladores que caminaban buscando refugio; la gente se asomaba a las ventanas intentando comprender qué sucedía; las madres corrían a esconder a sus hijos. Un policía se refugió en una esquina de la iglesia, pero fue alcanzado por una bala disparada desde un costado de la plaza. Otro cayó frente al Café Naranja. El último resistió lo que pudo en el puesto de policía. En la misma plaza los tres policías fueron asesinados por los *elenos*—nombre con el que se conocerá coloquialmente a los miembros del ELN—. Los guerrilleros recuperaron las armas de dotación de los agentes, así como las guardadas en el puesto de policía; posteriormente, un grupo encabezado por Mariela asaltó la Caja Agraria de donde sustrajo 54.000 pesos y se dirigieron luego a la sucursal de Bavaria, donde robó

otros 2.500 pesos; en la casa de don Félix Villareal se apropió de 9.000 pesos y un caballo; en el Hotel Central, 1.000 pesos y una carabina; en la Droguería Saravita, Mariela, como enfermera del grupo, revisó el material y el grupo se llevó varias cajas de antibióticos, jeringas, antisépticos, vendas y jabón; por último, del Palacio Municipal sustrajo una máquina de escribir, una radio y una bandera de Colombia.

La población observaba estupefacta la situación que protagonizaban esos hombres vestidos con uniformes verde oliva y unos brazaletes con las siglas ELN, sin comprender en principio qué sucedía. La anécdota que muestra esta incertidumbre, y que ha quedado en la memoria colectiva de esta población, es la que protagonizó aquel gracioso borracho que, creyendo que los guerrilleros pertenecían a la guardia chulavita (grupo paramilitar conservador que durante todos los años cincuenta sembró el pánico por las poblaciones de mayoría liberal), empezó a dar grandes gritos y vivas a los conservadores y a sus líderes, hasta que los guerrilleros le comentaron que ellos no eran conservadores. Sin esperar mayor respuesta, el borrachillo comenzó a dar vítores a favor del Partido Liberal, obteniendo similar respuesta; lo mismo sucedió cuando probó fortuna con las aclamaciones al Partido Comunista. El borrachito, indignado, exclamó la famosa frase: “Entonces, ¿quién putas diablos son ustedes?”.

Los guerrilleros concentraron a la población en la plaza del pueblo, donde Víctor Medina Morón, alias Andrés, uno de los primeros ideólogos del ELN, y Fabio Vásquez, alias Carlos, animaron a la población a unirse a la lucha revolucionaria contra la explotación capitalista. Leyeron y repartieron unas hojas mimeografiadas con un manifiesto a los colombianos que se conocerá después como el Manifiesto de Simacota.

Transcurridas dos horas desde el inicio de la toma, en torno a las nueve de la mañana, los guerrilleros que vigilaban la carretera que comunicaba con Socorro, la población más

importante de la zona, escucharon el ruido de un vehículo que se aproximaba. El “comando” había dejado sus posiciones porque después de una pequeña asamblea revolucionaria decidieron repartir la leche de unas cantinas grandes que había cerca de la carretera y que pertenecían, según afirmaron los campesinos, a un ricachón del pueblo. Los aldeanos que permanecían retenidos en la casita de doña Resura recibieron a gusto estos tragos de leche de vaca. Los campesinos, muy agradecidos por el inesperado detalle, comenzaron a preguntarles: “¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué se toman el pueblo?” En esa conversación de “acercamiento a las masas y adoctrinamiento político” se encontraban cuando la estafeta, el único que permaneció próximo a la carretera, corrió a avisarles de la cercanía de dos vehículos, aparentemente militares. Salieron rápidamente del porche de la casa y se precipitaron a ambos lados de la vía, atrincherados, preparando sus armas para el inminente enfrentamiento.

¿Cómo era posible que el Ejército, en tan sólo dos horas, estuviera en las puertas de Simacota? ¿Era una casualidad o la inteligencia militar era muy sofisticada? En esas reflexiones estaban los emboscados cuando se acercó la patrulla militar en dos vehículos con unos ocho hombres. Solo unos meses más tarde sabrían que en el momento del ataque a la población la telefonista estaba hablando con su novio, que no era otro que el comandante del batallón del Socorro, al que su amada alcanzó a comunicarle que se oían tiros en la calle, justo antes de que el grupo de guerrilleros encargados de cortar la línea telefónica cumpliera su objetivo militar. El comandante decidió, sin mucha convicción, mandar unos hombres para que averiguasen lo que sucedía en Simacota.

Si los guerrilleros fueron sorprendidos por la llegada del Ejército, este podía esperar todo menos que sería recibido a tiros por un grupo armado. Al aproximarse el primer vehículo, un “campero” con un suboficial y tres soldados, a cuarenta

metros de distancia, los insurgentes apuntaron y dispararon sus insuficientes y viejas armas, que servían más para mostrar que para disparar. El armamento consistía en un fusil de un solo tiro, una carabina calibre 22 que había perdido el proveedor y a la que tocaba meterle el tiro en la recámara, girarla y encerrearla para soltar un tiro. Peor suerte corrió el joven Gabino: su escopeta, después de martillarla, no disparó; sacó su revólver marca Lechuza, fabricado artesanalmente en su pueblo, pero tampoco funcionó. La primera acción armada del hoy máximo responsable militar del ELN consistió en no poder disparar ni un tiro y solo correr para salvar su vida, porque después de la primera sorpresa, los vehículos militares pararon y los soldados, ya en tierra, dispararon sus fusiles M-1 semiautomáticos.

Este sería el primer choque armado con soldados profesionales. Todo el grupo guerrillero inició la retirada por la quebrada La Malpasa, mientras eran perseguidos a corta distancia por algunos soldados. Estos continuaron la persecución hasta que la noche, aliada fiel de los “enmontados”, permitió que los guerrilleros se zafaran del acoso militar. Caminaron toda la noche en dirección al Cerro de los Andes. ¡Ironía del destino!: estos “valientes” combatientes se encontraban en plena Cordillera de los Cobardes. Caminaban sonrientes con sus nuevos “fierros”, por fin armas de verdad. Aunque algunos, como Gabino, no podían disimular su pesadumbre por la muerte de su “cuñado”, la única baja que había tenido el grupo. Pedro Gordillo, alias Parmenio, había sido su mejor amigo y confidente en la guerrilla, por él había entrado a la milicia cuando este era novio de su hermana. Era duro para un muchacho de catorce años tener que perder a su compañero, pero más duro resultó dejarlo en el camino porque en el momento de replegarse solo pudieron cargar el cadáver un trecho, pues el Ejército estaba cerca y el muerto podía poner en peligro la huida. Unos cuantos compañeros se quedaron en la retaguardia para

darle una rápida y última despedida al primer mártir del ELN; y allí mismo se le otorgó el grado póstumo de capitán. Fabio ordenó a Gabino que registrara los bolsillos del cadáver para que no se le fueran a quedar cosas que sirvieran de pista al Ejército. Allí quedó el cuerpo sin vida de Pedro, en una orilla de la trocha. Algunos de los compañeros, entre ellos Gabino, no pudieron contener el llanto; otros bajaron la mirada y con paso vivo se alejaron como quien se aleja de su propia muerte.

Al día siguiente, al final de la jornada, decidieron descansar a la orilla de una quebrada en donde se sacudieron el barro que le habían arrebatado a la trocha, quitarse el sudor pegado al cuerpo durante esos dos últimos días y recuperarse un poco del cansancio y la tensión acumuladas. Fabio fue de los últimos en dedicarse a esta faena de aseo personal. Se acercó a la quebrada cuando ya la mayoría del grupo se había acomodado para descansar unas horas. Este hombre de origen campesino y trabajador de banco, sin sólida formación académica, pero con una voluntad regia de empuñar las armas, labró su temperamento después de ser testigo del asesinato de su padre y el entrenamiento militar recibido en Cuba.

Fabio Vásquez: el ‘che’ colombiano

El primer contacto con Cuba fue la imagen por la ventanilla del avión de la compañía KLM que los transportaba⁴: el contraste cromático entre el azul intenso del mar y el verde de la vegetación. Cuba, un vergel natural, y ahora por fin también un paraíso social, pensaban Fabio y sus aproximadamente sesenta compañeros colombianos. Fidel Castro, después de unos primeros momentos de duda, había impuesto su proyecto socialista en la isla; ¡a la caribeña!, como los rebeldes latinoamericanos deseaban. Fabio estaba embargado por la emoción, podía conocer de primera mano la revolución socialista; era un colombiano privilegiado por una beca de estudios concedida por los cubanos. Cuando el avión se detuvo y se abrieron las puertas, bajó tropezando por las escaleras del avión, quería conocer, tocar inmediatamente a un cubano, a un revolucionario de verdad, estrecharle la mano y agradecer el gesto de hermandad que tuvieron con ellos. Y no esperó al recibimiento oficial: se le acercó al primer trabajador del aeropuerto que vio

4 Para reconstruir la estancia en Cuba se utilizó esencialmente la entrevista a Ricardo Lara Parada, otro de los fundadores del ELN, en Cristina De la Torre, “Nacimiento del ELN. Revelaciones de Ricardo Lara Parada”, en *Tropicos. Crítica y réplica*, n° 3, Marzo-Abril, 1980.

y, dándole la mano, lo saludó fraternalmente, como quien lo hace con una persona que no ve por largos años. En la misma pista del aeropuerto, el gobierno cubano preparó el recibimiento a sus invitados; por cierto, no faltó la música tradicional: guantanameras, maniseros y siboneyes.

Después del recibimiento, los estudiantes colombianos fueron trasladados en Cadillac del ICAPA (Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos Americanos) al Hotel Habana Riviera, antiguo emporio de la oligarquía cubana, que había sido convertido en residencia estudiantil. Fabio y sus compañeros estaban asombrados de los lujos y el confort, y se convencieron de que así se hacía la revolución: ¡quitarles a los ricos para darle a los pobres! ¡La fórmula perfecta de la revolución y la felicidad! Tan solo unos días después, el 26 de julio de 1962, llegó la culminación de este éxtasis místico-revolucionario, ese clímax de júbilo en el que se encontraban el grupo de colombianos. Estos fueron llevados en autobús a La Habana para una multitudinaria conmemoración. Allí, en medio de miles de personas, pudieron ver, escuchar, aclamar, aplaudir al ‘Caballo’, Fidel Castro en persona. Fabio, en ese momento, no podía imaginar que esos hechos y, unos meses después, la Crisis de los Misiles Rusos (octubre 1962), condicionarían el resto de su vida.

Tal vez ninguna persona represente tanto a miles de jóvenes colombianos que han decidido ingresar en grupos armados ilegales en las últimas décadas en Colombia como Fabio Vásquez Castaño. Este hombre, que se convirtió en el máximo dirigente del ELN durante más de diez años, hasta 1974, proyecta el sentir, las motivaciones, los estímulos de muchos jóvenes; puede ser, tal vez, uno de los arquetipos del joven guerrillero colombiano (otro podría ser Manuel Marulanda, máximo responsable de las FARC por décadas). Todo ello, tanto por la cultura popular que representa, como por su trayectoria personal. Con una infancia difícil en el campo,

Fabio estaba acostumbrado a trabajar duro y al esfuerzo, fue testigo de excepción de la violencia contra su familia y desde joven se habituó al uso de las armas. Aventurero, “recursivo” por naturaleza, vividor, machista empedernido, galán trasnochado de película mexicana, de fuerte carácter o autoritario, Fabio puede ser el típico colombiano, definido rápidamente con una palabra: sobreviviente.

Era una persona sagaz que sabía sacar el máximo provecho a sus fortalezas y debilidades. No tenía gran preparación académica o política, sus problemas físicos lo limitaban en el plano militar; sin embargo, se convirtió rápidamente en el líder del naciente movimiento insurgente. Y es que Fabio, ante todo, cuidaba su imagen, era consciente de que la vida es puro teatro, como esas películas mexicanas que a él tanto le gustaban; y él, como nadie, representaba el papel de líder guerrillero. Había visto decenas de películas de la Revolución Mexicana, y había interiorizado perfectamente el modelo de sus héroes. Fue, poco a poco, construyendo esa imagen y se fue creando un aura en torno suyo. A ello contribuían su aspecto físico, la seguridad en sí mismo y en sus ideales o la charla franca como buen paisa. En la construcción de esta personalidad, de este ego, contribuyeron mucho los elogios que el mismo ‘Che’ Guevara le dirigiese en público. Ungido con el “agua bendita de la revolución”, todo en él se convirtió, poco a poco, en virtuosismo, lo bueno y lo malo: “Si la revolución era superior, él también era superior; si infalible, él así mismo infalible; si era pura, él intachable. Lo ideal de la revolución lo tomó para sí como cosa cierta y en contraprestación le transmitió, como cosa revolucionaria, todas sus virtudes y defectos. La revolución terminó siendo inflexible, puesto que él era inflexible; acabó siendo autoritaria y militarista porque él era autoritario y militarista; devino excluyente porque él era excluyente; devino campesina porque Fabio era campesino; como la revolución era grande, él no podía ser pequeño, y como Fabio llegó a ser

paranoico, la revolución se volvió paranoica”⁵. En este párrafo se empieza a perfilar la fuerza de los imaginarios y la ideología, el orden simbólico que estructura la realidad que las personas perciben, condicionando su acción social y contribuyendo a la construcción social y simbólica del fenómeno de la insurgencia; pero también se evidencia cómo un individuo, un líder como Fabio, es capaz de transferir su personalidad a todo un grupo social, moldeando su trayectoria. Definitivamente, la historia es un proceso dialéctico entre condiciones estructurales e individuos y se hace necesario comprender la acción tanto desde su significado objetivo como subjetivo.

Fabio fue comparado en Colombia mil veces con el ‘Che’, y las montañas de Santander se convirtieron en el imaginario de muchos idealistas, en la Sierra Maestra colombiana. Personaje odiado e idolatrado, la polémica sobre su vida continúa hasta la actualidad. Comandante Alejandro, se autodefinió, en honor a Alejandro Magno o ‘el Grande’, porque este “eleno” tenía ante sí otra campaña militar frente a la historia, una batalla para liberar a su país y después al continente entero. Su nombre y su figura alimentaron mitos entre ese magma revolucionario que en el país provocó esa falla geológica de la historia de América Latina que fue la Revolución Cubana. No es baladí analizar los nombres de moda que los jóvenes revolucionarios de la época ponían a su descendencia: Fidel Ernesto, José Stalín, Alejandro y, si nacía niña, Alejandra en honor al nuevo libertador de América. ¡Y ahora sí, por fin, era colombiano y no venezolano, como sucedió con Bolívar!

Fabio, el ‘Che’ colombiano, tenía una figura alta, equilibrada, delgada, con espaldas robustas; en la mayoría de las fotos aparece como un modelo de calendario, posando a la

5 Medardo Correa Arboleda, *Sueño inconcluso. Mi vivencia en el ELN*, Fundación para la Investigación y el Desarrollo de la Economía Social (FINDESARROLLO), Bogotá, 1997, pp. 161-162.

cámara. Su rostro es bastante redondo, su mirada profunda, su frente holgada, su sonrisa amplia y llena de picardía; sus bigotes a lo Pancho Villa, aunque su verdadero y admirado modelo fue siempre Jorge Negrete. De este copió sus expresiones corporales y su lenguaje de cine mexicano popular. Generalmente, en la montaña Fabio vestía su uniforme verde oliva, su sombrero de vaquero con alas dobladas y un pañuelo rojo amarrado en su cuello; en su cinto una pistola de nueve milímetros con dos proveedores y su inseparable ametralladora Madsen. Más que un guerrillero, parecía un protagonista de película.

Este formidable aspecto, y unos niveles altos de testosterona, lo convertían en un hombre atractivo para el género femenino con múltiples admiradoras, e incluso algunas fanáticas; especialmente famosos fueron sus amores con las campesinas. Mientras fue el máximo responsable del ELN, Fabio siempre obtuvo ventaja de su posición jerárquica para aproximarse a las compañeras o a las campesinas de las zonas por donde transitaban. Esta doble moral será criticada posteriormente por sus hombres, dado que Fabio siempre fue reacio a que las mujeres entraran en la guerrilla, y mucho menos que sus hombres se relacionasen con mujeres. Sin embargo, se sabía que él llevaba constantemente campesinas por las noches a su “guindadero”, siempre intentando que no le descubriesen. También se acostaba con algunas compañeras militantes de la red urbana, cuando llegaban ocasionalmente al monte a recibir entrenamiento. Estas compañeras tenían que soportar desde el primer momento los esfuerzos de Fabio, su jefe máximo, en una cerrada jerarquía militar, por seducirlas para acostarse con ellas. Muchas sucumbían a sus encantos naturales o a la aureola de líder guerrillero; otras, sin embargo, tenían que soportar durante días o semanas el cortejo de este macho colombiano a la mexicana. Su galanteo era una mezcla de intentos vagos por utilizar técnicas amorosas de la gente

culta, usadas en otros tiempos y lugares, con elementos de un rústico pueblerino o frases de cajón extraídas de sus películas favoritas de charros mexicanos. Fabio sería el único guerrillero que tendría siempre una guerrillera a su servicio, que lo cuidaba, le lavaba su ropa, le preparaba platos especiales, dada su “delicada” salud, y lo acompañaba en sus momentos de soledad. Todo un privilegio en medio de un sacrosanto celibato general de la tropa. Curiosa esta mezcla de amor, revolución, machismo y sexo, que va a ser otra constante en el interior de estas organizaciones guerrilleras.

Pero no siempre el destino estuvo de cara para nuestro protagonista. Nació en el seno de una familia campesina y humilde en Calarcá, departamento de Quindío, en el centro del país y en una reconocida zona cafetera de Colombia. Su infancia quedó marcada porque presenció el asesinato de su padre, acibillado a balazos a manos de los “Pájaros”, unos matones a sueldo del partido conservador, que durante los años cuarenta extendieron el terror dentro del período de violencia partidista. Como miles de compatriotas, Fabio sufrió la violencia en carne propia, se tuvo que desplazar, abandonar sus bienes y su tierra. Tuvo también que dejar la escuela en cuarto año de educación primaria para ayudar a sostener a su familia. Estos hechos sembraron la semilla de la rebeldía en su espíritu. Asimismo, desde entonces, empuñar un arma se volvió en él una obsesión⁶.

Pero la aventura de Fabio en la guerrilla está estrechamente vinculada también con la de sus hermanos. El clan Vásquez Castaño se convirtió, en el surgimiento del ELN, en la verdadera *alma mater* de esta guerrilla; llegando a estar en algún momento configurado el Estado Mayor como un negocio familiar. Salvo por la presencia de Ricardo Lara Parada,

6 Germán Castro Caycedo, *En secreto*, Planeta. Bogotá, 1996, p. 49.

segundo al mando, el resto estaba compuesto por Fabio y sus hermanos, Manuel y Antonio. Esta conexión entre familia y violencia es otro fenómeno común en muchos grupos armados ilegales. Los nombres de guerra que asumieron los hermanos son reveladores del papel que creían que la historia les otorgaba: Fabio, como ya dijimos, se hizo llamar 'Alejandro', sin duda por 'el Magno'; Manuel adoptó el nombre de 'Gerónimo', en honor del jefe indio y Antonio, el menor de los hermanos, utilizó como seudónimo 'Emiliano', por Zapata, el líder guerrillero mexicano.

De todos los hermanos, en un comienzo, el de mayor reconocimiento nacional y político fue Manuel Vásquez Castaño. Aunque criados en el mismo hogar, Manuel pudo estudiar derecho en la Universidad Libre de Bogotá, donde muy pronto se vinculó a movimientos políticos; en un primer momento publicó la revista *La vanguardia del MRL*, militando en las Juventudes del Movimiento Revolucionario Liberal, sector del ala izquierda del Partido Liberal, movimiento dirigido por el caudillo Alfonso López Michelsen, quien posteriormente fue presidente de Colombia. Manuel también presidió la Federación Estudiantil de Colombia y fue elegido representante del Secretariado de la Federación Mundial de Juventudes Democráticas, con sede en Budapest. Esta experiencia le permitió estar algunos años en Europa, conocer varios países de Europa Oriental y Moscú. Manuel se convirtió en el líder político del ELN, siempre apoyando la dirección trazada por su hermano Fabio.

Por ese entonces, Fabio trabajaba como contable en un banco y convenció a Manuel de que manejase sus influencias y le tramitase la solicitud para poder salir a estudiar a Cuba. Recordemos que Fabio solo había estudiado hasta cuarto de primaria, por lo que parece plausible la versión de que tuvo que falsificar su título de bachiller para poder viajar a la isla. Otra vez más, nuestro protagonista se mostró poseedor

de esa mal llamada “malicia indígena”. Por eso, Fabio fue probablemente el único de los jóvenes colombianos que llegaron a Cuba que no tenía como fin adelantar una carrera universitaria, sino vivir su experiencia revolucionaria y, si podía, tener acceso a una formación militar, atraído por esa pasión a las armas.

A los tres meses de la llegada de Fabio a Cuba, en octubre de 1962, se produce la Crisis de los Misiles Rusos con EE. UU. La isla se militarizó totalmente, las ciudades se rodearon de trincheras, se dispusieron cañones en lugares estratégicos, en los edificios más altos se puso la artillería antiaérea y los tanques se desplazaron a toda velocidad por las calles. La población en edad de combatir entró a la milicia, el color de moda fue el verde oliva, constituyéndose en pocos días un ejército de más de dos millones de integrantes. Por las calles quien iba vestido de civil tuvo que soportar los insultos: ¡Gusano!

El gobierno cubano les propuso a los estudiantes extranjeros que salieran del país, para lo que dispuso varios aviones. El grupo de colombianos se reunió y discutieron la situación. De los sesenta que en un comienzo llegaron a la isla, veintisiete decidieron quedarse para apoyar a los cubanos en la defensa de la isla. Estos, entre los que se encontraba Fabio, fueron conducidos a la zona de Pinar del Río, donde se les dio un curso militar intenso de dos semanas. Les proporcionaron uniformes militares y se les instruyó en táctica militar, especialmente en lucha de guerrillas, manejo de armas y preparación de emboscadas. El entrenamiento fue muy riguroso por la misma situación prebélica que se vivía en el país, por eso, al final del curso, el grupo de colombianos se había reducido a veinte integrantes.

Este puñado de combatientes, entre los que se encontraba Fabio Vásquez, Víctor Medina Morón, Luis Rovira o Raimundo Cruz, entre otros, empezó a plantearse la posibilidad de aprovechar esa preparación para formar un grupo armado

en Colombia que desarrollara la teoría del foco guerrillero del Che Guevara. Analizaron la situación de Colombia en comparación con la Cuba prerevolucionaria y llegaron a la conclusión de que existían condiciones para la lucha revolucionaria en el país y la posibilidad de generar un fuerte movimiento insurreccional de masas. Según su análisis, las condiciones internas eran positivas para obtener el poder mediante la conformación de un foco revolucionario: un fuerte movimiento estudiantil en todo el país; paros y huelgas generalizadas en los principales emporios industriales, como Barrancabermeja o Medellín; larga trayectoria de luchas campesinas y amplia experiencia en la lucha guerrillera reciente. También el contexto internacional era analizado de forma positiva: la repercusión de la Revolución cubana se estaba dejando sentir en varios países a través de experiencias foquistas como la de Venezuela y Guatemala.

Pero no todos los jóvenes estuvieron de acuerdo en implementar un grupo armado en Colombia. De ese grupo de veinte hombres, solo diez decidieron continuar la experiencia para armar un grupo guerrillero: Fabio Vásquez Castaño, Víctor Medina Morón, Ricardo Lara Parada, Mario Hernández, Luís Rovira, Cruz Modesto, Alfonso Ibarra, Mauricio Agredo, Raimundo Cruz y José Stalin Merchán. Este grupo habló con los cubanos para plantearles su decisión. El gobierno cubano decidió apoyarlos con un poco de dinero y les ofreció intensificar la preparación militar con vistas al surgimiento del foco guerrillero en Colombia. Además del entrenamiento en táctica guerrillera, comenzaron el estudio y análisis de otras experiencias revolucionarias, como es el caso de Vietnam, Argelia y, sobre todo, la cubana. Aunque el curso terminó en 1963, el 11 de noviembre de 1962 se constituyó la Brigada Pro-liberación Nacional José Antonio Galán.

El siguiente paso fue nombrar una dirección para hacer más operativa y adecuada la estructura de este grupo

clandestino. El análisis para la elección del líder del grupo se realizó teniendo en cuenta el comportamiento en el curso de entrenamiento: quién tuvo mayor entusiasmo, quién desarrollo mayor esfuerzo. Víctor Medina, el compañero con mayor capacidad política, propuso que el jefe militar fuera Fabio. Víctor rechazó la propuesta de Ricardo Lara de que él fuera el máximo dirigente. Alegó que nadie tenía la capacidad militar y el manejo de las armas como Fabio; era el que mejor se desenvolvía en las zonas agrestes, dado su origen campesino. Según Víctor, Fabio era el líder nato. Todos acogieron la propuesta de Víctor Medina, pero también conformaron una dirección colegiada: Fabio sería el jefe militar, Medina dirigiría los lineamientos políticos, y a ambos los apoyaría posteriormente Heriberto Espitia, dada la experiencia que tenía este en la lucha guerrillera, pues fue compañero del famoso guerrillero liberal y luego bandolero 'Chispas'. Ironía de la vida, Víctor Medina no podía imaginar que ese hombre al defendió con tanto ahínco para dirigir el grupo se convertiría un día en su verdugo, la persona que lo mandaría a fusilar. Fabio mandó a asesinar a Víctor Medina cuando este era el segundo al mando y su sucesor, Ricardo Lara también corrió la misma suerte y fue fusilado. Y es que parece que Fabio intentó acabar con todo aquel que puso en peligro su liderazgo; tal vez esto es lo que lo llevó a poner en peligro la vida de Camilo Torres o a sentenciar a muerte al cura aragonés Manuel Pérez. El período de comandancia de Fabio en el ELN fue recordado por las purgas internas y los múltiples fusilamientos de militantes que ponían en duda las directrices de la línea política de la organización, o sea, lo que dispusiese Fabio.

A lo largo del año 1963, los integrantes del grupo fueron llegando a Colombia para preparar el lugar de implantación del foco guerrillero. Al grupo de diez colombianos se les unieron dos cubanos, Juan Martín y un hermano de Antonio Larrota. Una vez en Colombia, se descubrió que estos

dos supuestos cubanos eran colombianos que pertenecían al MOEC, Movimiento Obrero Estudiantil de Colombia, movimiento de masas que tomó como modelo la revolución cubana. Esto creó una crisis en el grupo porque algunos creyeron que se trataba de una infiltración, de una intromisión de los cubanos en el proceso. Este problema obligó a Fabio a regresar a Cuba, en enero de 1964, donde se entrevistó con el 'Che' y un representante del MOEC. El 'Che' planteó la posibilidad de integrar la lucha de masas del MOEC con la lucha guerrillera del grupo comandado por Fabio. Este último se opuso, condicionado por los estrechos criterios foquistas, muy importantes en la historia del ELN. Esta decisión llevó a un distanciamiento de los cubanos y la división del grupo porque, además de los hombres del MOEC, se descubrió que otros, como Ibarra, eran fichas del PCC, Partido Comunista Colombiano. En definitiva, el grupo se vio reducido a seis miembros: Víctor Medina, Fabio Vásquez, Mario Hernández, Luís Rovira, Heriberto Espitia y Ricardo Lara.

Fabio regresó a Colombia y se fue para Bucaramanga, donde se encontró que ya había una cierta estructura organizativa de apoyo en esa ciudad; también en Barrancabermeja, San Pablo, Puerto Wilches, y hay contactos con campesinos de la región de San Vicente de Chucurí. Pero pronto surgieron problemas con el comportamiento de Espitia, lo que hizo que el grupo, con la excusa de que tres miembros en la dirección eran muchos para hacer funcional la estructura clandestina, decidiera que la dirección quedara a cargo de Fabio y Medina. Este último fue nombrado el jefe político, pero, siguiendo los lineamientos de una organización político-militar, debía estar supeditado al jefe militar, o sea, a Fabio. Así se puso en marcha un período de la organización caracterizado por el autoritarismo, campesinismo, extremo militarismo y personalismo. Ejemplo de esto último fue el hecho de que uno de sus proyectos más deseados fuera la creación de un Museo de

la Revolución, para el cual era imprescindible guardar todas las evidencias de su vida. Fabio escribía en su vieja Rémington cientos y cientos de hojas y documentos con minuciosas instrucciones para los hombres de la organización y daba estrictas órdenes de guardarlas para las generaciones posteriores. En más de una ocasión la incautación de esas páginas provocó la caída de las estructuras del ELN en varias regiones.

El regreso de Cuba de la Brigada Pro-liberación José Antonio Galán

A su regreso de Cuba, a mediados de 1963, los miembros de la Brigada Pro-liberación José Antonio Galán se pusieron dos tareas esenciales: la primera, realizar los contactos pertinentes con personas e instituciones para la creación de este nuevo movimiento y la segunda, decidir el sitio adecuado para la ubicación y posterior presentación del primer foco guerrillero. Fue en en este momento cuando el grupo decidió cambiar su nombre, denominándose a partir de entonces Ejército de Liberación Nacional (ELN), porque ellos se percibían como simples militares, reflejando con ello la perspectiva militarista de la teoría del foco y de su dirigente, Fabio.

Este grupo inicial estaba constituido esencialmente por líderes estudiantiles universitarios, impactados por la experiencia vivida en Cuba. Entre ellos destacaban dos líderes universitarios de la Universidad Industrial de Santander (UIS): Víctor Medina Morón y Ricardo Lara Parada. El papel de las universidades como proveedor de cuadros guerrilleros ha sido destacado históricamente en Colombia. La UIS, además, aportó otros destacados cuadros al ELN como Jaime Arenas o

parte de la actual dirigencia de la organización, como Pablo Beltrán, último jefe negociador.

Víctor Medina⁷ nació en Valledupar, tenía un físico y carácter típicamente costeño, era corto de estatura, “descomplicado” y alegre, muy “amiguero”, dicen en Colombia. En su juventud estudió en el colegio de los Salesianos en Tunja e ingresó a la UIS a estudiar ingeniería. Rápidamente se vinculó a los grupos políticos de la universidad, que en ese momento era un verdadero hervidero revolucionario, y muy pronto se convirtió en líder de las Juventudes Comunistas de Santander (JUCO). Fue enviado por el Partido Comunista Colombiano a Cuba para que adelantase estudios en economía. Posteriormente, fue expulsado del partido, al que le arrebató varios militantes para la estructura inicial del ELN.

Ricardo Lara Parada⁸, amigo inseparable de Víctor, nació en Barrancabermeja, la segunda ciudad del departamento de Santander, y verdadero corazón energético y geoestratégico de Colombia por encontrarse en ella la mayor refinería del país. Ricardo era otro representante típico de su lugar de nacimiento: mulato, alegre, de familia muy humilde, consiguió con mucho esfuerzo llegar a la universidad. Fue criado por su madre, Ulda Parada, en ausencia de su padre (cosa también muy habitual en la zona). Su madre era una humilde costurera que pasaba el día, y parte de la noche, delante de su vieja máquina de coser Singer, intentando dar un futuro mejor a sus tres hijos.

7 Sobre Víctor Medina y su relación con el ELN se pueden consultar las siguientes obras: Carlos Medina Gallego, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional, La historia de los primeros tiempos (1958-1978)*, Rodríguez Quito Editores, Bogotá, 2001, p. 44; Carlos Arango, *Yo vi morir a Camilo*, Ed. Colombia Nueva. Bogotá, 1982, pp. 19-35; Jaime Arenas, *óp. cit.*, p. 15; Alejo Vargas, *Magdalena Medio Santandereano. Colonización y conflicto armado*, CINEP, Bogotá, 1992, pp. 186-189.

8 Sobre la relación entre Ricardo Lara y ELN se pueden consultar: Castaño, Oscar, *El guerrillero y el político*: Ricardo Lara Parada, Oveja Negra, Bogotá, 1984.; Cristina De la Torre, *óp. cit.*, pp. 13-35; Ricardo Lara Parada, “Cartas. Ricardo Lara Parada se rectifica”, en *Trópicos. Crítica y réplica*, n° 7, Bogotá, 1980, pp. 7-19; Carlos Medina Gallego, *óp. cit.*, pp. 272-277.

Desde su temprana infancia, Ricardo ayudó, como era habitual, al sostenimiento de su familia, pisando durante horas el pedal de la máquina Singer para que su madre pudiese descansar sus piernas algunos momentos. Ricardo pedaleó durante muchos años con tal rabia que cuando decidió presentarse a competir en una prueba ciclista en su ciudad le fue relativamente sencillo ganar. Y es que a pesar de que se había subido pocas veces en una bicicleta, Ricardo llevaba pedaleando toda su corta vida. La situación de pobreza en que se crió fue lo que despertó en él una pronta vocación política. Si su niñez la pasó pedaleando para escapar de la miseria, su determinación fue que de joven pelearía (en vez de pedalear) para acabar con las injusticias y la pobreza que rodeaba el emporio petrolífero de Barrancabermeja. En esta ciudad se podía encontrar la síntesis de muchas de las contradicciones internas de Colombia, por eso desde un comienzo fue zona de conflictos sociales y políticos.

Como vemos, estos guerrilleros tenían fuertes vínculos con el departamento de Santander, por eso, al regresar de Cuba, los jóvenes empezaron a estudiar la posible zona de implantación del foco insurreccional, como es obvio, una de las zonas proyectadas fue el Magdalena Medio santandereano, aunque se examinaron también otras opciones. Para ello, varios miembros de la Brigada recorrieron diferentes lugares del país buscando la mejor ubicación para la implantación del foco guerrillero. Así se estudiaron las posibilidades de situarlo en la zona de Boyacá (en la localidad de Miraflores), en el sur del departamento de Bolívar (zona de San Pablo), en el Quindío, departamento del Viejo Caldas, en los Llanos o en el Tolima. Pero la decisión final fue establecerse en la región del Magdalena Medio, una de las zonas estratégicas más importantes del país. Sobre las razones de esta decisión se ha escrito mucho, pero creemos que Jaime Arenas acierta cuando afirma que:

Varias fueron las razones por las cuales se escogió a Santander como zona inicial de operaciones. La tradición de lucha del pueblo santandereano, en especial en las zonas donde actuaron en los últimos años las guerrillas liberales de Rafael Rangel; la circunstancia de no existir grupos bandoleros que pudieran ser causa de confusión para las gentes como ocurría en otros departamentos; topográficamente se contaba con un terreno óptimo para la guerra de guerrillas; y, sobre todo, un ulterior desarrollo permitiría controlar la zona petrolera más rica del país, el ferrocarril del Magdalena y el movimiento obrero de mayor importancia nacional. A lo anterior se unían las especiales condiciones revolucionarias del estudiantado de la UIS, conocidas por Medina y Lara y el hecho mismo de que ellos, junto con Espitia, habían desarrollado anteriormente una actividad política en esos sectores, conociendo muchas de sus gentes⁹.

La región era un territorio disputado, muy atractivo para una naciente organización que tenía como objetivo la toma del poder. El lugar, por lo tanto, parecía el ideal para comenzar la lucha guerrillera. Jaime Arenas no solo nos da las claves para entender por qué se eligió esta zona para el establecimiento del primer grupo guerrillero, sino que fueron estas mismas características que determinaron la opción para implantar el foco las que explican, en gran medida, la consolidación y perpetuación hasta nuestros días del proyecto insurgente del ELN: la tradición de lucha plasmada en las guerrillas liberales de los años cincuenta y esa “cultura de guerra” tan arraigada en algunas áreas; la existencia de un terreno óptimo para la guerra de guerrillas, por su orografía y vegetación que dificultan a las fuerzas armadas del Estado el control del territorio;

⁹ Jaime Arenas, *op. cit.*, p.16.

el dominio de la zona petrolera más rica del país, elemento fundamental para entender la financiación y el crecimiento de la organización en las últimas décadas; el control de uno de los dos ejes viales, transversales a todo el territorio nacional, más importantes que recorren el país (el valle del río Magdalena, el otro es el valle del río Cauca), indispensable para los medios de comunicación y la integración del país; en Barrancabermeja se encuentra la mayor refinería, el puerto del río Magdalena y el movimiento obrero más importante y organizado de Colombia, y la cercanía de una universidad que aporta cuadros de dirección a la organización, ya que históricamente ha existido una fuerte organización estudiantil en la Universidad Industrial de Santander.

Además, el ELN llegó a explorar la región en un momento álgido de protestas sociales, sobre todo por la huelga petrolera de 1963. Emprendida por los obreros de la empresa estatal Ecopetrol, encontró rápidos apoyos entre los estudiantes de la cercana Universidad Industrial de Santander y en los campesinos de las zonas próximas de San Vicente de Chucurí, El Carmen y Yarima. Según Carlos Medina, este último respaldo “se empieza a través de una solidaridad efectiva en apoyo logístico, los campesinos se sentían partícipes de la lucha de los petroleros en la medida que las compañías extranjeras y Ecopetrol venían explorando en sus fincas y desplazándolos de ella”. El mismo autor plantea que el ELN aprovechó esta coyuntura para irradiar este conflicto con su discurso revolucionario, nacionalista y antiimperialista y encontró, por tanto, una situación inmejorable para proyectarse en la región porque “en estas condiciones se encuentran con dos elementos que les permite madurar rápidamente el proyecto: las prácticas de la solidaridad de la gente de la región y gérmenes de una organización radical, porque la huelga fue tratada muy violentamente y eso generó una actitud de resistencia violenta de los

trabajadores y sus familias”¹⁰. Esta situación permitió que el ELN realizara una rápida labor de trabajo político en las zonas limítrofes al lugar de implantación del foco guerrillero.

El éxito del surgimiento y posterior consolidación del proyecto de foco insurgente implicaba entrecruzar y articular adecuadamente estos tres sectores políticos: campesinos, especialmente los grupúsculos armados de la época inmediatamente anterior de violencia bipartidista, los estudiantes y los trabajadores mejor organizados del país, ligados al sector petrolero de Barrancabermeja. Si bien el centro de actividad de la joven organización fue la preparación de la infraestructura y apoyo básico del primer grupo armado del ELN en la montaña, el trabajo de proselitismo y creación de estructuras de apoyo se extendió a otros lugares como Bucaramanga y Bogotá.

Por lo tanto, lo que buscaban encarecidamente estos aprendices de revolucionarios al estilo cubano era conseguir apoyos de los sectores más ansiosos y predispuestos al conflicto. En especial, estos jóvenes intentaron ser el puente entre el movimiento estudiantil, que lideraban en Bucaramanga y Bogotá, con la tradición de lucha de los campesinos. En general, todos los intentos de implantar focos guerrilleros en Colombia a partir de 1961, y con la perspectiva foquista-guevarista, buscaron reciclar los residuos de las guerrillas liberales de los años cincuenta, esos grupos organizados que no habían entregado las armas en el armisticio de la década anterior. Estos grupos de exguerrilleros liberales o comunistas, algunos convertidos en simples bandoleros, podían proporcionar la experiencia en la lucha de guerrilla que estos inexpertos revolucionarios ciudadanos carecían, a pesar de los cursos de formación en Cuba. Este fue el caso, por ejemplo, del primer intento de crear un foco en Colombia después de la

10 Carlos Medina Gallego, *óp. cit.*, p. 79.

revolución cubana: el Movimiento Obrero Estudiantil y Campesino (MOEC). Este movimiento, con una base principal de estudiantes descontentos del Partido Comunista Colombiano y embelesados con la revolución cubana, buscó y contactó a bandoleros de gran reputación en la época, como ‘el Aguililla’ y Roberto González, ‘Pedro Brincos’. Estos intentos del MOEC fracasaron, pero hubo otras experiencias en esos años que consiguieron articular esos cuadros estudiantiles con grupos organizados y armados de campesinos como el maoísta Ejército Popular de Liberación (EPL), otra organización armada con un gran impacto en la situación del país durante décadas.

Esta conjunción de jóvenes universitarios con tradición de lucha puede ser la clave del éxito o fracaso de estos focos insurgentes. La vinculación de los jóvenes estudiantes universitarios al tradicional conflicto por la tierra y los recursos naturales de los campesinos del Magdalena Medio santandereano se convirtió en una de las claves de la consolidación del foco insurgente. En aquellos lugares donde los estudiantes no se articularon a la lucha por la tierra estas experiencias generalmente fracasaron, como muestra el ejemplo mexicano, donde los movimientos estudiantiles se mantuvieron alejados habitualmente de los movimientos campesinos.

Esta tradición de confrontación armada por la tierra fue, y continúa siendo, una de las características básicas del Magdalena Medio santandereano; y es uno de los factores esenciales que alimentan la continuación del conflicto armado en la región y el país. Debemos recordar que la región del Magdalena Medio es una de esas regiones de frontera que han servido para canalizar los procesos migratorios conflictivos que han marcado desde comienzos del siglo xx la historia de Colombia. Se caracteriza por ser una región de colonización reciente, escenario propicio para la aparición de la violencia debido al desarraigo social, político, económico y cultural al que somete el régimen político nacional a estas regiones.

El elemento que define a esta región es la reiteración de los procesos de colonización, siempre con un carácter violento. Son ciclos de colonización que comienzan con la llegada del colono a tierras vírgenes, el desbroce de la selva y la puesta en cultivo de estas tierras; un segundo momento sería la presión que sobre estas tierras realizan terratenientes o agentes externos; el proceso termina con la salida, generalmente violenta, de los campesinos en aras de la explotación extensiva ganadera o de la explotación de los recursos naturales (maderas, minerales, petróleo, etc.). Estos campesinos vuelven a adentrarse en la selva como colonos y retoman el ciclo. Es lo que Darío Fajardo ha definido como el círculo de migración-colonización-conflicto-migración-colonización que se ha repetido históricamente en algunas zonas de Colombia a lo largo del siglo pasado y donde el Magdalena Medio santandereano vendría a ser un ejemplo típico.

El Magdalena Medio santandereano se ha caracterizado por ser un territorio históricamente disputado tanto en el plano económico como en el político y en el social. Esta disputa se ha desarrollado en dos niveles: por un lado, la lucha por la apropiación de los recursos naturales que caracterizan a la región y, por otro lado, el enfrentamiento político-armado entre distintos grupos sociales (elites, guerrillas, paramilitares, etc.) que intentan imponer su proyecto frente a otros conjuntos sociales y otros proyectos de dominación política, económica y social. La ausencia de una decidida intervención estatal ha generado paulatinamente una lucha por el poder local y regional. Así, podemos afirmar que tradicionalmente en la región se ha recurrido a la violencia como elemento estructurante de las relaciones políticas, económicas o sociales entre distintos grupos sociales, todo ello por la falta del monopolio de la violencia en manos del Estado, por ser una región periférica y de colonización reciente. La historia del Magdalena Medio santandereano sería la superposición

constante de conflictos sin resolver que han ido tejiendo una telaraña que ha atrapado a la población de la región en unos conflictos interconectados que dificultan, todavía más, su resolución y que entorpecen el desarrollo.

¿Por qué es un territorio tan disputado? La intensidad del conflicto en el Magdalena Medio y su difícil resolución está intensamente ligada a su ubicación geoestratégica dentro de Colombia y al gran potencial económico de la zona por la riqueza de sus recursos naturales. Esta región de frontera interior está situada en el centro geográfico de cuatro de las cinco regiones más importantes del país, por su actividad económica y población: la zona barranquillera, antioqueña, cundiboyacense y bumanguesa. Por sus tierras cruza el río Magdalena, principal vía histórica de comunicación del país y de conexión de la capital, Bogotá, con el exterior, a través de los puertos de Barranquilla y Cartagena de Indias. Pero la existencia de estas importantes vías de comunicación nacional no supone que todo el territorio se encuentre integrado al mercado nacional y al control del Estado, todo lo contrario, debido a que las vías secundarias son escasas quedan muchas zonas fuera de su influencia. Esto define a esas zonas del departamento como regiones de frontera, caracterizadas por el fenómeno de colonización reciente. En el surgimiento del ELN confluyeron estas dinámicas regionales con factores nacionales o locales, y con el fuerte impacto de la Revolución cubana.

Como plantean analistas como Francisco José de Roux y Fernán E. González, el Magdalena Medio es un espacio físico y humano donde entran en tensión la mayoría de los factores que explican la conflictiva situación de Colombia. Se trata de un pequeño laboratorio a partir del cual se pueden estudiar los elementos que enredan la madeja del pasado y futuro del país. Pero, a su vez, dentro de este espacio físico y humano hay una localidad donde, ajustando nuestra lente, nuestro microscopio, podemos identificar muchas de esas características del ámbito

nacional y regional que ayudan a la comprensión de la encrucijada política, armada y social de Colombia. Esa localidad es San Vicente de Chucurí, lugar donde, no por casualidad, decidió el ELN instalar su primer foco armado. Posteriormente, en la década de los ochenta, esta localidad vio nacer a otro de los fenómenos más importantes de las últimas décadas en el país: el paramilitarismo. Estos dos hechos históricos no son azarosos. Entonces, nos podemos preguntar: ¿qué tiene San Vicente de Chucurí para que los actores armados hayan decidido surgir y consolidarse allí?

Lo que se encuentra en la zona fundamentalmente es una fuerte tradición de lucha y rebeldía. Esta suma de factores corroboraría la tesis de que aquellos grupos que en los años sesenta y setenta consiguieron articular su nuevo discurso revolucionario y sus objetivos con una fuerte tradición de lucha y con los sectores que la apoyaban lograron consolidarse como organizaciones armadas. Este puede ser también el caso de Euskadi Ta Askatasuna (ETA), con el nacionalismo vasco tradicional o del ELN con la lucha por la tierra de los colonos. La posibilidad de establecer conexiones con las luchas anteriores o de regenerar los conflictos históricos a partir de unos discursos nuevos fue clave para el éxito de la consolidación de estos grupos armados.

En el ELN, la elección de la zona de San Vicente de Chucurí le unió a una larga tradición de lucha que atravesaba varias generaciones desde finales del siglo XIX. No hay que olvidar que esta zona se convirtió en refugio de los soldados liberales, comandados por Rafael Uribe Uribe, tras haber perdido la Guerra de los Mil Días en un conflicto que duró de 1899 a 1902. Muchos de ellos adoptaron la estrategia de guerra de guerrillas para enfrentar la represión de los conservadores y se quedaron como colonos en las proximidades del río Chucurí. Esta lucha entronca rápidamente con la experiencia de la Revolución bolchevique, que en 1929 tuvo una repercusión

importante en la zona. La experiencia continuó con la existencia de las guerrillas liberales en los años cincuenta durante la violencia bipartidista. Y, por último, los residuos de estas, articulados al nuevo discurso de los jóvenes que estuvieron en Cuba, constituyeron el surgimiento de las nuevas guerrillas, en nuestro caso, del ELN. Como recuerda Jaime Arenas:

El área escogida unía una serie de ventajas. Por una parte, había zonas montañosas y selváticas de difícil acceso para un enemigo que no las conocía, buen agua y facilidades de entrar provisiones. Por otra parte, se contaba con varias poblaciones de importancia no muy distantes y con una población campesina de alguna experiencia en la actividad armada, como que había colaborado anteriormente en una u otra forma con las guerrillas liberales, años atrás. (...) Para ellos la lucha no solo no era extraña, sino que estaba latente como recurso último para lograr la transformación de un sistema que secularmente los ha marginado y oprimido y cambiar unas relaciones de producción preñadas de injusticias¹¹.

Estas características locales que capta Jaime Arenas para la zona de San Vicente de Chucurí reflejan algunos de los factores internos (o de carácter nacional) fundamentales en la consolidación y desarrollo del ELN, así como de otros grupos insurgentes en Colombia. Estos factores son esencialmente dos:

1) Crisis del sistema político colombiano o crisis de legitimidad. Asociado al uso de la violencia como forma de acceder a cuotas de poder (tanto político como económico). Por ello, la existencia de una larga tradición de lucha y cultura de la violencia en muchos sectores de la población.

11 Jaime Arenas, *óp. cit.*, p. 42.

2) Lucha por el control de los recursos naturales y, de forma especial, el conflicto por la posesión de la tierra. Asociado a ella, el problema de la colonización.

El primer punto hace mención del conflicto político vivido por el país y el segundo del conflicto económico, los dos están estrechamente unidos y explican la profundidad de la crisis que asoló a Colombia durante el siglo xx. Dentro de este contexto, la región del Magdalena Medio es una de las zonas del país donde todos estos elementos se entrecruzan con mayor intensidad. Podemos afirmar, entonces, que en la región existían unas condiciones internas que propiciaban la consolidación del foco insurgente.

En el caso del ELN, aprovechó las tradicionales estructuras primarias de solidaridad para permearlas con su discurso radical. Utilizó estos círculos de sociabilidad para implantar su foco armado. Es en este nivel donde se confunde lo familiar con lo político, lo local con lo regional o nacional; y esta circunstancia es esencial para la supervivencia de un grupo armado clandestino.

Fabio Vásquez, al llegar a la zona, consiguió a través de Heliodoro Ochoa, estudiante de la UIS que descendía de la región, entrar en estos círculos de sociabilidad y solidaridad: “Fabio llega avalado por personas que pensaban la región como José Ayala, Heliodoro Ochoa,... ese solo hecho de estar, de que llegara respaldado por ellos, le daba cierto carisma o el nivel de alguien a quien hay que respetar y acatar, en quien se puede comenzar a confiar”¹². Ayala había conseguido mantener un grupo de campesinos organizados, que fueron fundamentales en el surgimiento del ELN porque se convirtieron en el germen del foco armado. Sobre todo, ellos aportaron la veteranía y la experiencia de sus recientes luchas guerrilleras

12 Entrevista al máximo dirigente del ELN, Nicolás Rodríguez. Tomado de Carlos Medina Gallego, *óp. cit.*, p. 78.

contra los conservadores. Fabio consiguió convencerlos y renovar su compromiso para luchar por el cambio revolucionario en la región. Fabio llegó a la zona en la segunda mitad de 1963, haciéndose pasar por un pariente de Pedro Gordillo. La familia Gordillo fue desplazada en la época de la Violencia de la población de Güespa, y llegó a la región en 1959. José Ayala los ayudó a instalarse, porque los unía una amistad de la época de la guerrilla liberal, cerca de la familia Rodríguez Bautista. El cabeza de familia: “Pedro Rodríguez Martínez traía un largo acumulado de lucha política y cívica; hizo parte del movimiento de los Bolcheviques del Líbano que se levantaron en el 28 y 29, siendo alcalde de San Vicente durante ese período; después del fracaso del levantamiento, él, conjuntamente con Rodolfo Flórez, Arturo Meneses, Heliodoro Ochoa (padre), y algunos otros líderes populares, se vinculan al Partido Comunista y continúan como dirigentes cívicos de la zona”¹³. Pero Pedro Rodríguez no solo combatió de la década de los veinte a los sesenta, sino que dejó la simiente de la rebeldía en sus hijos, sobre todo en nuestro siguiente protagonista: Nicolás Rodríguez Bautista, el máximo dirigente actual del ELN.

13 *Ibidem.*, pp. 84-85.

El joven campesino Nicolás Rodríguez Bautista: “y a partir de ese día yo fui comunista”

En la vida de una persona hay varias etapas cruciales, y tal vez una de las más destacadas, como confirman los psicólogos, sea la infancia. Los primeros años de existencia nos marcan tanto o más que nuestros genes, es la época donde se proyectan los grandes trazos que determinarán el conjunto de la vida. ¿Sucede lo mismo con las organizaciones insurgentes? Tal vez sí, por eso el énfasis en el período de surgimiento y consolidación de estos grupos armados. Nuestro protagonista, Nicolás Rodríguez Bautista, puede ser uno de esos individuos marcados en la infancia con el hierro abrasador del lugar y la familia donde nació. Nicolás es uno de esos jóvenes colombianos que heredó, esencialmente por transmisión paterna, una larga tradición de lucha y rebeldía de sus generaciones anteriores.

La historia de Nicolás puede asemejarse a la historia de miles de jóvenes campesinos colombianos que un día vieron en la opción armada la posibilidad de romper, a punta de bala, las cadenas que el destino o los ricos impusieron a sus antepasados desde hace varios siglos. Nicolás, como muchos de esos

otros campesinos, nació en un lugar privilegiado por sus recursos y riquezas naturales; y al mismo tiempo tuvo la desgracia de pasar hambre en medio de la abundancia de estas tierras tropicales, empobrecidas por el olvido, el saqueo y la violencia. Tal vez sea irónico, pero Nicolás nació en medio de la miseria, pero en una finquita llamada El Progreso, ubicada en un valle o vereda, con el nombre de La Fortuna¹⁴. Tal vez esto fue la fortuna del infortunio. A lo mejor, con estos nombres, estos míseros campesinos santandereanos pretendían comenzar a cambiar su realidad. Siempre se ha dicho que la imaginación puede servir para superar la realidad. Pero no solo intentaron cambiar la realidad nombrándola diferente, sino que en esa porción del país tenían una larga tradición de usar las armas para convertir esos sueños en realidades. Esta transmisión hereditaria de rebeldía comenzaba desde que la descendencia estaba en su infancia. Nicolás recuerda que, siendo muy niño, un día su padre, con unas copas de más, comenzó su tradicional diatriba sobre los conservadores, los liberales, los comunistas... recuerda, también, que ante la dificultad de discernir a su temprana edad sobre esas diferencias ideológicas, le preguntó: “—Papá, ¿qué es mejor ser uno: liberal o comunista? Y me pegó una palmada: —¡Pues comunista, so gran pendejo! ¡¡Comunista!! Y a partir de ese día yo fui comunista”¹⁵.

¡Vaya comienzo de adoctrinamiento el que tuvo uno de los máximos dirigentes insurgentes de la segunda mitad del siglo xx en Colombia! ¡Parece que alguien cambió el dicho de “la letra con sangre entra” por el de “la ideología con violencia entra”! Eso sí, para don Pedro, el papa de Nicolás, su descendencia tenía que tener muy claro qué era ser comunista: “—Oigan esto: comunismo quiere decir comunidad.

14 Esta parte de la investigación tiene como referente fundamental las entrevistas a Nicolás Rodríguez, que se encuentran en María López Vigil, *óp. cit.*, p. 31.

15 *Ibidem.*, p. 35.

Y comunidad quiere decir que para todos es igual. Comunismo quiere decir que todos somos del común, del montón, que no hay preferidos, que todos son iguales, que nadie tiene más. ¡Eso es el comunismo! ¡Eso es lo que nos toca buscar!”¹⁶.

Don Pedro Rodríguez, además de carismático con sus hijos, fue durante años un líder de la comunidad y no podía tener ovejas descarriadas entre su descendencia. Había luchado muy duro en su vida: a los siete años quedó huérfano y tuvo que buscar la manera de sobrevivir. Cuando en 1929 se gestó la insurrección bolchevique en varias partes del país, con un éxito inesperado en el Líbano, Tolima, y en Barrancabermeja, don Pedro alcanzó a ser alcalde de San Vicente durante veinticuatro horas, pero cuando el Ejército recuperó la situación de orden en la zona fue capturado y pasó varios meses en la cárcel. En la época de La Violencia, a partir de 1946, dio cobijo en su casa a los guerrilleros liberales. Por eso, estaba empeñado en transmitir su espíritu rebelde a sus retoños, para lo cual los reunía y les hablaba de la situación en el país, de Cuba y del fascismo. Nicolás recuerda: “yo crecí escuchándolo. Yo digo que el viejo se propondría hacer de nosotros gente con su pensamiento y que por eso nos habla tanto. (...) Yo no sabía nada de esos países de los que él hablaba. Yo escuchaba: oligarquía, conservadores, godos... Para mí todos eran los ricos. Yo lo que veía era que él era un rebelde contra lo malo”¹⁷.

La transmisión oral entre generaciones de esta larga tradición de lucha fue un instrumento habitual y eficaz de las clases subalternas. Permitió preservar la larga tradición de lucha en la zona, ligando estrechamente el pasado con el presente y el posible futuro. En la formación de los jóvenes, esta historia de rebeldía jugó un papel preponderante. Ricardo Lara Parada, otro de los fundadores del ELN, también creció

¹⁶ *Ibidem.*, p. 43.

¹⁷ *Ibidem.*, pp. 34-35.

en un ambiente muy similar: “Ricardo andaba por los ocho años y ya sabía sin confusión alguna que el hombre más importante para los barranqueños —una comunidad de un liberalismo secular— era Gaitán. En su casa no faltaba *Jornada*, el periódico oficial del gaitanismo, y su abuelo decía que el líder liberal, dado que Bolívar había nacido en Caracas, era lo más grande que se había parido en Colombia. El viejo, cuenta Lara, lo sentaba en las piernas cuando transmitían discursos de Gaitán y no lo abandonaba hasta que terminara”¹⁸.

Las generaciones anteriores transmitían la rabia, el dolor y la esperanza a los jóvenes retoños de la familia, y el medio habitual para recrear el pasado era la oralidad. Como vemos, don Pedro Rodríguez no era una excepción, por eso quería que sus hijos creciesen con un carácter rebelde, que no aceptasen las tradicionales cadenas de esclavitud de los campesinos colombianos. El viejo don Pedro, en este afán, obligaba a toda su abundante descendencia a escuchar la lectura de los números atrasados del periódico *La Vanguardia Liberal*. Cada siete días llegaba el paquete de periódicos atrasados y don Pedro reunía algunos de sus amigos y a sus hijos, todos se pegaban en torno a su esposa en el porche de la casa. Don Pedro pedía a su mujer: “—Léame todo esto—. Y él se sentaba en un taburete y oía. ¡Y después se echaba sus andanadas contra los ricos! Mi madre había tenido sus añitos de escuela, pero leyendo tanto es que mi mamá se hizo sabia. Era la lectora del viejo. Después fueron pasando por esta tarea mis hermanos. Yo también fui su lector”¹⁹.

Las largas sesiones de lectura terminaban con vítores a Gaitán y otros líderes de la nación. Así transcurrían los días festivos en esta alejada zona de colonización, donde el desplazamiento al pueblo más cercano de San Vicente requería varias

18 Oscar Castaño, *óp. cit.*, pp 46-47.

19 María López Vigil, *óp. cit.*, p. 35.

horas de empinados y embarrados caminos de herradura. Tal era la pasión de don Pedro por las noticias sobre revoluciones en otros países que, cuando se enteró de lo del asalto al Moncada y que Fidel Castro y el ‘Che’ Guevara habían entrado victoriosos en La Habana, cogió su caballo y, en su desespero por mantenerse informado, lo cambió por una radio, la primera en la vereda, porque en el año sesenta este aparato era todavía una novedad en partes del campo colombiano. Su esposa, a pesar de conocer la pasión de don Pedro por la Revolución cubana, se había enfurecido porque la familia Rodríguez Bautista tenía muchas necesidades más perentorias: se encontraban en medio de la pobreza absoluta y a su esposo le entró la locura de comprar ese maldito aparato. Lo que sí la benefició a ella y a sus hijos fue que a partir de entonces no tuvo que leer tanto: la familia y muchos aldeanos de la vereda se reunían en torno al radio a escuchar las noticias de esa revolución cercana. Don Pedro estaba seguro, y lo expresaba continuamente con sus incontrovertibles argumentos, de que ese era el comienzo del gran incendio revolucionario en América Latina. Proponía estar preparados en la vereda para apoyar esa revolución en marcha, y rápidamente alegaba: “¡Aquí lo que necesitamos es gente como Fidel, carajo!”²⁰. Tal vez por eso fue uno de los que más apoyó a Fabio Vásquez y a sus compañeros en la idea de crear un grupo guerrillero cuando aparecieron en la vereda en 1963.

Don Pedro procuraba no despegarse de su nuevo entretenimiento y escuchar durante horas Radio Habana, cuando sus obligaciones lo llamaban y tenía que salir de la casa las más felices eran las hermanas de Nicolás. Ellas aprovechaban este hecho para escuchar las radionovelas, una gran diversión dentro de un mundo tan aislado como la vereda, que levantaba

²⁰ *Ibidem.*, p. 42.

fuerte pasiones dentro de las jóvenes. Pero encontrarse con que alguien le había movido el dial y perderse la Radio Habana encolerizaba a don Pedro, quien salía insultando a sus hijas por toda la casa. Todo volvió a su cauce cuando uno de los hermanos mayores decidió hacer una raya encima del cristal. Nicolás recuerda su contacto con la radio: “Después también se oía allí un programa que me gustaba mucho a mí. Mi papá nos llamaba para que lo escucháramos. *Lucha contra bandidos*: un programa donde se escuchaban los tiros y contaban las batallas y las luchas del Ejército cubano contra los gusanos de Escambray”²¹.

Evidentemente, este tipo de educación chocaba con la oficial, ofrecida por la maestra en la pequeña escuela de la vereda. Por eso, cuando esta hablaba mal de la Revolución cubana (o una vez que colgó un gran afiche de Fidel Castro comiéndose a un niño), Nicolás corría a contarle las explicaciones de la maestra a su padre: “¡¿Qué Cristóbal Colón fue un héroe? ¡Dígale a la maestra que coma mierda! ¡Cristóbal Colón fue un invasor, un vago, que estaba enfermo con gonorrea y se vino de España a conseguir plata acá! ¡Aventureros, hijos de puta, robándole el oro a los indígenas”²².

A pesar de estas anécdotas y de las dificultades económicas de la familia, don Pedro se empeñó en que todos sus hijos completasen la escuela, lo que en aquella época significaba llegar hasta tercero de primaria. Nicolás, aunque no era un estudiante brillante, si es que se puede hablar de brillantez dentro de esa escasez de recursos, soñaba con ser piloto de aviones. Alguna vez vio pasar uno por encima de su cabeza en ese bello cielo azul de San Vicente de Chucurí y quedó deslumbrado. Aprendió a construirlos con barro y los hacía despegar y aterrizar constantemente. Pero tardó muy poco en comprender

21 *Ibidem.*, p. 42.

22 *Ibidem.*, p. 43.

que para ser piloto había que tener mucho dinero, por lo que decidió ser más modesto y conformarse con la posibilidad de ser chofer algún día. Estos, si bien no volaban en aviones, pilotaban con su volante sus camiones y autobuses por los filos y abismos de las montañas santandereanas. Este oficio le parecía emocionante al niño que era en ese momento.

Estas fantasías de Nicolás contrastaban con su existencia y la dura vida de los niños campesinos en Colombia. Estos, con muy pocos años, tienen que utilizar las herramientas para jugar y los juegos para traer algo de comida o de leña a la casa. Recordemos que a don Pedro, el padre de Nicolás, la gente lo conocía con el alias de ‘Comején’, animal conocido porque deja mucha descendencia. Y tal vez el sobrenombre era muy acertado porque con Nicolás eran diecinueve hermanos en la casa, además de cuatro medio hermanos (hermanastros) en Charalá y otros tantos en San Vicente. Evidentemente, con tanta progenie la comida siempre era escasa. Nicolás recuerda que “yo crecí muy desnutrido. Todos mis hermanos igual. No que nos acostáramos sin comer, porque ¡mínimo yuca! Nos acostábamos con hambre, ¡pero llenos de yuca! (...). Todas esas cositas que le salen a uno de aventurerito. Todas esas bobaditas, esa vida. Y eso que hace uno de pelao, que se pone los pantalones del papá. Yo me los ponía. Y me ponía sus zapatos, ¡y el machete! Yo quería ser como mi papá”²³.

Pero ser como el papá, o ser el hijo de ‘Comejen’, tenía sus riesgos. La familia vivía aterrorizada por la amenaza de la llegada del Ejército o de los temibles ‘pájaros’, esos paramilitares financiados por los terratenientes y conservadores que sembraban terror en las poblaciones liberales. Don Pedro, a lo largo de su vida, se había ganado la fama, entre los conservadores y la policía, de insurrecto, un dirigente liberal que apoyaba

23 *Ibidem.*, p. 35-36.

a la guerrilla, lo cual no era falso, porque en su casa se escondían muchos guerrilleros liberales en la época de La Violencia. Nicolás nació en pleno auge de esta violencia, en 1950, en uno de los epicentros de la lucha en Santander, San Vicente de Chucurí. Don Pedro vivía en vilo todos los días, en ocasiones los vecinos le avisaban de la presencia de patrullas del Ejército y tenía que huir e internarse en el monte, a pesar de que su edad no daba para alejarse mucho. La casa de los Rodríguez Bautista estaba al lado del camino real que pasaba por la vereda, por eso era frecuente el paso del Ejército, cosa que los niños de la casa aprovechaban para espiar y observar a esos señores armados. Nicolás recuerda cómo “(...) se oían los tiroteos: ¡ta-ta-ta! ¡ta-ta-ta! Y volvían con los muertos. Entraban y mataban gente, a veces guerrilleros que quedaron de La Violencia, a veces colaboradores de la guerrilla. Yo veía pasar a esos muertos. Me recuerdo que una vez que una mula llevaba unos muertos y se recostó a la baranda de la marranera grande que teníamos en la casa, una marrana se le comió un pie a un muerto... Una hermanita y yo lo vimos y salimos corriendo del susto”²⁴.

Este tipo de escenas violentas presenciadas por niños y niñas en Colombia es otra de las constantes de la historia de la segunda mitad del siglo xx. Experiencias que marcan trágicamente el destino de las generaciones, circunstancia que continúa, por desgracia, en el siglo xxi. Estas situaciones hacen, en muchas ocasiones, que se perciba el recurso de la fuerza como algo normal, habitual. El uso de la violencia por parte de los organismos armados estatales fue otra de las constantes que tuvieron que vivir muchos campesinos colombianos, con especial transcendencia para los niños, como muestran los recuerdos de Nicolás:

²⁴ *Ibidem.*, p. 36.

“Y en medio de un aguacero, ¡pum!, llega la patrulla, abre la puerta y entra en mi casa un poco de soldados, empapados en agua. Y uno moreno, un negro grande, dijo algo que yo no le entendí. Entonces, una de mis hermanas, la pendejita, se pone a llorar y me dice bajito a mí: —¡Dijo que todos vamos a morir ahorcados...!

Cuando yo oigo eso miré a aquel moreno grandísimo y me vi muerto para siempre. ¡Todos ahorcados...! Bajito, la pendeja se lo va diciendo a todos. Y todos nos pegamos a mi mamá como un racimo y todos a llorar a gritos. (...) Al vernos así, el moreno preguntó y solo después nos vamos dando cuenta que lo que el tipo había dicho era: —¡Todos vamos a morir ahogados...! (...)

Al viejo lo mató el Ejército. Le dieron una paliza, lo hicieron aguantar hambre, ya estaba enfermo, muy viejito”²⁵.

En este ambiente de miedo, incertidumbre, carestías y hambre fue transcurriendo la infancia de Nicolás. Cada día la situación se hacía más insostenible porque a la llegada de nuevos hermanos se sumaba el hecho de que las hermanas se casaban y se quedaban a vivir en la casa con sus esposos. Las obligaciones de Nicolás consistían en ir a la escuela de la vereda y ayudar a ordeñar las dos o tres vacas de la familia. A esto se reducía su vida, hasta que un día de 1963 apareció en la vereda Fabio Vásquez Castaño, a quien en ese momento todos llamaban ‘Carlos’. Llegó haciéndose pasar por un familiar de los Gordillo, vecinos de la familia Rodríguez Bautista, lo que le abrió las puertas a ese mundo cerrado de la vereda. Pronto Fabio llamó la atención entre los lugareños: “Era muy alto. Muy despierto, muy locuaz, ese tipo de personas que pega mucho entre los campesinos porque a la vez que destaca, también trabaja:

25 *Ibidem.*, p. 37.

él tiraba hacha, él hacía de todo. Esa gente que se desenvuelve, se gana la confianza, echa un chiste un poquito verde, pero respetuoso, habla con todos, te llama, te dice, te pregunta, y así el hombre va ganando el ascendiente”²⁶.

Y en una de esas conversaciones, Nicolás le comentó a Fabio su deseo de seguir estudiando. Fabio le animó a seguir en esa dirección, habló con don Pedro y se encargó de buscarle a Nicolás, que tenía trece años, un cupo en una escuela de la ciudad de Bucaramanga. Nuestro protagonista recuerda esta experiencia afirmando que “era un ritmo de estudio muy diferente al que yo había tenido en la escuela campesina. Pero lo aguanté. Lo que no pude aguantar fue el hambre. (...) En mi tierra yo era como todos, incluso con cierta influencia, por mi papá, que era líder. Y allí en la ciudad, los campesinos éramos indios, los brutos... En últimas, eso lo aguantaba, pero el hambre era demasiada”²⁷.

Así que, a la primera oportunidad, Nicolás se regresó para su amada y amable vereda, donde era respetado por sus vecinos y, además, siempre se podía comer algo, una fruta, una yuca o un arrocito. A su regreso empezó a observar situaciones sospechosas: los muchachos haciendo ejercicios por las mañanas, Fabio (Carlos) dirigiendo, como si fuese un militar, a esos siete muchachos que, se suponía, eran trabajadores de José Ayala. En algunos momentos escuchó cómo estos jóvenes se dirigieron a Fabio llamándolo ‘compañero’ o, incluso, ‘camarada’. En la casa también sucedían cosas extrañas: “Mi mamá tenía una maquinita de modistería de esas antiguas, que se le daba la vuelta así, manual. Un día veo que comienza a hacer unas vainas raras: ropa, camisas verdes, pantalones verdes, unas banderitas rojas y negras, los brazaletes... Y que se escondía en una piececita a hacer todo eso. (...) Mi mamá me

26 *Ibidem.*, pp. 45-46.

27 *Ibidem.*, p. 46.

hizo una seña y me dijo: —Usted sabe que en boca cerrada no entran moscas”²⁸.

Y puede ser que la mosca no entrase en boca cerrada, pero definitivamente Nicolás “tenía la mosca detrás de la oreja”. Decidió practicar gimnasia con el resto de los muchachos: formación, carreras o subir por las cuerdas. A sus trece años, estos ejercicios le parecían un auténtico juego. Aunque también un reto, porque era el más joven de todos. Un día, en plenos ejercicios, se le cayó una pistola a Fabio y Nicolás lo vio. En el momento disimuló la sorpresa, pero “cuando terminó la jornada de los ejercicios, le dije: —¿por qué no me enseñas a manejar la pistola...? —¡¿Cómo así, qué pistola, muchacho?! —Tranquilo, que yo no soy sapo... Enséñamela. —Eso no es pistola, ¿oyó? Y eso no se le dice a nadie, ¿oyó?”²⁹.

Nicolás no aguantaba más su curiosidad y fue a donde su amigo Pedro Gordillo. Este era novio de una de sus hermanas y, además, su confidente. Nicolás hablaba con Pedro esas cosas que no se comentan con los papás: cómo son las chicas, cómo es eso del sexo o qué tiene que hacer el hombre. Todas esas respuestas que necesita encontrar un joven campesino con trece años. Pedro era el gran confidente de Nicolás, su mejor amigo, a pesar de que era mayor que él: tenía diecinueve o veinte años. Por eso fue en su búsqueda y directamente le preguntó: “—Cuñado... ¿quién es ‘Carlos’? ¿Qué hace él, quién es su papá, de dónde vino...? Dígamelo, cuñado... —Hombre, cuñado, no es bueno preguntar tanto, usted sabe”³⁰.

Y tanta fue la insistencia de Nicolás, y tan claras las evidencias, que a Pedro no le quedó otra salida que contarle la verdad a su amigo: “—Mano —me dijo después cuando quedamos a solas—, le voy a contar un secreto, pero júreme que no se lo

28 *Ibidem.*, p. 48.

29 *Ibidem.*, p. 47.

30 *Ibidem.*, p. 48.

cuenta a nadie: ‘Carlos’ no es primo mío, lo que pasa es que nos vamos a ir pa’l monte, porque hay que luchar contra los ricos, el gobierno y todo lo que esté en contra de los pobres; de Santa Rosa se van varios, de La Granada, otros, de Los Aljibes está José Ayala, ‘Carlos’ es el jefe y hay como veinte más; yo también me voy”³¹.

Si bien esta noticia lo tranquilizó porque despejaba sus dudas, también lo inquietó porque Pedro le había confesado su intención de irse, y para Nicolás esto suponía perder a su mejor amigo: “Me puse muy pensativo. Después supe que se iban como diez o doce amigos de la vereda. ¡Y se iba Pedro! Yo tiraba este cálculo: se van, me quedo solo, la región se queda sola... Era como jodido quedarse uno solo. Pero a la vez sentía miedo”³². Nicolás empezó a evaluar la situación, a imaginar la vida sin sus amigos de infancia, la existencia en la guerrilla, y comenzó a cruzar estos sentimientos con las enseñanzas de su padre sobre esa tradición de lucha. Se veía como un nuevo comunero, intentando repetir la gesta libertadora de Bolívar, de José Antonio Galán, seguir la estela de Gaitán, del ‘Che’ o Fidel. A su vez, esta imaginación se entremezclaba con el espíritu aventurero de un niño de trece años: “Y yo imaginaba que íbamos, que éramos poquitos, recogíamos unas armas, llegábamos a donde había más hombres y más armas, y se juntaban más y llegábamos donde había otros y así se formaba una guerra que quién sabe dónde pararía (...) A mí me gustaban mucho las películas de vaqueros y tiros y las había visto cuando estuve en la ciudad. Para mí era la vida de la aventura. El viejo me conocía y me llamó una vez: —Óigame: el que se va para una lucha tiene que ser fiel hasta la muerte.

31 Nicolás Rodríguez Bautista, “Testimonio. Crónica del 4 de julio”, en Corporación Observatorio para la paz, *Las verdaderas intenciones del ELN*, Intermedio Editores, Bogotá, 2001, p. 15.

32 María López Vigil, *óp. cit.*, p. 50.

El triunfo no está a la vuelta de la esquina. El que se mete a la lucha vivirá toda su vida”³³.

Y estas últimas palabras de don Pedro fueron una premonición, porque Nicolás está en la guerrilla desde 1964: casi toda su vida dedicada a la insurgencia. Este presagio del papá de Nicolás ha debido de ser repetido por muchos padres de jóvenes colombianos que deciden ingresar a grupos armados. Pero Nicolás, como muchos otros muchachos, no aceptó los consejos y decidió hablar con Pedro y Fabio para que le permitiesen entrar al grupo:

“—Cuente conmigo. Desde ese día nunca he dado un paso atrás. Toda mi vida ya fue toda en la guerrilla”³⁴.

La mamá de Nicolás le preparó un paquete con dos mudas de ropa y entre lágrimas le dio la bendición y le pidió que se cuidase. Con esta ceremonia íntima, Nicolás pasaba a convertirse en un hombre, entraba con sus trece años a hacer parte de un mundo de machos, y de otra familia, la guerrilla. Como él mismo reconoce: “En mi ser infantil se conjugaban la esperanza, cierto grado de conciencia de lucha y una dosis considerable de aventura”³⁵. A las ocho de la noche del 4 de julio de 1964, Nicolás se reunió con sus otros compañeros en un rancho abandonado cerca de la casa de su amigo Pedro Gordillo. Allí se encontraron los dieciocho muchachos que, comandados por Fabio Vásquez, iniciaron la primera marcha guerrillera del ELN, el verdadero hito fundador de la organización:

33 *Ibidem.*, p. 49.

34 *Ibidem.*, p. 50.

35 Nicolás Rodríguez Bautista, *Y nos hicimos guerrilleros*, Ediciones Colombia Viva, Colombia, 1990, p. 5. En este libro, el máximo dirigente del ELN relata sus primeras experiencias en la guerrilla, cuando con sus apenas trece años se convirtió en un miembro del primer foco guerrillero de la organización. Como fuente testimonial permite reconstruir los hábitos cotidianos de estos pioneros del ELN.

El grupo se conforma con campesinos de las veredas de Santa Helena del Opón, La Fortunata, la región de Riofuego y Simacota. La mayoría de ellos radicados, como colonos en el Cerro de los Andes, que es donde se instala el primer foco guerrillero. La procedencia política era variada, la mayoría de ellos venían de familias liberales y comunistas de la región, algunos herederos directos de las prácticas de la guerrilla liberal de Rafael Rangel, otros contaban con el ejemplo y las historias de sus padres sobre las luchas campesinas y políticas de los treinta años que antecedieron al surgimiento del grupo, e incluso hubo quienes habían atravesado por la experiencia política del MRL³⁶.

En medio de la oscuridad de la noche, estos intrépidos muchachos comenzaron a caminar en dirección al Cerro de los Andes, donde planeaban establecer su primer campamento base. Les esperaba una marcha de cuatro días por empinadas y estrechas trochas. En uno de esos días, el grupo alcanzó el sitio conocido como Patio Cemento. Llegaron el 7 de julio a las doce del mediodía, donde almorzaron. Mientras saboreaban el escaso almuerzo proporcionado por un campesino de la zona, Aureliano Plata Espinosa, y ninguno podía imaginar que diecinueve meses después ese lugar pasaría a ser famoso dentro de la historia del ELN. Nadie podía pensar ese 7 de julio de 1964, que el 15 de febrero de 1966, en ese mismo lugar donde ahora descansaban, caería abatido por el Ejército el símbolo del ELN: el cura guerrillero Camilo Torres Restrepo. Con él serían abatidos otros dos muchachos que en ese momento estaban allí: Domingo Leal Leal y el campesino que ese día era su anfitrión, Aureliano Plata. La caravana guerrillera que en ese momento era un cúmulo de esperanzas e ilusiones se encontraría meses

36 Carlos Medina Gallego, *óp. cit.*, p. 87.

después, en ese mismo lugar, con la primera gran derrota militar y la mayor desilusión hasta ese momento: la pérdida de cinco milicianos, entre ellos el padre Camilo Torres.

La dura travesía, como dijimos, duró cuatro largas jornadas de día y noche, hasta llegar al campamento, donde empezaron su estricto entrenamiento. Llegaron el día 7 y al siguiente comenzó la preparación guerrillera: “Empezamos a aprender las primeras cosas de guerrero. Fabio explicaba: la vanguardia, el grueso, la retaguardia, en caso de emergencia... Todas esas vainas que para mí eran nuevas... Nos dieron los nombres que íbamos a llevar. (...) Fabio se echó un discurso: que éramos continuadores de Bolívar y de Galán... ¡Y a mí se me pusieron los pelos de punta!”³⁷.

Estos continuadores de las gestas libertadoras en el país apenas disponían de unas cuantas escopetas viejas y unos cuantos revólveres, mal equipados y con sus mochilas llenas más de ilusiones que de comida y medicamentos. Nicolás recuerda: “Y me dieron un revolvito, un revólver antiguo, de la Segunda Guerra Mundial, pero que era hechizo, *made in* San Vicente” y marca Lechuza ... Aquella fue mi primer arma”³⁸. Los demás miembros del grupo no estaban mucho mejor armados, porque lo que portaban “eran unas escopeticas de un solo cartucho, como las que tenía mi papá en casa. Allí vi también el revólver de mi papá, que se lo había prestado a un muchacho. Era un revólver viejo, que él había arreglado cuando fue herrero y le había puesto un muelle y tocaba dispararlo ¡a dos manos!”³⁹.

Claro que estas dificultades hacían parte de esa mística revolucionaria tan necesaria en estos momentos. Además, como recuerda Nicolás Rodríguez, “al principio por esa realidad

37 María López Vigil, *óp. cit.*, pp. 50-51.

38 *Ibidem.*, p. 51.

39 *Ibidem.*, p. 53.

social y política que vive la región no se necesitó como el montaje de un aparato muy complejo; (...) en el cerro de los Andes había yuca, plátano, arroz, ahuyamas, cacería y buena pesca, entonces prácticamente nosotros nos sosteníamos con lo que producía la región, la comida no era problema porque la habían sembrado los mismos “pelaos” que fueron colonos y que ahora eran guerrilleros”⁴⁰.

A pesar del reloj Rolex de Fabio “alias ‘Carlos’”, el grupo se encontraba mal equipado, mal vestido, y con un armamento muy deficiente para emprender la liberación de Colombia y el continente americano: “Las dificultades materiales se veían en nuestro equipamiento. Por ejemplo: solo disponía el grupo de dos linternas, una la portaba el responsable general y la otra la cargaba el responsable de seguridad y de protección, así mismo solo había dos relojes, uno lo portaba el destinado a la posta y el otro lo portaba ‘Carlos’, que era el jefe”⁴¹.

A pesar de todo, los jóvenes guerrilleros seguían aprendiendo a moverse sigilosamente por la selva, a tomar medidas de seguridad, a conocer los principios de la guerra de guerrillas, así como algunos elementos básicos de ideología. Así recuerda esta etapa uno de los primeros desertores del ELN: “Bueno, ahí dijo ‘aquí les vamos a enseñar asuntos de armas, a desbaratarlas y a volverlas a armar y a limpiarlas’ y ahí los que sabían cocinar nos enseñaban todo, lo mandaban a cacería con uno que supiera para uno aprender a cazar animales y ahí instrucciones que le daban a uno, cómo se minaba un centinela para dar un golpe y aprender cómo se hacía una bomba. (...) En seguida ya empezamos a hacer ranchitos, caneyes y ahí nos estábamos por ahí un mes, dos meses e íbamos y hacíamos otro por allá más adelante”⁴².

40 Entrevista a Nicolás Rodríguez, en Carlos Medina Gallego, *óp. cit.*, p. 88.

41 Nicolás Rodríguez, *óp. cit.*, p. 15.

42 *Ibidem.*, p. 43.

Fabio y los hombres más veteranos estaban empeñados en la capacitación para la guerra de los más jóvenes, y para ello seguían una estricta disciplina militar que incluía rigurosos ejercicios físicos. Aunque al pasar los días, el cansancio, el hambre y la frustración por no entrar en combate comenzó a crear un ambiente pesado entre los compañeros. Nicolás recuerda que “las jornadas de entrenamiento eran agotadoras, pero todos las hacíamos con esmero porque capacitarnos significaba estar en condiciones de ir a pelear; ‘Carlos’, como un buen dibujante, pintaba en el tablero las granadas “piña” y M26 de fabricación gringa y Salomón Amado (Segundo) hizo como tres granadas en madera para los entrenamientos. ‘Carlos’ pintaba, además, los fusiles y las carabinas M1 y nosotros aprendíamos a desasegurarlos y dispararlos, pero en la teoría, porque aún no teníamos ninguno de esos”⁴³.

Todas estas dificultades materiales se intentaban suplir con una moral revolucionaria altísima y con una gran dosis de fe y esperanza. Ante la inquietud de Nicolás, su compañero Pedro David (Hernán Moreno) le explicó: “—No te preocupes—me respondió—; con cuatro escopetas, el apoyo del campesinado y con unas pelotas bien puestas, le quitamos el fusil a un soldado; así nos iremos armando. Cuando La Violencia así lo hicimos”⁴⁴. Y es que los más jóvenes del grupo habían puesto muchas de sus esperanzas en la experiencia de los exguerrilleros liberales, ahora ‘reciclados’ guerrilleros marxistas. Nicolás pensaba: “Sí, me comencé a alegrar al ver que había con nosotros guerrilleros de La Violencia. Un Hernán Moreno Sánchez, capitán de guerrilla que había alcanzado a comandar a trescientos cincuenta hombres y que había tenido por jefe a Rafael Rangel, el famoso Rangel”⁴⁵.

43 *Ibidem.*, p. 21.

44 Nicolás Rodríguez, *óp. cit.*, p. 20.

45 María López Vígil, *óp. cit.*, p. 53.

Los primeros meses de la guerrilla, antes de entrar en combate y ver la muerte cerca, fueron ejemplo de sacrificio personal y entrega a la causa revolucionaria, aunque cada militante la entendía a su manera. Para conseguir esto, Fabio y los otros responsables se encargaron de concienciar a los demás de la necesidad de la lucha, y crear una mentalidad de guerra en cada miembro. Pero todo partía de un gran espíritu de sacrificio, basado en el ejemplo de entrega de los superiores, para lo cual imprimieron un gran idealismo a la cotidianidad, que rayaba con el espíritu monástico de algunas ordenes religiosas. Expresión de este espíritu revolucionario fue el juramento que cada militante realizó en ese momento, recreando la consigna del movimiento Comunero de 1789: “Ni un paso atrás, liberación o muerte, El ritual en alguna medida se constituía en un pacto de muerte, de entrega total y desprendimiento absoluto, porque hecho el juramento, el compromiso con la organización, y a través de ella con la revolución, se hacía irreversible”⁴⁶.

Mientras, los días se sucedían entre la fuerte instrucción militar y el hambre, que iban poniendo a prueba el compromiso de cada muchacho. A principios de septiembre llegó una novedad al campamento: la incorporación de Víctor Medina Morón, ‘Andrés’, ya que la policía lo tenía localizado después de unos atentados en Bucaramanga y Bogotá contra los institutos Colombo Americano. Fabio lo presentó ante el resto del grupo y dijo que era ‘el segundo al mando’, decisión tomada al margen de cualquier asamblea. A la semana siguiente de la llegada de Víctor Medina se produjo otra importante novedad: la deserción de ‘Conrado’, lo que creó un fuerte desconcierto entre sus compañeros. Y para finalizar este cuadro de sucesos, un día, a mediados de septiembre, Fabio “apareció bien

46 Carlos Medina Gallego, *óp. cit.*, p. 94.

rasurado y en traje *sport*. Nos reunió y nos dijo: ‘tengo que salir a cumplir una tarea, pues algunas cosas no andan bien por otras partes de la organización; debo regresar en veinte días o un mes por tardar. Andrés queda al frente del grupo y Rovira lo ayuda en la instrucción militar’. Estos hechos: la primera desertión, la ida de nuestro jefe, la estrenada de nuevo jefe, la ya acumulada preocupación en la base de no poder ir al combate y la situación económica tan crítica, presentaban un cuadro bastante difícil.”⁴⁷.

Fabio tuvo que salir del país para intentar controlar la situación de insubordinación que se produjo en Cuba por parte de un grupo de hombres que se estaban formando en la isla. Entre ellos se encontraban José Ayala, Mario Hernández, Julio Portocarrero, Antonio Vásquez, Wilson, etc. En la ausencia de Fabio, empezaron a producirse fuertes enfrentamientos entre los miembros del grupo y, en especial, la distancia y falta de comunicación entre el máximo responsable, Víctor Medina, y los jóvenes campesinos.

Con la llegada de Medina al foco guerrillero comenzaron a producirse las tensiones que marcarían el futuro del ELN por décadas: 1) la disputa entre las posiciones militaristas y otras más políticas o de trabajo con las masas; y 2) la división entre los rurales y los urbanos. Los campesinos mantuvieron generalmente posiciones más de fuerza y militaristas, mientras que los urbanos intentaron focalizar su atención en la lucha política o de masas. Disputas que no se canalizaban en enfrentamientos dialécticos o discusiones ideológicas, sino en rencillas por aspectos de la cotidianidad y la convivencia. Nicolás lo refleja cuando afirma: “Medina era malo para hacerle aseo al arma, caminaba mal, no lavaba la loza... esas cositas que no las hacía el ‘compa’ de la ciudad, pero nosotros, que nos habían

47 Nicolás Rodríguez, *óp. cit.*, p. 25.

enseñado que esas cosas eran determinantes, no entendíamos por qué él no las hacía... con Medina comienza a producirse la separación entre los de la ciudad y los del campo”⁴⁸.

Estos roces en la cotidianidad fueron produciendo un resentimiento contra Medina, lo que implicó un descenso de su prestigio y respeto, por lo que la disciplina se relajó de tal manera que se puso en peligro la supervivencia del grupo. El recelo contra Medina y su aislamiento produjo la desmoralización de los miembros del grupo y muchos se plantearon abandonarlo e incorporarse de nuevo cuando regresara Fabio. Otros, por el contrario, querían quitar a Medina de la dirección del grupo y poner a José Solano, por su experiencia. Esta situación de descontento, falta de jerarquía y disciplina fue lo que Fabio se encontró el día 12 de diciembre, cuando regresó de Cuba; con él venían los hombres que se insubordinaron en la isla. La llegada de este pequeño grupo y, sobre todo de Fabio, subió la moral del grupo. Ante esta grave situación, Fabio anunció el 20 de diciembre a los veintidós hombres que iban a entrar en su primer combate. El objetivo: la toma de la población santandereana de Simacota, donde se daría a conocer ante el país al Ejército de Liberación Nacional (ELN), en lo que se conoció desde entonces como ‘la Toma de Simacota’.

De estos intrépidos guerrilleros que comenzaron la primera marcha guerrillera, y posteriormente organizaron la toma de Simacota, unos años después solo permanecía en el ELN Nicolás Rodríguez: “Yo soy el único sobreviviente que queda en la guerrilla de aquellos de la primera marcha”⁴⁹. Los demás fueron asesinados, desertaron, y muchos fueron fusilados dentro del mismo ELN, aunque el caso más importante fue ‘el abandono del capitán (Fabio) en pleno hundimiento del barco’. Diez años más tarde de esta primera marcha del ELN

48 Carlos Medina Gallego, *óp. cit.*, p. 98.

49 María López Vigil, *óp. cit.*, p. 66.

la situación del grupo era muy distinta: después de unas acciones militares exitosas en los primeros años de existencia, en 1974, el ELN asistió a su momento más difícil en toda su historia. Había sufrido un golpe militar importantísimo en el que la principal columna del grupo fue totalmente aniquilada, y sus comandantes, Manuel y Antonio Vásquez, hermanos de Fabio, perdieron la vida. Posteriormente, Fabio quiso purgar responsabilidades dentro de la organización, para lo que convocó a todas las estructuras que quedaron a una asamblea. Esta se conoció como la Asamblea de Anacoreto, en la que importantes cuadros de la organización fueron fusilados. Ante estos hechos, Fabio decidió, a finales de noviembre de 1974, salir del país y trasladarse a Cuba para realizarse un tratamiento médico. Esta decisión no se la comunicó a nadie, excepto a las personas más cercanas. Así, un día abandonó el grupo y dejó como responsable a Nicolás Rodríguez. Este, que había sido el campesino más joven en iniciar la primera marcha, se convirtió a sus veinticuatro años en el máximo responsable del ELN, en ausencia de Fabio Vásquez.

Para seguir dirigiendo el grupo desde Cuba, Fabio consiguió un aparato de radio, al que Nicolás debía conectarse todos los días para recibir las órdenes pertinentes, con el alto riesgo de seguridad que suponía para el grupo guerrillero. Del viaje de traslado de Fabio a Cuba se encargó otra persona incondicional: la Madre Consuelo, una monja católica de la alta sociedad de Bogotá que gracias a su hábito y edad podía moverse libremente dentro y fuera del país. Fabio salió de Colombia, como le gustaba, rodeado de dos mujeres que lo admiraban e idolatraban, la Madre Consuelo y Lucía, la maestra de escuela y su pareja en ese momento. El recibimiento en La Habana también estuvo a la altura del ego de Fabio: fue recibido como un héroe, pues durante diez años representó la línea castrista dentro de las organizaciones insurgentes colombianas. Las autoridades cubanas pusieron a su disposición

una cómoda casa y un buen equipo de radio para mantener la dirección del ELN desde la distancia mientras se recuperaba de sus dolencias: “Los cubanos confiaron a un equipo de médicos la tarea de velar por su salud, supuestamente minada debido a los rigores de su vida guerrillera. Encontraron que Fabio no requería ningún tratamiento; después de un cuidadoso examen, lo declararon en óptimo estado físico. (...) No obstante, se quejaba constantemente del dolor causado por una úlcera estomacal y otros graves quebrantos de salud. De esta manera había cultivado la simpatía de sus seguidores; lo veían como un héroe, y lo admiraban tanto más por haber perseverado al mando de la guerrilla en medio de semejante sufrimiento”⁵⁰.

Es así como el benéfico clima de La Habana logró desaparecer rápidamente todos los síntomas de la úlcera y las demás enfermedades que indisponían en el monte a Fabio. La cuestión fue que los días pasaban y cada vez Fabio tenía menos interés en regresar a Colombia. Por lo tanto, seguía dirigiendo el grupo desde su casa habanera, desde la radio. Esta situación, indudablemente, se hizo insostenible y en 1975 ya nadie reconocía a Fabio como máximo jefe del ELN, sino a Nicolás Rodríguez Bautista, también conocido como ‘Darío’, aunque el nombre más famoso es ‘Gabino’. Diez años después de ser fundador del ELN, ‘Gabino’, con veinticuatro años, se convirtió en el jefe militar del segundo grupo insurgente más importante de Colombia. Y la historia continúa hasta nuestros días, pues es el jefe máximo del Ejército de Liberación Nacional.

En 1974, después de diez años de supervivencia, el ELN se encontraba bajo el mando de un joven campesino de San Vicente de Chucurí, ese lugar elegido por los estudiantes que regresaron de Cuba. Ese primer grupo del ELN que comenzó en 1964 la lucha guerrillera reflejaba los sectores más radicales

50 *Ibidem.*, p. 331.

del país y las contradicciones y conflictos que se vivían en Colombia: movimientos estudiantiles, conflicto por la tierra y fracaso en el proceso de reinserción de los antiguos guerrilleros liberales. La mayoría del grupo eran jóvenes campesinos colonos que tenían la expectativa de colonizar nuevas parcelas más productivas. En el surgimiento del ELN confluyen unas reivindicaciones nacionales con unas expectativas personales de colonización y autodefensa de zonas ricas en recursos naturales. Nicolás Rodríguez lo interpreta así: “Aunque yo no las conocía, ya yo había oído hablar de esas tierras porque Pedro Gordillo tenía un pedacito por allí, una a la le puso La Pedraza. Y otros también tenían fincas. Uno le puso La Unión Soviética, otro Cuba, otro ‘Che’ Guevara, otro La Gaitana, por Gaitán. Ya ve: no había revolución, ¡pero ya teníamos fincas revolucionarias! Los sueños de todos”⁵¹.

Como vemos, la propiedad de la tierra y el conflicto agrario y de colonización se empezaron a perfilar como uno de los factores internos de Colombia que permitió a aquellos grupos (surgidos a mediados de los años sesenta) articularse a estos conflictos históricos, consolidarse y crecer. Esto supuso que los cuadros intelectuales de estas organizaciones tuvieron que adaptar su discurso y sus acciones a los intereses de los sectores en conflicto. Esta negociación entre marxismo, lucha de clases y movimiento de masas, por un lado, y, por otro, campesinado, en el caso colombiano; supuso un campo abierto de tensiones constantes dentro de estas organizaciones armadas. Creemos que para el éxito insurgente no hizo falta un gran campo discursivo e ideológico para motivar a los jóvenes militantes de estas organizaciones. Fue necesaria, más bien, la conexión de estos discursos ideológicos con las necesidades básicas de los militantes y con sus percepciones

51 *Ibidem.* p. 51.

de los conflictos tradicionales que vivieron las zonas donde se establecieron. Por ejemplo, en el caso del ELN, más importante que el discurso marxista para convencer a los candidatos a ingresar al foco guerrillero fue la necesidad de explotar nuevas tierras por parte de los grupos familiares. Colonización que tradicionalmente ha sido armada, porque la disputa histórica por el dominio de la tierra en Colombia ha estado marcada por el enfrentamiento entre sectores sociales. Nicolás recuerda que “ahí hay un empalme de las dos veredas, esa vereda donde se forma la guerrilla y después la vereda a donde se va a hacer el entrenamiento, una vereda está a seis o siete horas de camino real o en mula; los muchachos de la zona de San Vicente, como ya no hay dónde trabajar, porque son zonas ocupadas con cultivos de cacao y café, tienen la expectativa de ir a abrir montaña y a colonizar”⁵².

Nicolás Rodríguez deja entrever la importancia que el fenómeno colonizador tuvo como motivación de los militantes de organizaciones armadas ilegales en Colombia. Situaciones muy similares encontramos en las FARC o en el EPL. Esto nos obliga a entrar en el análisis de los procesos de colonización armada del país, en la disputa por los recursos naturales y la propiedad de la tierra, factores internos del conflicto.

52 Carlos Medina Gallego, *óp. cit.*, pp. 85-86.

SEGUNDA PARTE

**Las personas
hacen la historia, pero en
contextos determinados**

Los factores internos y el surgimiento de organizaciones armadas

COLONIZACIÓN AGRARIA Y AUSENCIA DEL ESTADO: CAMPESINADO Y SURGIMIENTO DE LA GUERRILLA

La disputa por los recursos naturales del suelo y subsuelo colombiano ha sido una constante desde la Colonia, pasando por las primeras etapas de la República y llegando hasta nuestros días con las disputas entre comunidades e intereses de transnacionales mineras o petroleras. La economía de la primera mitad siglo XIX se caracterizó por ser tradicional y agraria, por la desconexión entre varias regiones del país, con crecimientos muy lentos y teniendo como gran referente de exportación al oro, como en la Colonia. La segunda mitad del siglo antepasado estuvo marcada por la producción agraria dedicada a la exportación de productos como la quina, el tabaco o el café, el oro y la plata siguieron significando un rubro importante. El comienzo del siglo XX siguió anclado en una economía extractiva, pero que, poco a poco, a raíz de la crisis económica

mundial de los años treinta y las posteriores guerras mundiales, se empezó a sustituir algunas importaciones, produciendo la puesta en marcha de industrias manufactureras y de servicios. Esta diversificación de la economía fue el eje del desarrollo hasta los años setenta del siglo pasado, dado que el café sufrió una aguda crisis en los años cincuenta. En los años ochenta y noventa y a partir de la famosa apertura económica, comienza una constante desindustrialización en sectores como el textil o metálico; y la economía vuelve a su faceta más extractiva, sobre todo con el auge del sector petrolero y minero a finales del siglo xx y comienzo del xxi. Este tránsito breve por la historia económica de Colombia deja entrever la importancia de la propiedad del territorio para poder explotar los recursos naturales, y dentro de esta disputa, la propiedad de la tierra, su concentración y las reformas agrarias han sido un elemento clave de la construcción económica, política y social del país.

El agro ha sido un factor destacable de la historia de Colombia, tanto por la importancia que el sector ha tenido en la economía como por la riqueza de sus suelos y subsuelos. Es necesario, por tanto, indagar la relación entre el surgimiento y consolidación de la violencia política armada en Colombia y los problemas históricos del agro colombiano, especialmente el tema de la propiedad de la tierra y de las fronteras de colonización del país. El tema agrario en Colombia nos introduce cuestiones sobre el tipo de formación de sociedad y las formas de cohesión social, la construcción del Estado y los tipos de representación social y política, así sobre como las formas de reivindicación, la relación entre las zonas de colonización y el surgimiento de los grupos armados, etc. También plantea interrogantes sobre el potencial revolucionario del campesinado colono en las fronteras agrarias y el papel del Estado en estas sociedades en proceso de construcción.

La coincidencia histórica de la geografía de la violencia armada con el mapa de las zonas de frontera agrícola nos

muestra la necesidad de rastrear su relación para el caso estudiado del surgimiento del ELN. Así, esta coincidencia nos plantea la cuestión sobre el papel que la no resolución de los problemas estructurales e históricos del agro tuvo con el surgimiento y la persistencia de formas armadas de lucha. Por ello, el estudio de la propiedad de la tierra y su respectivo uso se convierten en una de las claves para descifrar el tema de la violencia política armada. Y este no es un tema exclusivo de regiones concretas, es determinante para la inteligibilidad de la sociedad colombiana y su conformación política, porque muestra la tensión entre un país de regiones y un poder político centralizado, la relación entre lo rural y lo urbano, o la inserción de fuerzas productivas (legales o ilegales) a los flujos comerciales nacionales o internacionales.

El conflicto agrario y la lucha por los recursos del suelo o del subsuelo colombiano han sido muy intensos, sobre todo en aquellos territorios de reciente colonización o fronteras de colonización, en los que la indeterminación de la propiedad de la tierra fue motivo de constantes luchas. Recordemos que Colombia, como Brasil, todavía es un país de fronteras agrícolas abiertas y de zonas que reciben colonos que van domesticando la selva e incorporando estos territorios a los mercados o al Estado.

Por otro lado, los constantes conflictos armados en Colombia durante los siglos XIX y XX han dinamizado los procesos de colonización en el país. La zona de implantación del primer núcleo del ELN, el Magdalena Medio, se puede catalogar como territorio de colonización reciente, de disputa por la tierra y violencia, región receptora y expulsora constante de colonos. La guerra y la violencia desplazan a la población a otras zonas distintas a donde residían anteriormente, y esta llega a establecerse a los cinturones de miseria de las ciudades o a áreas de colonización que suelen ser, también, lugares de disputa armada y guerra. El torbellino de

violencia y colonización está servido y el campesino-colono queda atrapado en él.

Los colonos desposeídos de sus propiedades, desarraigados de sus entramados sociales y económicos, y con un estatus de ilegalidad (pues colonizan tierras baldías sin títulos de propiedad) son sujetos sin gobierno y sin Estado, “carne de cañón” de los distintos actores armados ilegales, quienes pueden permitirles acceso a ciertos bienes materiales, justicia privada, etc. Además, después de la época de La Violencia y de las famosas “repúblicas independientes” durante el Frente Nacional, los colonos y las zonas de colonización se identificaron habitualmente, por parte de los gobiernos y de las élites del país, como territorios subversivos donde toda la población apoyaba a las distintas guerrillas y estaban en contra de la autoridad del Estado. Esto trastocó la relación habitual entre el Estado y los colonos-ciudadanos, ya que estuvo mediada esencialmente por el papel de las fuerzas de seguridad. El resultado fue una escalada mutua de desconfianza y resentimientos.

Esta situación se agravó por la lucha constante entre grandes propietarios de tierra y colonos. Los primeros ampliaron sus producciones ganaderas extensivas, normalmente a expensas de sus vecinos, los pequeños propietarios. No hay que olvidar que el enfrentamiento entre latifundios y minifundios parece ser otra constante histórica en Colombia. En el momento del surgimiento del ELN, a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, se pueden diferenciar varios tipos de situaciones sociales dependiendo de la estructura de propiedad de la tierra:

- 1) La mayoría de la superficie agraria del país correspondía a las zonas más planas, donde predominaba el latifundio ganadero, especialmente en los valles interandinos de los ríos Magdalena y Cauca, los Llanos Orientales y la Costa Atlántica. Esta estructura agraria señorial y atrasada, que utilizaba poca mano de obra y en situaciones semif feudales, empezó a

cambiar en los años sesenta con la introducción de cultivos agroexportadores, como la caña de azúcar, algodón, etc., y esta capitalización del agro necesitó de trabajadores asalariados.

2) La otra gran zona era las regiones montañosas andinas, tanto de la Cordillera Oriental como Occidental, donde en las vertientes abundaba la explotación de café, base de la economía de Colombia en la época y fuente de sostenibilidad de miles de familias campesinas. En estas zonas predominaba la pequeña explotación familiar, que aseguraba su sostenibilidad además de con el café, también con alimentos de “pan coger”: maíz, papa, fríjol, etc. En estas zonas andinas existía un fuerte predominio del minifundio, cobijaban a la mayoría de la población del país, y además tenían un alto crecimiento demográfico y, por ello, eran propensas a expulsar población.

Estas dos zonas de predominio de latifundio y de minifundio, respectivamente, mostraban las dos caras del agro colombiano de la época, así como la relación entre la estructura de la propiedad de la tierra en el país y la situación de pobreza de la mayoría de la población, contexto que se convirtió en fuente de conflictos sociales y políticos. Este enorme desequilibrio en la propiedad de la tierra se reflejaba en las cifras de 1960, donde el 5,7% de las propiedades tenían el 70% de la extensión agrícola del país, a lo que había que añadir que estas tierras eran las más productivas. La extensión media de esta gran propiedad era de doscientas cincuenta hectáreas, pero un mismo propietario o familia podía tener varias haciendas. Incluso en algunas zonas de las Costas Atlántica o Pacífica era fácil encontrar propiedades de más de dos mil hectáreas. Por otro lado, el 64,1% de las propiedades ocupaban el 5,5% del área cultivada del país, este era el reino del minifundio y del campesinado que se encontraba al borde de la subsistencia. Por último, la propiedad intermedia representaba el 30,2% de las fincas y ocupaba el 24,5% del área agrícola del país. Este tipo de distribución de la tierra fue importante para

generar un contexto necesario que facilitó el impacto de las nuevas formas de resistencia al proyecto de la élite terrateniente colombiana.

Históricamente ha existido una estrecha relación entre la propiedad de la tierra y los recursos naturales con el sistema político colombiano. Colombia, como país tropical, se caracteriza por la riqueza de suelos y subsuelos, por lo que la actividad agrícola ha sido fundamental para la constitución de su sociedad y el desarrollo del país. Los distintos intereses frente al sistema agrícola determinaron el surgimiento de las principales fuerzas sociales, la forma de organizar la producción agrícola caracterizó la dicotomía entre la hacienda de los terratenientes y la economía familiar parcelaria. La relación entre la tierra y el trabajo determinó las formas de dominio social y político, los terratenientes intentaron dominar la propiedad de la tierra, lo que les aseguraba las formas de dominación y explotación del campesinado. Este último, presionado por la dificultad de expandir su propiedad y la presión de unos índices de natalidad altísimos, se veía obligado a supeditarse a los intereses económicos, políticos y sociales de los terratenientes.

Estos contextos sociales y políticos estuvieron atravesados por distintos conflictos que se trasladaron al sistema político colombiano y que lo marcaron profundamente. La hegemonía de los grandes propietarios o terratenientes en la constitución del sistema político colombiano, y de los partidos tradicionales en el siglo XIX y XX, permitió que sus intereses marcaran el proyecto de construcción del Estado-nación. Este bloque de poder confeccionó un proyecto político después del proceso de independencia que les permitió mantenerse como clase dirigente del país. El proyecto político de los hacendados se concretó con la creación de los dos partidos políticos y hegemónicos en los dos últimos siglos: Liberal y Conservador. La diferencia entre ambos no fueron sus intereses económicos (que eran muy similares), sino la disputa entre la permanencia o no

de la organización política heredada de la época colonial. A pesar de que estos partidos políticos incorporaron a otros sectores sociales, el sistema político bipartidista se blindó y creó los mecanismos necesarios de protección para que la situación política siguiese favoreciendo los intereses económicos de las élites del país. Por lo tanto, el papel del Estado se supeditó más a los intereses de estas minorías que a las mayorías.

La relación entre la estructura de la propiedad de la tierra y la construcción del Estado-nación ha sido un eje histórico clave de la constitución de los países latinoamericanos. Para el caso colombiano, Fernando Guillén Martínez, en su texto clásico *El poder político en Colombia*, fue el encargado de mostrar esta continuidad y apunta que el origen de esta estrecha relación se remonta al período colonial y al tránsito de las formas de organización social que tenían las comunidades indígenas a la encomienda. También muestra cómo el proceso de Independencia no supuso grandes cambios en la relación entre los propietarios de la tierra y las formas de poder durante la nueva república en el siglo XIX. Además, demostró el fuerte vínculo entre el poder económico de los terratenientes y el control oligárquico del sistema político colombiano, concretado en formas de clientelismo político, que eran la transposición de las formas de relación personales que se establecían en el nivel local entre los hacendados y los campesinos al ámbito político regional y nacional.

La dificultad de romper estas dinámicas culturales y políticas, que condicionaba el acceso de la mayoría de la población a los beneficios del Estado, a su subordinación a los grandes propietarios de la tierra, aseguró a los hacendados su hegemonía en el proceso de construcción del Estado-nación y del sistema político bipartidista. Este sistema político que mantenía los privilegios de los terratenientes y posteriormente capitalistas frustró las expectativas de amplios sectores de la población. Ello, añadido al uso de las fuerzas de seguridad del Estado para

mantener los privilegios cuando otros canales no funcionaban, llevó a mucha población a los márgenes de la normatividad, a las fronteras físicas y mentales de la sociedad, zonas que se convirtieron en válvulas de escape de la conflictividad social, en especial las zonas de frontera agrícola como el Magdalena Medio, la selva amazónica, Urabá o los Llanos Orientales.

Los procesos de colonización interna en Colombia fueron habitualmente caóticos, sin presencia del Estado, lo que llevó a formas de organización social ajenas a la normatividad establecida. Zonas “sin Dios y sin Ley” que se construían a sí mismas, con todas las dificultades de un proceso no monitoreado por el Estado. Por el contrario, la “ley de la selva” se encargó de ir moldeando a esta sociedad. Así, esos pioneros colonos, que con gran dificultad iban ganando terreno a la manigua, posteriormente fueron presionados por el descenso de la productividad de las tierras, por el aumento demográfico y por los grandes hacendados que buscaban extender su latifundio ganadero. Y volvió a comenzar el ciclo con la expulsión del colono a otras tierras vírgenes.

Estos conflictos en las zonas de frontera agrícola del país se caracterizaron por la ausencia casi total de la mediación del Estado y porque su resolución, en muchos casos, fue determinada por el uso de la violencia armada. Esta expansión de la “civilización” a los márgenes del país creó nuevos espacios de sociabilidad, marcadamente aislados, generalmente por la falta de vías de comunicación. Surgieron agrupamientos aislados de colonos, precarios en su comienzo, pero que poco a poco fueron configurando redes de poder social y una economía semiautárquica. Estas agrupaciones sociales crecieron con una pobre institucionalización de las relaciones sociales por parte del Estado, en un fenómeno de generación espontánea, habitualmente no regulada, por lo tanto, tendente a los conflictos en las relaciones sociales, políticas o económicas que se establecían.

Esta ausencia o debilidad crónica del Estado colombiano en amplias zonas del territorio nacional le ha impedido mediar o ser árbitro de muchas confrontaciones sociales, económicas o políticas. La falta de espacios de mediación institucional llevó a que estos conflictos se resolviesen, en muchas ocasiones, por la fuerza. La falta de un Estado que obligue a buscar esos espacios para la resolución llevó a la “ley del más fuerte”, en la que el vencedor es quien tiene mayor capacidad de presión económica, política y, en muchos casos, armada. Ante la ausencia o insuficiencia de un poder instituido fuerte, los conflictos personales o entre grupos sociales se resuelven por la fuerza.

Después de los intentos de reforma agraria en la década de 1930 y como resultado de la represión de las décadas 1940 y 1950, los colonos empezaron a desconfiar del Estado. Ya no fue percibido como ineficiente o débil, sino simplemente como un enemigo aliado de los terratenientes. Por lo tanto, lo que el colono requería era defenderse del Estado y de sus fuerzas de seguridad, conformando autodefensas campesinas y propiciando fenómenos de colonización armada. Tomaron las armas para defenderse de las propuestas armadas de los terratenientes, del Ejército y la Policía. Por lo tanto, la parcialidad del Estado dificultó que estas regiones de frontera y colonización se integrasen a la normatividad del resto del país, y la conflictividad armada en estas regiones y las luchas entre actores armados dificultó la presencia de otras instituciones del Estado que no fuese el Ejército.

Si bien, en general, las zonas de frontera agrícola se caracterizan por ser sociedades conflictivas, ello no supone que en todas exista el tránsito de estos conflictos a la lucha armada. Pero lo que sí parece constatarse es que los conflictos que surgieron por la propiedad de la tierra estuvieron condicionados por este especial proceso de colonización y explotación. Este conflicto por la tierra se concretó en dos actores principales, por un lado, los colonos que querían defender sus

tierras arrebatadas duramente a la selva, pero que difícilmente tenían reconocimiento de sus títulos de propiedad por parte del Estado y, por otro lado, los terratenientes que buscaban apropiarse de esas tierras. Ante la posesión de la tierra de hecho, pero no institucionalizada, el colono tiene pocos mecanismos de proteger institucionalmente su propiedad, lo que es aprovechado por los terratenientes para aumentar su presión para que abandonara las tierras. La posibilidad de defender su propiedad pasa entonces por formas extrainstitucionales, como recurrir a la guerrilla para que proteja su tierra de la ambición de los terratenientes. Así, ante el posicionamiento del Estado con los intereses de los grandes propietarios y de la guerrilla con los colonos, se crearon magmas de sociabilidad estatales y otros contraestatales. En estos últimos contextos, para el Estado cualquier tipo de organización campesina o movilización social era considerada potencialmente peligrosa y reprimida de forma violenta.

El vacío institucional preparó las condiciones para el surgimiento de “contraestados” y “paraestados”. Se puede evidenciar cómo en las zonas donde la institucionalidad está consolidada por parte del Estado, la guerrilla tuvo mayor dificultad para instalarse que en aquellas con vacío institucional, donde puede desempeñar papeles de Estado que le van otorgando legitimidad para los pobladores de estas zonas. Incluso, algunos campesinos-colonos percibieron a la guerrilla como un tope a las pretensiones de los terratenientes de absorber sus propiedades. Lo curioso es que esta población fue propensa a transformar rápidamente sus apoyos a otros actores armados (como los paramilitares, en décadas posteriores), la condición era siempre que estos les proporcionasen protección y mediasen en los conflictos, o sea, ejercieran las funciones del Estado. Por lo tanto, el problema, más que en términos de ideología, hay que plantearlo como un tema de legitimidad y de un tipo de poder que responda a las necesidades de

los colonos y a su seguridad física o jurídica. El apoyo de los campesinos fue a cambio de seguridad para sus integrantes y para sus derechos de propiedad en contra de los intereses de los terratenientes.

La guerrilla rural en Colombia buscó vincularse a las luchas históricas de los campesinos (como las guerrillas o estructuras urbanas lo hicieron con las luchas estudiantiles, sindicales o barriales), y sobre todo a las que proponían los colonos, ganando con ello legitimidad ante ellos; además, intentó llenar el vacío de autoridad del Estado colombiano en esas zonas. La guerrilla también obtuvo legitimidad suministrando servicios de educación, salud o vías de comunicación, con ello tenía las lealtades políticas necesarias para continuar su lucha revolucionaria contra el Estado. Como verdadero “Estado contraestado”, o poder local en esas zonas aisladas, la insurgencia reguló la vida de esas comunidades bajo los parámetros que ella determinó pues tenía el monopolio de la fuerza para hacerlos cumplir y pudo mantener bajo control esos espacios de frontera agrícola, dado el aislamiento en que se mantenían con el resto del territorio, especialmente por la ausencia de vías de comunicación, que impedía la presencia estable de instituciones del Estado y que, asimismo, reducía la capacidad de respuesta operativa del Ejército colombiano.

La represión y violencia de Estado contra los colonos, a los que se les creía proclives políticamente a la subversión, se enmarcó en la atmósfera de la Guerra Fría y de la lucha antisubversiva contra el enemigo interno. Las fuerzas armadas colombianas, entrenadas dentro de esta órbita contraguerrillera (recordemos la participación del Ejército colombiano en la Guerra de Corea como aliado de EE. UU.) ejercieron su fuerza represora contra los posibles apoyos de la guerrilla (dada la dificultad de enfrentar a un ejército irregular y que se esconde). Influenciados también por los intereses de las clases dominantes rurales, los cuerpos de seguridad utilizaron

la violencia indiscriminada contra los pequeños propietarios ubicados en las zonas de conflicto, lo que conseguía el efecto contrario al deseado: los campesinos buscaban la protección de los grupos guerrilleros frente al Estado, lo cual legitimaba a estos grupos y fortalecía sus bases políticas. La lucha por minar los apoyos sociales de otros actores armados se convirtió en una importante estrategia de guerra y puso a la población civil en medio del fuego cruzado como principal víctima del conflicto armado.

Por último, la dificultad del Ejército para controlar las zonas llevó a esta institución a un cambio táctico y a participar también como fuerza irregular o auspiciar y proteger a fuerzas paramilitares que también eran apoyadas económicamente por los terratenientes. La precariedad del Estado, el vacío institucional, la dificultad de sus organismos armados para mantener el monopolio de la fuerza y el papel de éstos como fuerza de ocupación extranjera en las zonas de colonización permitió el surgimiento y consolidación de diversos actores armados ilegales. Por lo tanto, a la hora de analizar el surgimiento del ELN se hace necesario estudiar la responsabilidad del Estado, sus formas de intervención en esas zonas de frontera y las modalidades de respuesta estatal a los distintos conflictos que se plantearon en esas sociedades. ¿Por qué la violencia se convirtió en una forma de resolución de los conflictos? ¿Por qué la institucionalidad no consiguió mediar entre los grupos y actores del conflicto? Tal vez las respuestas contrainsurgentes impuestas por la Doctrina de Seguridad Nacional ofrezcan las claves para resolver estos interrogantes, ya que alejaron mucho más la resolución pacífica y negociada de los conflictos y propiciaron la adhesión del campesinado a los proyectos insurgentes.

Los colonos o los campesinos en general buscaron incorporarse a una sociedad que les daba la espalda. Fue por ello que realizaron acciones (algunas armadas) para visibilizarse y pedir paso en la institucionalidad nacional. Inclusive

la pretensión real de algunas organizaciones armadas, en muchos casos, no es tanto derrotar al Estado como llevarlo a una posición de negociación, en la que puedan introducir en la agenda nacional temas como la reforma agraria, la mejora de vías o el acceso de los campesinos a mercados; en definitiva, la inclusión de las zonas aisladas a la sociedad y al proyecto de Estado-nación. Por lo tanto, para mucha población campesina, la violencia armada ha sido históricamente una forma de acceso a la ciudadanía, negada anteriormente por su aislamiento y por las reticencias de las élites del país a compartir beneficios del Estado. La guerrilla consiguió, en parte, recoger estos sentimientos e hizo suyas algunas reivindicaciones históricas de los campesinos para conseguir el afecto y la legitimidad ante los sectores que fueron su base social y cantera de militantes. Claro que este proceso ya tenía antecedentes antes de la década de los sesenta, con la estrecha relación que se estableció durante el período de La Violencia entre las guerrillas, la propiedad de la tierra (y, más en concreto, la disputa por el territorio) y las luchas políticas. En general, las guerrillas liberales de los años cincuenta defendieron las propuestas de los colonos y de los pequeños propietarios frente a los intereses de los grandes hacendados que contaban con el apoyo del Ejército, la Policía y los chulavitas, verdaderos “bandoleros de los terratenientes”.

Los grupos armados ilegales propiciaron desde su comienzo la articulación de su discurso con las demandas de los campesinos, y, en especial, se solidarizaron con sus peticiones y sentimientos. El odio represado durante décadas por los colonos fue encauzado por las organizaciones guerrilleras para obtener el apoyo en su lucha de clase. Los sentimientos personales, los odios o venganzas, las ambiciones, tanto de los campesinos como de los terratenientes, se entremezclaron en las disputas políticas y armadas que supuestamente tenían un cariz ideológico.

LA VICTORIA DEL FUSIL SOBRE LA PALABRA

La experiencia histórica de Colombia puede arrojar una luz sobre el sentido de la política y la guerra en una sociedad. La dificultad que ha tenido la sociedad colombiana (así como otros países latinoamericanos) para constituir el espacio de defensa del bien común ha ido de la mano del mantenimiento de una sociedad estamental, basada en la diferencia y no en la igualdad ciudadana. Fue en el paso del sistema colonial a las nuevas repúblicas donde se pudieron gestar las posibilidades de un nuevo contrato social que, a través de un moderno sistema político, impulsara un espacio político al estilo ateniense, o sea, una sociedad autogenerativa que asegurase el crecimiento colectivo e individual. Pero el intento de las élites criollas por mantener sus privilegios sociales en una sociedad más abierta impidió la consolidación de este proceso democratizador. Para ello crearon un andamiaje de Estado-nación con todas sus instituciones, pero no lo llenaron de contenido.

En Colombia, a pesar de la gran cantidad de instituciones, normas o leyes, es una sociedad que no cree en las instituciones. Porque no hay un fuerte consenso social, ni una amplia legitimidad de las instituciones, ya que estas se perciben por parte de amplios sectores de la población como impuestas, ilegítimas o deslegitimadas por la corrupción, la violencia estatal, etc.

Ante la imposición de las normas y visiones de una parte limitada de la población al resto, la mayoría desconoce esas leyes e instituciones, lo que se traduce en el predominio de la cultura de lo ilegal y del uso de la violencia como recurso para resolver las diferencias. Demostrándose las tesis de Rousseau en su crítica a Hobbes: el estado de guerra de todos contra todos no es algo natural, sino la consecuencia de un tipo de construcción social específica e histórica.

Por lo tanto, la guerra y la violencia en Colombia hacen más inteligible la forma de configuración social y los tipos de lazos sociales establecidos. Aunque también podemos darle la vuelta al argumento y mostrar cómo en Colombia la política y el análisis de la configuración histórica del sistema político hacen inteligible el constante recurso a la violencia y a la guerra.

Debemos analizar el conflicto armado colombiano a la luz del especial proceso de configuración de la sociedad, de la institucionalización de unos tipos de relaciones y vínculos sociales, así como de la construcción del moderno Estado-nación liberal. Configuración de la sociedad e institucionalización, marcada por las formas de ocupación del espacio, ese fenómeno de colonización agraria que ha determinado las formas específicas de cohesión social y de articulación con el Estado, dado que las zonas de colonización han sido tradicionalmente zonas de conflicto. Una dinámica histórica de inclusión y exclusión que permeó la sociedad, la configuración del Estado y la propia cultura política de los colombianos.

De estas reflexiones se desprende el debate sobre el papel del Estado en la historia colombiana. Hay dos referentes teóricos que la mayoría de los estudiosos siguen en sus investigaciones: el primero, la idea de Paul Oquist sobre el “colapso parcial del Estado”; el segundo, la propuesta de Daniel Pécaut sobre la “precariedad del Estado”. Las dos tesis articulan las variables de territorio, Estado, monopolio de la fuerza, legitimidad e institucionalización de las relaciones sociales. Tal vez la propuesta más seguida es la de Paul Oquist que habla de “colapso parcial del Estado”, por el desigual control del Estado dependiendo de las zonas del país, algunas con una alta presencia de las instituciones y otras con un débil control estatal. Esta debilidad del Estado necesariamente se plasmaba en un vacío de poder en algunas zonas del país. El intento por parte del Estado de ocupar estas zonas y la resistencia que distintos poderes y actores locales ponen a esa ocupación es

lo que determina la persistencia de la violencia en Colombia. Esta situación se da especialmente en aquellas de más reciente colonización agraria, en las que el Estado no hace presencia y, por tanto, el intento por ocupar estas zonas tropieza con la resistencia de actores que han institucionalizado e impuesto un orden anterior, algo muy marcado en las zonas de colonización con producción de cultivos ilegales (marihuana o coca).

Por lo tanto, la violencia no es consecuencia directa de la falta de presencia del Estado en algunas zonas de país, sino que evidencia la específica forma de articulación, regulación y control social de algunos territorios. Estos planteamientos enlazan con la propuesta de Daniel Pécaut sobre la “precariedad del Estado” y la restricción del sistema político colombiano durante el Frente Nacional, período de surgimiento de varios grupos guerrilleros (ELN, FARC, EPL, M-19, entre otros). Pécaut critica la visión simplista que pretendía explicar la existencia de estos grupos por el carácter restringido del sistema político colombiano durante el Frente Nacional, ese pacto bipartidista o acuerdo entre el partido Conservador y el Liberal para repartirse el poder político cada cuatro años. El autor francés cree que, si bien es cierto que existen serias restricciones para que la oposición al pacto bipartidista tuviese acceso a las instituciones gubernamentales, ello no significa que el único recurso que les quedaba para la participación política fuese la lucha armada. La precariedad del Estado surgió por esta estrechez del régimen, pero no porque significase el “disfraz de una dictadura”, sino porque deja por fuera sectores importantes de la población, lo que hace que el régimen político pierda legitimidad y, por otro lado, aporte argumentos a los opositores para defender la vía armada de oposición. Esta precariedad, entendida como falta de legitimidad, permitió que aflorara una variedad de grupos armados ligados a sectores radicalizados que quedaron por fuera del pacto bipartidista. Las opciones de fuerza fueron ganando terreno sobre la política hasta

que la violencia se configuró en un hábito de las relaciones sociales y políticas. Por tanto, la violencia y su relación con esa precariedad del Estado tienen como correlato la especial relación que se establece entre la sociedad y el Estado, la protesta social y la representación política.

Todo ello nos introduce en el debate sobre la importancia del Frente Nacional en la aparición de la insurgencia armada. Daniel Pécaut sostiene que el bloqueo del sistema político colombiano no era tan importante como en otros países del Cono Sur de América Latina, donde los regímenes políticos que predominaban eran las dictaduras militares. Frente a la postura de este autor se puede argumentar que, si bien el proceso democrático se abrió a los dos partidos tradicionales y se consiguió superar la violencia bipartidista anterior, el sistema político durante este período se blindó a otras opciones políticas. Un ejemplo de ello es el estado de sitio permanente que caracterizó esta época, así como la creciente criminalización de los movimientos sociales o de protesta. O cuando el Partido Comunista intentó participar en la vida legal del sistema político con la inclusión de algunos de sus cuadros políticos en las listas del Partido Liberal, siendo inmediatamente denunciado por el propio líder liberal, Alberto Lleras Camargo, como un atentado contra la ley constitucional. Lo que muestra cómo hasta la participación electoral de terceros partidos, en este caso el PCC, pero también de la Anapo, fue percibida como una acción conspirativa. El cierre del sistema político colombiano es uno de los argumentos utilizados por la guerrilla para justificar la lucha armada como única vía para terminar con una “dictadura disfrazada de democracia”.

A mediados de los años noventa, al comenzar a investigar el fenómeno de violencia en España, Argelia y Chiapas, partía de la hipótesis de que la violencia política era consecuencia de unas condiciones sociales específicas, pero que a este escenario se había llegado por unos factores políticos concretos

y determinantes que regían el destino de esa sociedad; por tanto, el conflicto político-armado tenía que estar motivado por el acceso o bloqueo al sistema de poder que existía en ese contexto social. Hoy en día tengo que reconocer que la cuestión es mucho más compleja y que a las condiciones estructurales hay que añadir la voluntad de los actores en conflicto, así como las representaciones sociales que alimentan la violencia. Por todo ello, hoy estamos en disposición de defender la tesis de que, si bien el conflicto no surge como expresión directa del bloqueo del sistema político, este cerramiento crea las condiciones necesarias para que un sector de la población perciba esto como la imposibilidad de canalizar las demandas políticas y sociales, y alimenta el discurso de que el “único camino posible” son las armas.

Por lo tanto, enlazando esta tesis con la experiencia del Frente Nacional en Colombia, podemos afirmar que, si bien el régimen político no estaba tan cerrado en el momento del surgimiento de los grupos insurgentes en el país (especialmente del ELN), como sí lo estaba en España con el régimen franquista cuando nació ETA, los sectores radicalizados que apoyaron la emergencia de estos grupos sí percibieron al Frente Nacional como un régimen que bloqueaba las demandas políticas y sociales de la mayoría de la población.

La profunda crisis de legitimidad del Estado colombiano en algunas regiones y ante diversos grupos sociales, unida a la inexistencia de un marco común de identidad colectiva ligada al propio Estado, configuró un estado permanente de conflicto que, escasamente mediado por las instituciones, estalló en una situación generalizada de violencia y de desinstitucionalización de las relaciones sociales entre los individuos y grupos de la comunidad. La violencia, la guerra, el recurso a la fuerza se acaban convirtiendo en formas de articular la sociedad. En Colombia se fue entrecruzando cada vez más la política y la guerra, lo político-social y la violencia, en

un huracán de terror que irradia todo el campo social, desde lo público a lo privado. La violencia y la guerra se convirtieron en una estrategia de exclusión, de supervivencia, de rechazo al reconocimiento político del otro, el fusil sustituyó a la palabra y las armas se convirtieron en una extensión de la política.

CULTURA POLÍTICA DE LA VIOLENCIA: UNA POBLACIÓN CON CARENCIA DE HIERRO Y EPIDEMIA DE “PLOMONÍA”

En esta sección se aspira que el lector comprenda la relación entre violencia y sistema político en Colombia. Una relación con antecedentes remotos y que persiste hasta nuestros días: desde el comienzo de la República (por no remontarnos al período colonial), pasando por las guerras civiles del siglo XIX, incluyendo los levantamientos de comienzos del siglo XX, la época de La Violencia de mitad de ese siglo, las guerrillas liberales de los años cincuenta, las guerrillas revolucionarias surgidas en los años sesenta, la guerra sucia y el paramilitarismo desde los ochenta o el narcotráfico en la actualidad.

Este entrecruzamiento entre política y violencia, su persistencia y continuidad, nos introduce en una dimensión fundamental de la historia y sociedad colombiana que podemos definir como “la cultura política de la violencia”. Concepto polémico, tal vez como todos, pero que permite acercarse a una dimensión de la violencia política armada que queda relegada a segundos planos tradicionalmente en las investigaciones del conflicto colombiano. Autores como Gonzalo Sánchez, Alfredo Molano o Eduardo Pizarro se refieren explícitamente a ella, pues ninguna población es genéticamente violenta, sino que es en los contextos histórico-culturales donde el uso habitual a la violencia va constituyéndose en una opción para resolver conflictos, especialmente políticos.

La cultura de la violencia se convierte en un factor decisivo para la comprensión del funcionamiento del sistema político colombiano, las relaciones de poder y la propia sociedad. Colombia cuenta con una de las tradiciones más largas de gobiernos civiles, pero al mismo tiempo la violencia ha persistido hasta nuestros días como una forma específica de hábito político. Esa perdurabilidad ha significado la interiorización de esta práctica social y política, por parte de los sujetos e incluso la institucionalización en los propios organismos estatales. Todo esto hace percibir la violencia como un recurso legítimo para sectores amplios de la población, tanto para quienes quieren mantener el orden establecido como para quienes pretenden acabarlo, sustituirlo o, simplemente, modificarlo. Esta generalización y perdurabilidad de la violencia permite hablar de cultura en el contexto colombiano y diferenciarla de la repercusión que este fenómeno tiene en otros contextos.

Es el proceso de socialización y de aprendizaje social el que permite hablar de cultura de la violencia como hábitos adquiridos a partir de la experiencia personal desde la infancia, pero con especial incidencia en la adolescencia. La violencia hace presencia en la cotidianidad, conforma imaginarios donde se naturaliza el recurso a ella o a la confrontación, en unos contextos de legitimación y aprendizaje del uso de la fuerza.

Este contexto social donde se transmite esa cultura de la violencia es el caldo de cultivo de los jóvenes militantes de los grupos insurgentes. Esto no quiere decir que toda la juventud en un cierto contexto o que todos los hermanos de una misma familia están abocados a entrar en los grupos armados: la realidad es mucho más compleja. Pero también es cierto que los jóvenes cercanos a estos círculos de sociabilidad son más propensos que otros a tomar la decisión de utilizar la violencia como recurso para obtener réditos políticos. En estos

contextos o subculturas hay un verdadero “culto a la violencia”, que la convierte en una solución a unas demandas políticas concretas, en vez de un problema social. Para Alfredo Molano, esta cultura de la violencia comprende tres elementos fundamentales: 1) las razones histórico-sociales de la rebeldía; 2) las formas comunitarias de su mantenimiento, y 3) la conciencia colectiva sobre una forma muy particular de reconstrucción del tejido social.

Por tanto, la cronicidad y persistencia de las intersecciones entre política y violencia en Colombia muestran un elemento estructural que alimenta la reproducción de la acción colectiva violenta tanto en el ámbito de lo público y la política como en el entorno privado (como muestran las cifras de violencia intrafamiliar o el gran porcentaje de homicidios debidos al factor venganza). Este fenómeno de cultura de la violencia es reiteradamente rechazado por la historiografía oficial, que lo ve como un hecho puntual ligado a algunos contextos históricos. Por el contrario, la multidimensionalidad y persistencia de la violencia evidencia que este fenómeno es transversal a la historia de, por lo menos, los últimos dos siglos en Colombia. Por lo tanto, no se puede desconocer en una investigación sobre los factores que propiciaron el surgimiento y consolidación de los grupos insurgentes en Colombia en la segunda mitad del siglo xx el hecho de que la cultura de la violencia ha sido una constante en la historia contemporánea de Colombia. Asimismo, es consustancial a los hábitos y costumbres políticas desde, por lo menos, el surgimiento de la República y hasta nuestros días, como se ve con la persistencia de las guerrillas y los vínculos entre el Estado, los paramilitares y la mal llamada guerra sucia. Entonces, el intento por acceder mediante el uso de la violencia a una representación política o a cuotas de poder dentro del Estado o la sociedad ha sido constante y evidente en casos como el de la infiltración de los paramilitares en la política colombiana y la conformación de

un verdadero para-estado. Asimismo, el asesinato de candidatos políticos por “fuerzas oscuras” demuestra cómo persiste el uso de la violencia como medio de resolución de las contradicciones políticas, sociales, económicas o culturales. Esto muestra que el sistema político imperante no canaliza e institucionaliza pacíficamente las fricciones sociales, por lo tanto, estos conflictos sobrepasan fácilmente ese marco político, resolviéndose mediante el uso de la violencia hacia el contrario.

Estas condiciones históricas que alimentaron la política en Colombia son indispensables para comprender el surgimiento y la consolidación de grupos insurgentes en la segunda mitad del siglo xx, así como para entender la situación política actual en el país.

Un juego de palabras puede resumir este fenómeno de la cultura política de la violencia a lo largo de la historia del país: la política se convierte en un campo de batalla y el campo de batalla de la guerra es un juego de política. Por lo tanto, existe, en algunos sectores sociales, una disposición permanente a la guerra como factor para consolidar y expandir sus niveles de poder por todas las esferas del poder político, y que ponen en duda el monopolio de la fuerza del Estado. Con ello persiste un estado de guerra permanente al estilo hobbesiano, con un intenso *animus belli* que dificulta el proyecto de construcción del Estado-nación.

Esta continuidad de la voluntad guerrillera ayuda a comprender la intensidad de los conflictos pasados y actuales en el país. Como pasó en el siglo xix, pero que se puede hacer extensible en muchos casos hasta la actualidad, la política se hizo con las armas, más que con el discurso; o, por lo menos, cuando el discurso falló siempre estaba la opción de poner el arma sobre la mesa. Las guerras del siglo xix y xx son otra forma de hacer política, esto se puede confirmar con el hecho de que en Colombia las guerras civiles no culminaron con el triunfo militar, sino en procesos de negociación. Lo mismo

sucede en la actualidad con los procesos de diálogo con los grupos armados ilegales.

El recorrido por los procesos de guerras, negociaciones y reconciliaciones constantes deja la sensación de que todo es negociable y que contra mayor capacidad de violencia más reconocimiento y ventajas políticas se pueden conseguir. La aceptación del uso de la violencia para obtener objetivos políticos no suele surgir de una claridad ideológica sobre el tema, sino de la experiencia histórica o del contexto psicosocial y cultural. Podemos pensar que los procesos de socialización de la violencia, entendidos como hábitos, tienden más a explotar sentimientos de odio y violencia que a una verdadera politización de los candidatos a la militancia en grupos armados. Para ello, las organizaciones clandestinas utilizan espacios y ritos ligados a aspectos violentos que puedan explotar las emociones propias de etapas vitales como la adolescencia.

Si, como vemos, en los contextos donde hay conflictos de violencia política armada son evidentes los procesos de socialización de una cultura política de la violencia, el intento por resolver tales conflictos debe tender a trabajar esta dimensión cultural. ¿Pero cuáles serían los rasgos fundamentales de esta cultura política de la violencia que hunde sus raíces históricas en los procesos psicosociales de formación de los individuos? ¿Qué papel cumplieron en el surgimiento y consolidación de los grupos insurgentes en la década de los sesenta? Las respuestas a estas preguntas pueden estar en esos momentos esenciales para la historia política de Colombia que son La Violencia (1946-1953) y su apéndice, el Frente Nacional (1958-1974). Estos períodos son clave para entender el surgimiento y consolidación de grupos armados en los años sesenta. Para explicar la fuerza con la que se implanta la insurgencia, el número de diferentes grupos guerrilleros y su perdurabilidad hasta la actualidad, solo pueden entenderse por el papel que cumple

esa tradición de cultura política de la violencia como recurso para acceder a la ciudadanía o para obtener ventajas políticas.

La militarización de la sociedad se ha dado históricamente en una doble vía: de los sectores marginados del sistema político hacia las clases privilegiadas del país y del Estado contra las formas de resistencia al orden establecido. Por ello, el uso de la violencia como método de lucha política se ha extendido hasta nuestros días en un remolino ciego de violencias encontradas, en una elipse que no para de crecer y de sorprender por su intensidad.

Analicemos a continuación estas dos vías, comencemos por ver qué responsabilidad tiene el “establecimiento” en la persistencia de este entrecruzamiento entre política y violencia. En principio, las fuerzas de seguridad del Estado se convirtieron en garantes del sistema social y político, por encima de pilares institucionales como el sistema judicial. Ello supuso que su presencia en la sociedad se incrementara y, por su centralidad en el sistema, impuso su visión de mundo, el “principio de autodefensa”, lo que llevó a un incremento de la militarización social. Los ciudadanos se convirtieron en fiscalizadores y policías de sus vecinos, y cada individuo, grupo o clase social debió defender por las armas sus propios intereses. El Estado delegó en ocasiones su responsabilidad en actores particulares (especialmente paramilitares), lo que el monopolio de la violencia se rompió todavía más, se incrementó la privatización de la violencia, se intensificó la cultura de la violencia y se terminó estableciendo una verdadera “ley de la selva social”.

La evolución social llevó a un exacerbado recurso a la violencia por parte del Estado y de aquellos movimientos sociales que pretendían forzarlo para que efectuase reformas. Todo ello en detrimento de las mediaciones políticas, judiciales e incluso sociales, en lo que Gonzalo Sánchez define como “militarización de la polarización social”. Un proceso en el que se establece un contacto estrecho entre violencia y política, y

que se intensificó de forma irreversible en La Violencia y el Frente Nacional. Este proceso, unido a las condiciones internacionales y al mesianismo de la izquierda latinoamericana, fomentó el surgimiento de grupos insurgentes que ya no abogaban por la incorporación al sistema político existente, sino por su sustitución, incrementándose la quiebra social y el conflicto armado.

La sustitución, complementación o imbricación de la política y la violencia, fomenta el “antagonismo de la exclusión”, el no reconocimiento de la alteridad, un factor que, según Daniel Pécaut, tiene carácter prepolítico. Este carácter prepolítico traduce el peso que algunas instituciones sociales han tenido en Colombia, especialmente el Ejército y la Iglesia católica. La idea de que esta cultura de la exclusión y violencia empata con el pasado y el peso de la Iglesia en la sociedad colombiana es defendida por varios autores, entre ellos Ambrogio Adamoli, para quien la mentalidad religiosa se convierte en causa estructural de la violencia, porque el intento de imponer una verdad a los demás tiene un papel determinante en la formación de la moral y del imaginario nacional. Para Carlos Mario Perea, existen unos claros vínculos, que él rastrea en la prensa colombiana de mitad del siglo xx, entre la cultura política y la violencia en Colombia, que hunden sus raíces en un horizonte imaginario de naturaleza religiosa y que tienen su origen en la colonia hispano-católica y la Contrarreforma. Por su parte, Cristina Rojas se propone pensar la violencia desde la cultura. Para ello parte del hecho de que hay una violencia originaria o de representación que antecede y sirve para alimentar un discurso de justificación de la violencia real o la agresión física. Esta violencia de representación se origina en un régimen monológico de comprensión del mundo que niega al otro su posibilidad de ser distinto a esa cosmovisión. El régimen de representación que se impuso con la llegada de los españoles, que continuó durante la República y que llega

hasta nuestros días, se basa, según la autora, en los términos de civilización y barbarie. Este “discurso civilizador” y ese “deseo civilizador” obligan al civilizado a civilizar al bárbaro, por lo que legitima el uso de la fuerza contra él, en caso de que no se deje civilizar por las buenas. Fueron estas visiones monológicas defendidas por los distintos grupos sociales las que impidieron la unidad simbólica de la nación, empeñadas como estaban (y están) en la eliminación física del contrincante. Todo ello dificultó la construcción del Estado nacional e imposibilitó la consolidación e institucionalización de una cultura de tolerancia a la diferencia.

Esta ley de la selva dificulta la consolidación política de la sociedad y la disminución de los niveles de violencia. El uso de la violencia sigue teniendo beneficios políticos y económicos, por lo que su práctica continúa. Tener cierto reconocimiento social también la alimenta y el uso del terror consigue mermar la voluntad de resistencia del contrario. El intento de condicionar los comportamientos de los individuos y afectar la vida política y social de un territorio a partir del uso de la violencia para atemorizar al contrincante y paralizarlo con el terror puede ser una constante en los territorios donde el conflicto armado se desarrolló: Perú, Colombia, Euskadi, Irlanda del Norte, etc. Este carácter prepolítico de las relaciones de poder muestra la dificultad de consolidación de un Estado-nación legitimado para la mayoría de su población.

EL PROCESO DE FORMACIÓN DEL ESTADO-NACIÓN EN COLOMBIA

Los últimos doscientos años en Colombia están caracterizados por la búsqueda ininterrumpida de la construcción y consolidación del Estado-nación, fenómeno que puede ser extrapolado a muchos países de Latinoamérica. El intento por

establecer un orden político común encontró en las élites la dificultad de adoptar un tipo de organización política moderna, sin que esto supusiese verdaderos cambios en la estructura social y económica tradicional. La imposición de un proyecto de nación exclusivo de unas élites dificultó el surgimiento de identidades nacionales que aglutinasen a diferentes sectores de la población. Esto supuso que ese proyecto exclusivo fuera posicionado con el uso de la fuerza, por lo tanto, asignaron al Estado y sus fuerzas armadas una función determinante en este proceso de construcción social y política. Las élites criollas, con una perspectiva civilizatoria y racista, partieron de la idea de que lo social no es susceptible de autogobierno y autorregulación. El resultado fue un sistema de dominación tradicional, con clientelismo político, corrupción, fraude y, en muchas ocasiones, el de la violencia para mantener el orden social; parafraseando el escudo patrio, libertad, pero dentro de ese orden establecido.

En esta formación de la nacionalidad, un factor básico para la comprensión del sistema político colombiano es el característico bipartidismo, o la histórica hegemonía de dos partidos políticos: el Liberal y el Conservador. Fue la capacidad de estos partidos de aglutinar y de enfrentar los diferentes sectores de la población lo que determinó la configuración del sistema político y social, las formas de cohesión social y la imposibilidad de una unidad simbólica.

La regularización de la sociedad “desde arriba” por parte de las élites criollas terratenientes demuestra el intento de estas por extender una forma de dominio tradicional al nuevo sistema político liberal-moderno que surge después de la Independencia. De esta lógica política de exclusión emerge la relación entre violencia y política, así como las identidades antagónicas y la imposibilidad de conseguir la unión simbólica y política de la población. Las guerras civiles del siglo XIX y el período de La Violencia en el XX conformaron a los dos partidos

tradicionales y a sus militantes, cuyas concepciones antagónicas e incompatibles dificultaron la instauración de un proyecto común de Estado-nación por encima de las rivalidades políticas. En este caso, las rivalidades se antepusieron al proyecto de construcción de nación. De esta manera, las guerras consiguen configurar y engordar unas endebles maquinarias políticas a partir del odio al otro partido y del sentimiento de venganza. La pugna entre los partidos escondía intereses de caciques locales y élites regionales por encima de diferencias ideológicas.

La combinación de élites regionales, caciques y poderes locales, la centralización del poder en el Estado-nación y los diferentes niveles de la burocracia estatal marcaron la forma como el bipartidismo fue articulando y consolidando la construcción de nación. Pero, al mismo tiempo, la disputa entre los partidos Liberal y Conservador por los beneficios, privilegios e instituciones ha dejado una amplia huella en el pasado y presente político del país. Fue esta disputa por la administración de los recursos y el control del aparato estatal por parte de las diversas y dispersas élites políticas del país lo que configuró las fortalezas y debilidades del propio Estado, que intervino en favor de las élites, en defensa de sus intereses y, al mismo tiempo, permitió a los cuadros medios y simpatizantes de los partidos participar en el botín.

Tanto en el siglo XIX como en el XX, el Partido Liberal y Conservador fueron factores determinantes de la peculiar forma de unificación del país. Ambos jugaron un papel fundamental para impedir la fragmentación del territorio en redes de poder regionales controladas por caciques locales y la adscripción partidista de los sectores populares los incluyó en este proyecto de construcción nacional. Esta especial articulación del Estado con los intereses de las élites económicas y políticas y sus clientelas definirá la forma de configuración y desarrollo del Estado colombiano. Pero también, las élites políticas conservadoras y liberales, desde mediados del

siglo XIX, se encargaron de fomentar el odio al otro partido como principal gestor del sentimiento de pertenencia al partido propio. Así, llevaron a sus seguidores a enfrascarse en sangrientas guerras civiles.

La imposibilidad de conseguir una unidad social, simbólica y real, fue el resultado de mantener un sistema político que se sustentó en las diferencias sociales, aunque tuvo una apariencia democrática, que además se basó en un enfrentamiento partidista asentado no en identidades de clase, sino en el odio al contrincante. La politización de la sociedad se apoyó en ese tipo de elementos prepolíticos de la población y de los actores sociales. La confrontación política y partidista se tradujo en una separación amigo-enemigo, verdadera esencia de la cultura política de la violencia. Por lo tanto, esta naturaleza prepolítica impidió que la democracia se convirtieran en antídoto contra esta relación amigo-enemigo: el odio al otro, al enemigo, fue la fuente de identidad y consolidación de los partidos políticos, y estos últimos, a su vez, son el eje central del sistema político.

Esta visión sectaria, “religiosa” y absoluta de la realidad convertía las rivalidades políticas en cuestión de vida o muerte, y las diferencias eran percibidas por las personas como muros infranqueables de agravios acumulados en conflictos anteriores, odios que se transmitían de generación en generación y que predisponían a la gente para actuar violentamente contra el contrincante, satanizado desde el discurso del partido político propio. Fue la violencia de representación del otro, que fluyó por los discursos políticos y cotidianos, la que validó el recurso de la violencia como forma de corregir la tendencia desviada o anormal de actuar y ser. En el peor caso, era preferible matar al otro que dejarlo ser él mismo, dado que el proyecto de civilización propio se pone en peligro con la existencia de ese otro.

Por lo tanto, el análisis de la violencia contra el otro, e incluso el de la guerra, tiene que ser atravesado no solo por los factores estructurales o las estrategias y motivaciones políticas, sino también por el estudio de los discursos que motivan esas prácticas violentas y que representan al otro en una “guerra ontológica” contra nosotros. El antagonismo real alimentado del antagonismo discursivo, la adscripción partidista supeditada a la adscripción representacional y mental.

Lo interesante es que esta polarización política, ante la amenaza de la hegemonía de ambos partidos por una tercera fuerza o el peligro de sustituir la tradicional dominación de clase, fue cambiada rápidamente por acuerdos entre el liberalismo y conservatismo para seguir manteniendo el sistema, como sucedió en el período del Frente Nacional.

Por lo tanto, podemos destacar que este antagonismo político, además de articular a un grupo humano, demuestra una larga tradición de sectarismo frente a otras posiciones de ver la realidad, llámese a esto fundamentalismo religioso o política de la intolerancia. Este sectarismo e intolerancia se concretaron históricamente en el predominio del uso de la violencia y las armas en el ámbito de la política. La cultura de intolerancia hunde sus raíces en unas formas peculiares de entender la religión católica y en el peso que la Iglesia ha tenido en la configuración social del país. La sobremoralización de la política o politización de la religiosidad llenó la vida cotidiana de los colombianos de actitudes extremas y en muchos casos radicales.

Por ello, este sistema político que se fundamenta en los sentimientos de odio y en posiciones equidistantes y enfrentadas fue calando en los imaginarios de la población desde la Colonia, pasando por el siglo XIX y llegando hasta la mitad del siglo XX. Una población predominantemente rural se permeó por esta concepción religioso-cristiana de la vida y muy pronto se planteó dos concepciones irreconciliables de la realidad, la liberal y la conservadora, que mantuvieron la dialéctica de la

violencia y la pasión política bañadas con tintes pseudoreligiosos. Este contexto histórico-político influyó indiscutiblemente, y de forma destacada, en el surgimiento de la violencia política armada en la década de los años sesenta del siglo xx.

LA CAMISA DE FUERZA DEL FRENTE NACIONAL

La cultura de intolerancia, de odios y rabia fue llevando a la población por el sendero de la guerra y la sangre hasta llegar a la apoteosis de esta sangría, que fue la época conocida como La Violencia (1946-1957). Esta situación generalizada de odios y asesinatos, que cobró la vida de unas 300.000 personas, se intentó superar con el Frente Nacional (1958-1974), el acuerdo de los partidos Conservador y Liberal para superar la peor crisis social y política que vivió Colombia en el siglo xx. La anterior guerra civil se había dado en la ya lejana Guerra de los Mil Días (1899-1902) que culminó con la pérdida del territorio de Panamá. La Violencia fue un período caracterizado por el asesinato del candidato liberal a la presidencia, Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948. Su asesinato desató una asonada general en todo el país, comenzando en la capital con el famoso Bogotazo y se extendió a todas las regiones en una guerra civil entre facciones de los dos partidos. El país quedó dividido en dos partes totalmente irreconciliables.

Así, el Frente Nacional se convirtió en el intento de las élites políticas y económicas del país por controlar esta violencia sectaria que puso en peligro su situación privilegiada en la sociedad. Este pacto entre los dirigentes de los partidos Liberal y Conservador consistió en repartirse periódicamente la administración del Estado y de sus recursos. La alternancia en el gobierno se basó en la paridad de los dos partidos tradicionales y en cerrar la posibilidad de existencia de otros partidos, ya que otras fuerzas políticas no podían participar

en las elecciones ni acceder a puestos en la administración: se requería ser miembro de uno de estos dos partidos y hacer el juramento respectivo.

La fecha en la que inició el Frente Nacional se puede establecer en diciembre de 1957, con el plebiscito, sin embargo, la fecha de finalización del pacto, si bien fue 1974, se postergó porque el desmonte total del régimen no se dio hasta las elecciones para la Asamblea Nacional Constituyente de diciembre de 1990 y la expedición de la Constitución del 91.

Claro que el comienzo del pacto también tuvo unos antecedentes muy importantes. Después de varios años de guerra civil encubierta, las élites políticas decidieron acabar con el caos en el país imponiendo una dictadura militar comandada por el general Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957). Esta salida política se frustró por las pretensiones del general de prolongar su mandato y la oposición del bloque bipartidista, la Iglesia y los gremios económicos a esa opción. Alberto Lleras y Laureano Gómez, los líderes de los dos partidos, se vieron obligados a pactar para acabar con las ambiciones del general Rojas Pinilla y recuperar el espacio tradicional del bipartidismo. Este acercamiento entre los dos partidos buscó crear un Frente Civil contra los militares con la intención de consensuar un candidato presidencial para el período de 1958-1962, pero, ante la resistencia del dictador y de parte del escalafón militar, los líderes de los partidos tradicionales terminaron pactando un acuerdo de mayor trascendencia que superase el poder de los militares y recobrara la propuesta civil frente a la militar. Así, se selló el pacto de Sitges con la convicción de que resolvería todos los problemas del país. La convocatoria de un paro nacional el 10 de mayo de 1957 obligó al general a salir del poder.

El Frente Nacional pretendió recobrar la situación de dominio tradicional, basado en el sistema político bipartidista, después de dos peligrosas experiencias populistas que

pretendieron incluir a las clases populares colombianas en el juego político: la primera con la figura de Gaitán, hasta su muerte en 1948, y la segunda con el populismo del general Rojas Pinilla. De alguna manera, podemos afirmar que el pacto respondió al miedo de las élites frente a las clases populares y su inserción en el poder político mediante figuras populistas, tan común en la historia latinoamericana.

El Frente Nacional, como había sucedido con el sistema bipartidista desde el comienzo de la República en el siglo XIX, permitió recuperar la dominación de clase que ambos partidos aseguraban, situación que se puso en peligro con La Violencia y el golpe militar de Rojas Pinilla y su posterior independencia política de los dos partidos tradicionales. Por tanto, la reconfiguración del bipartidismo con el nuevo pacto permitió la vigencia de una estructura social de dominación caracterizada por la rigidez de la estratificación social, el autoritarismo y la represión de la oposición. Se puede defender la tesis de que el acuerdo bipartidista se convirtió en un régimen político con más continuidades que cambios. Un claro ejemplo fue su carácter totalmente excluyente con relación a otras fuerzas sociales y políticas que no estuviesen representadas en el liberalismo o el conservatismo, sobre todo con el partido Comunista. El Frente Nacional, pues, empata históricamente con el mismo proceso de Independencia nacional y con el lejano período colonial.

El Frente Nacional, que supuso una etapa de connivencia y convivencia pacífica entre los partidos tradicionales, fue incubando una nueva situación política explosiva. Las élites políticas y económicas anquilosadas en su pacto burocrático bipartidista y en utilizar a las fuerzas de seguridad del Estado para mantener a raya a la oposición política y a los movimientos sociales se mostraron sordas a las reivindicaciones sociales y políticas de importantes sectores de la población, lo cual imposibilitó la paz social.

A la reconfiguración del régimen político para mantener los privilegios sociales de unas élites se contestó con un proceso de reestructuración de la confrontación política y social, caracterizada por el tránsito de una violencia bipartidista a una de lucha armada revolucionaria y por el paso de una disputa por el control desde el orden mismo a una de confrontación radical contra el orden establecido. Por lo tanto, el Frente Nacional, que fue diseñado para acabar con la violencia de forma negociada, terminó creando las condiciones, al establecer nuevas formas de exclusión, para una nueva fase de la histórica violencia política armada en el país, en este caso la violencia revolucionaria.

Por último, cabe recordar que, además, el inicio del Frente Nacional coincidió con dos hechos trascendentes en la historia de América Latina: la Revolución cubana y la emergencia de la “Nueva Izquierda”. Estos hechos, unidos al cerramiento del sistema político colombiano, supusieron una tendencia de ruptura y militarización de las formas de protesta social y política.

Uno de los resultados del Frente Nacional fue el surgimiento de nuevas formas de exclusión política, que se acompañaron de nuevas expresiones de protesta social que ya no respondían a las tradiciones centenarias contestatarias bipartidistas, sino a intentos de abolir el orden establecido por medio de una guerra insurreccional. Esta nueva forma de articular la política con la guerra, además, respondió al momento de excepcional mesianismo revolucionario de la época, que en Colombia se concretó especialmente con el surgimiento de dos guerrillas que perduran hasta nuestros días: ELN y FARC.

Otra consecuencia de este período histórico fue que los partidos tradicionales dejaron de cumplir el papel de mediadores entre las clases populares y el Estado, ya que ambos se insertaron plenamente con este último. Surge así un descrédito de estos partidos como garantes de los intereses comunes

de la población, el escepticismo en su gestión y la abstención creciente dada la repartición previa de las cuotas de poder en el Estado. Todo ello abrió camino para que creciese la cuota de simpatía con aquellos movimientos políticos y sociales que luchaban contra el bipartidismo y su sistema cerrado “frentenacional”, como fue el caso del Movimiento de Alianza Nacional Popular (ANAPO), creado por el general Rojas Pinilla, o el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL).

El pacto transformó radicalmente la relación tradicional entre las élites del país y las clases populares. Se desvanecieron poco a poco las adscripciones pasionales partidistas. Los movimientos sociales desconfiaron de la posibilidad de canalizar sus reivindicaciones por el sistema político y el bipartidismo y tendieron cada vez más a reivindicarse por canales de la institucionalidad. Los espacios de mediación política se redujeron drásticamente, ya que, frente a la anterior competencia por el Estado entre dos partidos que necesitaban de la adscripción de militantes y para ello respondían a las necesidades de estos últimos, se consolidó una mediación política incompleta que defendía los intereses de una minoría y que desconocía las demandas de amplios sectores de la población. En definitiva, fue el Estado el que se supeditó a los intereses de los partidos, no estos a una razón de Estado. El Estado, con la mediación del bipartidismo, respondió a los intereses de unas reducidas élites políticas y económicas.

De alguna forma, un Estado moderno débil se convirtió en el resultado de la fortaleza de las élites económicas, que siempre se han defendido de un sistema tributario impositivo, que, a su vez, es condición del fortalecimiento de una administración que permite crecer al Estado. A ello se unió un país extremadamente fragmentado por una agreste geografía que fortaleció los cacicazgos políticos locales y los intereses regionales frente a la centralización del poder. Y, por último, otro factor que muestra esta debilidad estructural es la inclusión

lenta e insuficiente de las clases populares en la ciudadanía social y política. Todos estos factores coadyuvaron para aumentar la falta de legitimidad del Estado y del sistema político en amplios sectores de la sociedad en la época del surgimiento de la violencia revolucionaria en la segunda mitad del siglo xx.

La legitimidad del Estado le permite que los ciudadanos acepten que el único que tiene derecho a usar la violencia en la sociedad es ese Estado mismo y también mediar entre los intereses de los ciudadanos. Cuando pierde esa legitimidad ante un sector importante de la sociedad, ese sector puede decidir que hay un grupo opositor que puede tener mayor legitimidad por los valores que sostiene. Generalmente, una de las condiciones necesarias para que un grupo social proteste armada y violentamente es la falta de legitimidad del sistema político y, por ende, del Estado en un sector de la población. Por tanto, los grupos armados ilegales no cuestionan tanto la autoridad del Estado, sino su legitimidad para gobernar. Este último punto es el que define a estos grupos como pertenecientes a un fenómeno de violencia política armada, y su surgimiento y consolidación no se debe tanto al potencial de respuesta militar que tengan, sino a la capacidad de presentar su lucha contra el régimen como legítima en sectores de la población.

El fenómeno de democracia restringida que bloqueó sistemáticamente la participación ciudadana en las decisiones políticas llevó a un creciente escepticismo de amplios sectores de la población con el sistema político y al surgimiento de formas de participación no institucionalizadas. Las formas de participación social y política desinstitucionalizadas fueron adquiriendo poco a poco un carácter violento, haciendo uso de la fuerza como arma política y de transformación social. El desconocimiento de la voluntad popular y la desconfianza de las élites políticas hacia los sectores populares prepararon indiscutiblemente el camino para el surgimiento de los grupos armados. Un ejemplo claro fue el fraude realizado en las

elecciones presidenciales de 1970 a la ANAPO y la aparición del M-19 como brazo armado de un sector de este partido. Así, su consigna fue muy dicente de esta atmósfera política viciada: ¡Con el pueblo, con las armas, al poder!

En las décadas de los años sesenta y setenta del siglo pasado, pues, persiste un Estado que no ejerció suficientemente de árbitro social, que respondió a un perfil de Estado patrimonial tradicional más que a un Estado moderno liberal, que defendió los intereses de una reducida élite económica del país y cuyas formas de populismo, que podían insertar a los sectores populares en el sistema político, fueron aniquiladas o desvertebradas, sobre todo durante el período de La Violencia: el gaitanismo y el sindicalismo de corte nacionalista. Por tanto, en el momento de surgimiento de los actores armados, estos se encuentran con un desierto de organizaciones sociales, espacio que pudieron ocupar para encauzar las demandas de distintos sectores sociales: estudiantes, campesinos, sindicalistas, etc.

EL CLIENTELISMO Y LA CAJA DE GALLETAS DEL ESTADO

Las relaciones de dominación entre las élites económicas y políticas y los sectores populares de la población sufrieron una destacada transformación con el Frente Nacional. Para algunos, este pacto quitaba las vendas a las clases populares y mostraba la realidad de los partidos tradicionales. Esta reconfiguración de las estructuras de dominio de la sociedad colombiana supuso la intensificación de un viejo mecanismo de poder: el clientelismo político o la utilización del Estado como “la caja de galletas” de los partidos. El clientelismo se convirtió en el principal mecanismo de las élites sobre los sectores populares. Dado los altos niveles de pobreza en el país, los partidos, como

gerentes de los recursos del Estado, contaron con una nueva herramienta de adscripción política, una vez perdida la anterior de los odios partidistas. Esta renovada forma de coerción estructural contra las clases bajas fue el resultado de que parte de estas aceptasen que sus reivindicaciones sociales o sus demandas al Estado se canalizasen a través de caciques políticos; todo ello como resultado de la imposibilidad de obtener esos resultados a través de los canales institucionales normales de un Estado liberal moderno.

El monopolio que ejerció la clase política bipartidista de los recursos del Estado le permitió fortalecer las relaciones clientelistas y convertirlas en el eje de articulación de los sectores populares y su votación con el sistema político colombiano y, a su vez, permitió a los políticos mediar en el proceso por el cual los ciudadanos accedieron a los beneficios otorgados por el Estado. La política social del Estado se convirtió en un factor de chantaje para corregir la situación de pobreza de la mayoría de la población del país. Así, a partir, de este momento, es el nombre de los políticos, y no el de las instituciones, el que se menciona cuando se llevan acciones como la provisión de redes de acueducto, construcción de escuelas, albergues u hospitales.

En el proceso de modernización de la sociedad colombiana, los lazos de solidaridad primarios o prepolíticos no se sustituyeron por unos vínculos igualitarios entre los ciudadanos y los recursos o beneficios del Estado moderno, sino por una versión intermedia: el clientelismo patrimonialista, una fórmula que se convirtió en una renovación del caudillismo decimonónico, no solo porque dispone de los recursos del Estado que administra, sino también porque hizo uso de la violencia y la fuerza para defender ese espacio de intermediación. Como mostró el modelo de Weber, el patrón seguido por el clientelismo es el régimen patrimonialista, aquel que maneja la necesidad de la población empobrecida con “la zanahoria y

el palo”, o con los recursos del Estado y la coerción para mantener su situación de privilegio.

Con este fenómeno social se fue consolidando un estilo de dominación de forma indirecta, basado en la necesidad de la población, que demuestra la dificultad del Estado colombiano y de sus instituciones, para hacer presencia directa en su territorio. La enorme extensión territorial, la escarpada orografía, la variedad cultural del país, la falta de vías de comunicación y la debilidad crónica del propio Estado son algunas de esas dificultades. Por eso aparecen grupos o individuos que aprovechan esta situación y dirigen por encargo ciertas zonas o regiones del país. Pero si el Estado no es suficientemente fuerte para controlar directamente ese territorio, el señor o cacique local debe demostrar que sí ejerce poder y control efectivo en su jurisdicción. Estos intermediarios políticos y el dominio indirecto del Estado en amplios sectores del país se convirtieron en una forma de funcionamiento del sistema político colombiano y de la sociedad en general. Este período de la historia de Colombia estuvo marcado por la fragmentación del poder político y del territorio, ambos se superponen y la ciudadanía política quedó circunscrita por estos factores. Como plantea Marco Palacios: “A través de los partidos políticos las oligarquías locales se articularon con las bases populares por intermedio de una vasta y tupida red de caciques y cacicazgos electorales, cuya suerte vis-à-vis las oligarquías ha variado considerablemente a lo largo de los últimos ciento veinte años, pero cuyo oficio es absolutamente imprescindible para mantener tanto la ‘legitimidad democrática’ del sistema político, como la dimensión supra-regional de este. Los caciques, al tiempo que vinculan clases y regiones al ‘proyecto nacional’, son la mejor expresión de la segmentación política colombiana”.

Por tanto, el clientelismo es un elemento fundamental para analizar las causas del surgimiento de la violencia política

armada en su vertiente insurgente en Colombia en la década de los años sesenta. La intermediación clientelista contribuyó al cerramiento del sistema y a la inoperancia en muchos casos de este, pues los políticos lo utilizaron como forma de enriquecimiento personal y de dominio territorial, defendieron su territorio con métodos antidemocráticos como la compra de votos, el fraude e incluso el uso de la violencia contra los rivales políticos. Por otro lado, el clientelismo también supuso el detrimento del erario, lo que impidió que la mayoría de la población accediese a los beneficios del Estado y continuara en la situación de pobreza.

ELIPSE DE VIOLENCIA: COERCIÓN, REPRESIÓN Y REVOLUCIÓN ARMADA

La reducción progresiva de los canales políticos habituales durante el Frente Nacional tuvo esencialmente dos consecuencias. La primera, una presión de los grupos económicos o sociales representados por el sistema político formal sobre las fuerzas de seguridad del Estado para que defendiesen sus intereses. Y la segunda, un incremento del uso de la violencia por parte de los grupos excluidos o no representados en el sistema político. Las élites económicas y políticas del país creyeron que con el pacto político quedaban resueltos todos los problemas y se solucionaba la guerra civil encubierta anterior y, por lo tanto, los conflictos que surgieron posteriormente al pacto respondían a expresiones de bandidaje o delincuencia común y debían ser tratados como un problema de orden público. Los conflictos políticos que aparecieron después del pacto bipartidista ya no fueron tratados por el Estado y los partidos tradicionales como asuntos políticos, sino como cuestiones policiales o militares. Esta perspectiva se reafirmó después del miedo que adquirieron las élites del país por el

temor que generaron en las protestas de las clases populares por el asesinato del líder populista Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948. A partir de este momento, la protesta social es percibida con gran desconfianza y temor por las élites del país y suele ser reprimida.

Además, esta democracia limitada discriminó a amplios sectores de la población: indígenas, negros, campesinos o población pobre. Discriminación que supuso una continuidad de las formas de dominio estamentales del siglo XIX y del período colonial, y fue uno de los rasgos principales que marcó el régimen político del país. La dominación se basaba en una combinación de antiguas formas culturales autoritarias hispanistas, una estratificación social rígida y una tradición de violencia y represión contra la contestación a la autoridad. Estos factores culturales se intensificaron con el Frente Nacional y el sistema político mantuvo las formas de dominación con una combinación de estrategias de presión y represión. Los rivales políticos del bipartidismo fueron percibidos como enemigos y tratados como tales haciendo uso de los mecanismos punitivos del Estado. Todo ello acrecentó los conflictos sociales y políticos, inventados o reales, que mostraban la intolerancia de la cultura política instituida en el país.

El colofón de esta cultura política intolerante y excluyente fue la militarización de la sociedad colombiana. Por un lado, del Estado contra las formas de protesta social y por otro, de varios grupos guerrilleros contra ese Estado y las élites económicas. Por todo ello los militares fueron cobrando cada vez más protagonismo, no solo por controlar el orden o desorden público, sino también como mecanismo público armado para proteger los intereses de las redes de clientelismo locales y regionales. Si el control social de la protesta social pasaba generalmente antes del Frente Nacional por la adscripción a los partidos tradicionales, con este pacto ese control se realizó principalmente con las fuerzas armadas del Estado. Además,

esta situación se completó con la influencia que tuvo en las relaciones internacionales la Guerra Fría y el surgimiento de la Nueva Izquierda en el continente americano. Esta intervención de los militares para asegurar la seguridad nacional hizo de la acción militar el mecanismo de defensa de un sistema político estrecho. El militarismo de la época fue el resultado de la crisis de legitimidad de los partidos políticos tras el pacto frentenacionalista.

El papel destacado de los militares en la sociedad colombiana de principios de la década de los años sesenta del siglo pasado fue una continuación de la tradición centenaria militarista del bipartidismo en el país. Esta militarización también estuvo influenciada por la presión ejercida por EE. UU. en su “patio trasero” con la implementación del Plan Lazo (1962-1965) y el Plan Andes (1968-1970). El principal objetivo de las Fuerzas Armadas pasó a ser la lucha contra cualquier tipo de protesta social que, dado el contexto de la “expansión del comunismo internacional”, llevó a que se asumiera en un plano de igualdad una simple huelga o un paro armado guerrillero. Esta política contrainsurgente se ejecutó con un dispositivo amplio represivo que intentaba contar los lazos del comunismo en Colombia, y que incluyó acciones legales e ilegales sistemáticas contra sectores de la población tachados como supuestos auxiliares de las guerrillas.

La militarización de la sociedad se hizo cada día más evidente con el surgimiento y consolidación de varios grupos guerrilleros en el país y con los cambios en la legislación del Estado. Entre estos cambios tuvieron un carácter destacado: el recurso permanente al estado de sitio, el restablecimiento de la justicia penal militar en 1965 y la creación por parte del Estado del paramilitarismo (Ley 48 de 1968), que legalizaba el apoyo de las fuerzas armadas con la creación de autodefensas de civiles armados. Con estos marcos jurídicos se afianzó una

especial forma de percibir el orden interno y, por lo tanto, también una peculiar concepción de la protesta social.

Hubo una desproporción entre las limitadas demandas de la protesta (y su escaso poder para desestabilizar el país) y la respuesta desmedida del Estado con la imposición del estado de sitio y la utilización de los organismos de seguridad. Recordemos el antecedente de 1955, cuando, para doblegar a un movimiento campesino comunista en la región de Villarrica (Tolima), el Ejército colombiano no tuvo problema en bombardear la zona con Napalm. Los mecanismos de control del orden se completaron con cercos de exterminio o asfixia económica de las zonas donde había presencia rebelde o contestataria, el masivo desplazamiento forzado de la población o su ubicación en “campos de concentración” como Cunday.

Otro elemento común del período fue el hecho de que cada actor armado justificó su violencia remitiéndose a una “violencia originaria” ejercida por su contrario, y, por tanto, la violencia propia siempre se consideró respuesta justa a la ejercida por el otro. Así se consolidó un círculo vicioso de violencia y guerra, en el que la violencia revolucionaria se justificó como respuesta a la violencia estatal o paraestatal, y viceversa.

Pero la violencia revolucionaria no solo tuvo como detonante la estrechez del régimen político colombiano durante el Frente Nacional para explicar la radicalización de las posturas políticas de izquierda en los años sesenta. Algunos sectores de la izquierda en América Latina tuvieron una dinámica propia de radicalización y autoexclusión de los sistemas políticos vigentes. Hubo un habitual desprecio a las posibilidades de las vías democráticas y se tachó peyorativamente como reformistas los intentos por encauzar ciertas reivindicaciones sociales dentro de la institucionalidad vigente. La nueva izquierda y sus representantes se llenaron de voluntarismo, dado que las condiciones internas estaban dadas, todo dependía de la determinación de unos pocos iluminados (la vanguardia del

pueblo), como había sucedido en otras experiencias revolucionarias. Para ellos, el fin (acabar con la oligarquía nacional y su sistema político excluyente del Frente Nacional) justificaba los medios (la lucha armada). La revolución se percibió como una misión apremiante y la tarea esencial de los militantes de izquierda era hacerla.

Esta necesidad por actuar vislumbra el papel de la Revolución cubana como referente para la acción, que fue tal vez más determinante que su incidencia ideológica. Esta revolución mostró el camino o la vía rápida para la toma del poder estatal, y esa ruta era la lucha armada. Además, la percepción que se tenía del Frente Nacional como un sistema cerrado reforzó más esta idea, ya que las teorías expuestas en algunos catecismos marxistas-leninistas parecían constatar en la democracia formal colombiana. Con la conciencia de actuar de los jóvenes revolucionarios quedaba resuelta la discusión sobre las condiciones para la realización de la revolución socialista y la polémica sobre si debía existir antes o no una revolución burguesa en el país. Con esta posición práctica no solo se siguieron las corrientes ideológicas marxistas de moda, sino que también se recogió la tradición guerrera de las guerrillas liberales de los años cincuenta.

El éxito de los barbudos en Cuba condicionó a muchos movimientos latinoamericanos de izquierda y los orientó hacia la lucha armada, urbana o rural, para tomarse el poder. Al extrapolar la experiencia cubana al contexto colombiano, el ELN intentó acomodar la realidad del país a los intereses tácticos de esa adopción. La absolutización del medio, la lucha armada, tuvo su contraparte en la despolitización de los militantes de las organizaciones armadas, pues la destreza militar fue imponiéndose como un factor más importante que las habilidades políticas. En el caso colombiano, significó que la política se debía realizar en el monte y con el fusil en las manos. La formación ideológica dio paso al entrenamiento militar, y

el análisis social se convirtió en el conocimiento de la ley de la selva. Esta militarización de la cultura política de la izquierda revolucionaria colombiana tuvo consecuencias nefastas para el futuro del país.

Pero la militarización de la izquierda colombiana no solo se desarrolló en el exterior de las organizaciones, también tuvo consecuencias importantes al interior de estas. Tal vez, la más destacada fue el aumento del autoritarismo en estas organizaciones político-armadas, expresado en el culto a la violencia, el machismo, la imposibilidad de las disidencias internas, en algunos casos el fusilamiento de compañeros que no seguían la línea de la organización, etc. Este autoritarismo interno se tradujo en una estrategia organizativa que eufemísticamente se llamó centralismo democrático, una organización con un claro componente vertical de transmisión de órdenes que, bajo el amparo de la clandestinidad y la seguridad del grupo, impidió la disidencia interna o la crítica a los postulados de la cúpula de la organización. Todo ello se tradujo en desconfianzas mutuas entre militantes, de la dirección con estos, entre grupo con sus bases de apoyo, etc. Se impuso la visión leninista de la lucha de clases y, paradójicamente, lo que se criticaba de la sociedad capitalista se desarrolló al interior de las organizaciones: una élite revolucionaria que orientaba al grupo.

El centralismo democrático reforzó el poder de un reducido número de dirigentes sobre el total de la militancia, lo que facilitó la toma de decisiones. El militante generalmente aceptó este hecho como natural por el carácter clandestino de la organización. Además, la falta de contactos horizontales de los militantes, ya que era peligroso conocer a mucha gente, dificultó también el cuestionamiento colectivo. Por ello, las disidencias, generalmente, fueron individuales, lo que contribuyó a hacer creer que había un fuerte consenso interno en las organizaciones armadas, respecto a las estrategias y acciones a desarrollar.

En Colombia, la vanguardia revolucionaria se la otorgarían a sí mismos varios grupos de la nueva izquierda. La antorcha revolucionaria fue levantada por multitud de grupúsculos de izquierda, que en la mayoría de las ocasiones tuvieron una existencia muy fugaz. Esta visión de vanguardia y los cerrados círculos de sociabilidad permitieron legitimar ante sus militantes la lucha contra el sistema político del Frente Nacional. Asimismo, las lecturas de la doctrina marxista-leninista sirvieron al ELN para autoerigirse en la vanguardia de la revolución en Colombia. El vanguardismo y el militarismo también alimentaron en esta organización el sectarismo, la intolerancia contra el adversario y las purgas internas. El ELN, como hicieron otros grupos, fue automarginándose, además de la necesidad de clandestinidad, también porque eso creaba una mística revolucionaria que legitimaba más la lucha ante sus militantes y reforzaba el autoritarismo interno.

LA OPOSICIÓN POLÍTICA Y EL CAMBIO DEL VOTO POR EL FUSIL

Estas organizaciones armadas que buscaron tomarse el poder tropezaron en su empeño con su aislamiento social, la fortaleza del Estado y sus mecanismos de seguridad, así como con su imposibilidad de expandir su legitimidad más allá de sus círculos de sociabilidad. Podemos encontrar varios cambios que sufrieron las distintas formas de oposición al cierre del sistema político-social del Frente Nacional, y ver cómo fueron evolucionando, dependiendo del contexto nacional e internacional. Mauricio Archila diferencia.

Cuatro grandes momentos en la creación o desaparición de formas de oposición política al Frente Nacional: a) 1958-1962, años de desencanto con el régimen bipartidista y de aventuras

armadas; b) 1962-1965, momento de surgimiento propiamente dicho de la Nueva Izquierda; c) 1965-1970, tiempo de consolidación lenta de esa izquierda y de crecimiento de la ANAPO, y d) 1970-1975, años de replanteamiento y de nueva proliferación organizativa.⁵³

En el primer período (1958-1962), frente al debilitamiento de los partidos Liberal y Conservador, así como el del partido Comunista Colombiano (PCC), surgen los primeros indicios en Colombia de lo que se conoció como la Nueva Izquierda. Éste fue jalonado por el Movimiento Obrero, Estudiantil y Campesino (MOEC) que, tomando como referente los recientes hechos en Cuba, decidió en 1959 conformar un amplio movimiento a raíz de las protestas contra el alza de las tarifas de transporte en el país. La Nueva Izquierda surgió en confrontación directa no solo con el Frente Nacional, sino, también, con la Antigua Izquierda, representada por el PCC y las directrices del PCUS soviético. Los referentes ideológicos de esta Nueva Izquierda partieron de Cuba y China, y en Colombia se configuró especialmente con sectores radicales provenientes del Partido Liberal, así como de disidencias del PCC. En esta primera etapa de oposición al Frente Nacional, el objetivo de la nueva izquierda colombiana fue la conformación de amplios frentes populares de lucha que pretendían incluir a varios sectores de la población: estudiantes, campesinos, obreros, etc.

El MOEC fue la primera experiencia exitosa de este período, un movimiento que, apoyado por Cuba, pretendió utilizar la lucha armada para la toma del poder. Abrió el camino al debate sobre la necesidad de la vía armada para la consecución de la revolución social. Bajo la consigna “cambia tu voto por un fusil” el MOEC consiguió aglutinar a sectores de estudiantes

53 ¿Utopía armada? Oposición política y movimientos sociales durante el Frente Nacional, en *Controversia*, Bogotá, p. 31.

radicales, disidentes del PCC y antiguos guerrilleros liberales de la reciente etapa de La Violencia. El MOEC, siguiendo la experiencia cubana, intentó conformar varios focos guerrilleros en algunas zonas del país, pero todos ellos fracasaron por distintas circunstancias.

Otros dos movimientos destacados de este período fueron disidencias internas de los dos partidos tradicionales: la Alianza Nacional Popular (ANAPO) y el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL). Fueron las Juventudes de este último movimiento (JMRL) las que conformaron uno de los sectores que dio origen al ELN. Las JMRL defendieron la combinación de formas de participación legal y el recurso a la violencia armada como mecanismos para realizar la revolución socialista en el país. Este movimiento tuvo una fuerte presencia en el ámbito universitario y contó con cierto margen de maniobra, pues hizo parte del Partido Liberal. Dentro de las JMRL pronto comenzaron las divisiones entre los sectores proclives a un liberalismo reformista, otros a la concepción china de la Revolución socialista y aquellos que defendieron las posturas de la Revolución cubana. Estos últimos pretendieron seguir los derroteros de los revolucionarios cubanos que, comenzaron con posturas liberales radicales, pasaron a la aceptación de la vía armada para la toma del poder y, por último, buscaron conformar focos. Este sector procubano constituyó uno de los sectores fundamentales en el surgimiento del ELN. De este grupo de las JMRL y de algunas disidencias del PCC salieron los primeros cuadros dirigentes del ELN.

El segundo período (1962-1965) se caracterizó por el surgimiento y la consolidación de los proyectos armados de esa Nueva Izquierda, en especial el ELN, las FARC y el EPL. Los grupos de oposición del período anterior fueron claves para el surgimiento del ELN, pues el fracaso de algunas de esas experiencias revolucionarias sirvió de base para una mejor planificación de otros grupos. La elección del Magdalena Medio

santandereano fue una de las claves del éxito de la implantación y consolidación del ELN porque consiguió enlazar los nuevos sectores radicalizados del país con la tradición guerrillera campesina anterior. Los residuos de las guerrillas liberales pusieron la experiencia de guerra que el foco guerrillero necesitaba y que los cuadros dirigentes no tenían.

El tercer período de resistencia al Frente Nacional (1965-1970) se caracterizó por la desaparición de pequeños grupúsculos de oposición y la consolidación de los grupos que habían tenido éxito en su implantación, como en el caso del ELN. También fue el momento en el que el Movimiento Obrero Independiente (MOIR) que provenía de una disidencia del MOEC, dominó la escena de protesta contra el Frente Nacional. Por último, el cuarto período (1970-1975) tuvo como referente el surgimiento del Movimiento 19 de Abril (M-19). Este grupo armado hace parte de lo que se denominó la segunda ola revolucionaria latinoamericana en la segunda mitad el siglo XX, con experiencias similares en países centroamericanos, que evidencia de nuevo la influencia de los factores externos en el surgimiento de grupos revolucionarios en Colombia.

Los factores externos y el surgimiento de organizaciones armadas

“LA CHISPA QUE ENCIENDE LA PRADERA”

Las historiografías nacionales tienen una hegemonía evidente en el campo de conocimiento del pasado frente a otras perspectivas comparadas o internacionales, por ello, los factores internos suelen ser el foco central al explicar el surgimiento de grupos armados en varios países. Pero es sabido que la coyuntura internacional tuvo una enorme incidencia en la emergencia de diversos grupos armados en la segunda mitad del siglo xx, tanto en América Latina, Europa o África. La situación internacional, en la cual surgen las organizaciones armadas durante la década de los años sesenta y comienzos de los setenta, explica en gran medida la emergencia de gran cantidad de focos revolucionarios en casi todo el mundo y la simpatía que despertaron. El análisis de los contextos internacionales donde surgen estos grupos armados puede arrojar una luz sobre los contextos o que favorecen un eventual éxito de las experiencias revolucionarias, igual que aquellos factores

que las condenan al fracaso. El contexto internacional y los factores externos pueden servir de instrumentos para activar o desactivar el potencial revolucionario en un país. Con todo ello, se hace necesario calibrar adecuadamente la relación entre factores internos y externos en el momento del nacimiento de estos grupos armados, lo cual puede dar pistas, también, de la importancia de estos factores en la resolución de conflictos sociales y en el fin de estos grupos insurgentes.

Cada experiencia revolucionaria exitosa se convirtió en un ejemplo definitivo de cómo hacer otras revoluciones, cada victoria táctica de un grupo armado fue exportada y se intentó replicar en otros contextos y por otras organizaciones. El proceso empezó con la simpatía de los militantes por las distintas experiencias revolucionarias, asunto que despertó el sentimiento de pertenencia e identificación y, más adelante, alimentó la idea de que era necesario recurrir a métodos similares de lucha. Así, se creyó que si el uso de la violencia había funcionado en escenarios foráneos, era válido en el propio.

El intento forzado de comparar contextos para justificar el recurso a la violencia llevó a estas organizaciones a exagerar los antagonismos para adaptar la realidad a un discurso de lucha y enfrentamiento. Así se redujeron las posibilidades de diálogo y resolución de los conflictos. El discurso ideológico se encargó de adecuar una realidad externa a los intereses de los distintos actores armados. En el caso de los grupos armados estudiados, el discurso foquista sirvió para que muchos militantes sobrevalorasen la verdadera capacidad de estas organizaciones y las posibilidades de éxito haciendo una revolución. Por lo tanto, los factores externos o el ambiente internacional fueron determinantes para que unos sectores minoritarios de la población en Colombia tuvieran conciencia de sus posibilidades para la toma del poder por la vía de la lucha armada. Y se sirvieron del bagaje ideológico de la época (marxismo, guevarismo o foquismo) para hacerlo confluir con una larga

tradición de lucha de las gentes de estos territorios (los campesinos liberales radicales y los comunistas).

En medio de la Guerra Fría se produjo un fenómeno político de enorme relevancia histórica: la descolonización de importantes zonas de Asia y África (Argelia, Túnez, Libia, Malasia, Madagascar). En 1955, esta lucha contra el colonialismo tuvo su hito en la Conferencia de Bandung, donde veintinueve países de África y Asia dieron un giro a la geopolítica mundial y pusieron en crisis la bipolaridad emanada de la conferencia de Yalta con el surgimiento del tercermundismo y el desplazamiento del choque de las grandes potencias y de sus intereses a estos contextos periféricos. Y no solo eso: el movimiento también estimuló, en el interior de los dos bloques hegemónicos, las disidencias internas. Cada bloque es amenazado en su interior por movimientos que asumen posturas cercanas al bloque contrario. En el caso europeo, hubo un resurgir de las ideas socialistas y de los nacionalismos, donde podemos insertar el nacimiento de ETA, que también se dio en otras regiones como Irlanda, Cataluña, Galicia, Bretaña, Cerdeña o Alsacia.

En América, este proceso descolonizador o de ruptura con el neocolonialismo tuvo su momento cumbre con la Revolución cubana. El triunfo de los revolucionarios cubanos sirvió de ejemplo y estímulo para la formación de nuevos grupos políticos y armados, al margen de la ortodoxia de los partidos comunistas, y abrió el campo a formas heterodoxas de confrontación. La Revolución cubana frenó, en principio, el debate sobre las condiciones objetivas para hacer la revolución en los países y lo redujo a un problema de voluntarismo, espíritu de sacrificio y heroísmo. Todo ello con una mitificación de la lucha armada y del sacrificio de los muertos por la causa. El resultado fue la absolutización de los medios y de los fines. Lo político se redujo a lo militar y alentó el surgimiento de grupos armados dentro de sectores de la izquierda latinoamericana.

Las guerras de descolonización en África y Asia, el triunfo revolucionario en Cuba y el surgimiento de otros movimientos insurgentes en América Latina o las guerras del sureste asiático fueron interpretadas por los jóvenes rebeldes de la época como un mismo proceso de liberación planetaria. Este proceso, en los países occidentales, se manifestó a través de la contestación social y cultural: *hippies*, *beatniks*, provos, revueltas estudiantiles, curas obreros, revueltas de negros, o luchas pacifistas. En definitiva, una lucha continua contra el viejo orden, donde la Nueva Izquierda se presentó como el adalid de toda una generación que luchaba contra el orden establecido. Existió en esta época un clima emocional, en el que el individuo rebelde se sintió participe de un proceso de cambio mundial, una oleada revolucionaria que traería un mundo mejor y un “hombre nuevo”.

AMÉRICA LATINA SUMERGIDA EN EL MAREMOTO REVOLUCIONARIO

En América Latina hubo dos grandes “olas revolucionarias”: la primera, el faro ideológico puesto en la Revolución cubana de 1958 que se prolongó hasta mediados de la década de los setenta y se caracterizó porque la estrategia utilizada por la mayoría de los grupos insurgentes fue el foco guerrillero o vanguardia armada, cuyo cometido era crear las condiciones para la revolución, como lo demuestra el caso estudiado del ELN en Colombia. Este período se puede subdividir, a su vez, en dos etapas: la primera, cuyo epicentro es Centroamérica y los países andinos, caracterizada por focos establecidos en áreas rurales, finaliza con la muerte de Ernesto ‘Che’ Guevara en Bolivia, en 1967; y una segunda etapa en la que el centro de actividades se desplaza al Cono Sur, especialmente a Brasil, Uruguay, Argentina y Chile, caracterizado por la proliferación

de guerrillas urbanas. La segunda, que tuvo como modelo a la Revolución Sandinista en Nicaragua, y como estrategia fundamental utilizó la “Guerra popular prolongada”. Nicaragua supuso la constatación de que la creación de un extenso frente de masas era el medio para obtener la esperada transformación social, dada la experiencia acumulada en los últimos años de lucha revolucionaria y el fracaso de las teorías foquistas, así como la asimilación de la teoría maoísta de la guerra popular prolongada. Esta segunda ola estuvo más circunscrita que la primera, sacudió menos al continente, y se centró en Nicaragua, Guatemala, El Salvador, Perú y Colombia, pues las políticas contrainsurgentes estaban notoriamente desarrolladas.

Hay que destacar que, pese al gran temblor insurgente que causaron estas olas revolucionarias, solo las dos experiencias, las crestas de esas olas, Cuba y Nicaragua, consiguieron sus objetivos. Las demás experiencias, si bien suscitaron muchas expectativas en el continente, fracasaron o se estabilizaron en una fase de decrepitud, como en el caso de Colombia y Perú. Lo que lleva a la pregunta de por qué unas experiencias revolucionarias tienen éxito, otras fracasan y otras se estabilizan, como en el caso del ELN, ETA o Sendero Luminoso. Si bien esta pregunta va más allá de los planteamientos de esta investigación, y cada experiencia requiere un estudio detallado, creemos que el análisis de los contextos internacionales donde surgen estos grupos armados puede arrojar luz sobre las condiciones necesarias que favorecen un eventual éxito, igual que sobre aquellos factores que inducen al fracaso a estos movimientos revolucionarios.

Por ejemplo, las políticas establecidas por EE.UU. como potencia hegemónica en la región dificultaron la consecución de los objetivos políticos de muchos movimientos armados que pretendían reproducir la experiencia cubana o nicaragüense en sus territorios. También es importante destacar que ni la revolución cubana como la nicaragüense se pueden desconectar

del fracaso, inmediatamente anterior de dos experiencias de transformación democrático-radical: Guatemala en 1954 y Chile en 1973. Dos experiencias revolucionarias abortadas militarmente, con el auspicio de EE. UU., y que reforzaron a la izquierda latinoamericana del momento y la idea de que solo la opción armada era válida contra la violencia estatal, y a la única vía para alcanzar los objetivos revolucionarios. La Revolución cubana se vio favorecida con el derrocamiento del presidente guatemalteco Jacobo Arbenz y el fin de la primera experiencia democrática en Guatemala desde la independencia de este país. Asimismo, el golpe de estado contra Salvador Allende en Chile, y su asesinato, dio un nuevo impulso al espíritu revolucionario y armado en la América Latina de mediados y finales de los setenta. Estos dos acontecimientos históricos significaron sendos giros militaristas en la mayoría de la izquierda latinoamericana del momento. Se idealizaba la opción militarista, a pesar de que tanto la Revolución cubana en la Sierra Maestra como la sandinista de 1979 no desplegaron grandes escenarios de guerra, sino que se redujeron a confrontaciones a pequeña escala, unas guerras de guerrillas breves y con unos pocos miles de efectivos enfrentados.

La izquierda latinoamericana se encargó de construir sus propios hitos militares y los correspondientes mitos en torno a la lucha armada en Cuba y Nicaragua. Construyendo paralelamente una historia oficial como soporte de estos mitos revolucionarios, los sandinistas, que nunca tuvieron más de mil hombres en armas, habrían eliminado con su valentía y decisión revolucionarias a la temible Guardia Nacional de Somoza, entrenada y armada por los EE. UU. Se construyó el mito de las Espartas latinoamericanas: Sierra Maestra, el palacio de La Moneda de Santiago de Chile o los barrios periféricos de Managua. Todo este proceso se alimentó con una creciente tendencia a sobrevalorar los sucesos militares, convertidos en épicos, y la consiguiente sublimación de los factores políticos

e internacionales que convirtieron las victorias políticas de Cuba y Nicaragua en estrechos triunfos militares. Esta visión oficial de la izquierda latinoamericana sigue pesando mucho en la historiografía sobre estos temas, corroborándose la frase popular según la cual los mitos son más fáciles de crear que de destruir.

El análisis comparado de este fenómeno de idealización de la lucha armada por parte de la izquierda latinoamericana nos entronca el fenómeno con una cultura política que recurre al uso de las armas y de la violencia para obtener beneficios políticos, sin acudir al campo de la negociación o de la mediación. Una cultura política latinoamericana en la que la derecha fue abanderada por el caudillismo, la implicación de los militares en la política o, más recientemente, el asesinato de opositores como estrategia de guerra sucia del Estado y que en la izquierda se transformó en una compulsión a recurrir a las armas ante la imposibilidad o la renuncia voluntaria a los espacios de mediación política. Con esta postura, la izquierda latinoamericana no estaba siendo revolucionaria, sino todo lo contrario, conservadora, al continuar esa larga tradición guerrera y militar en el espacio de las demandas políticas. La revolución se convirtió en guerra y solo la guerra podía traer la revolución. No se pudo romper la tradición decimonónica: simplemente se sustituyó la espada por el fusil.

En América Latina, el triunfo de la Revolución cubana significó, en principio, el derribo de los prejuicios y dogmas políticos establecidos por los partidos comunistas ortodoxos, un verdadero estímulo para la formación de nuevos grupos políticos al margen de los partidos comunistas nacionales. La victoria revolucionaria cubana condujo a la idealización de las acciones militares como medio para obtener poder político y creó un imaginario social en el que la revolución socialista era un asunto de heroísmo, decisión personal, espíritu de sacrificio y una concepción monacal de la

vida guerrillera. La revolución cubana zanjó, en apariencia, la discusión sobre las condiciones para realizar la revolución socialista. Demostraba que si no existían, sería la vanguardia o el foco insurreccional el encargado de crearlas. La forma de destruir el Estado capitalista y sus medios coercitivos era la guerra de guerrillas, librada en zonas rurales propicias estratégicamente, que serían el núcleo del futuro ejército popular que establecería el Estado socialista. Esta fue la gran lección que dio la Revolución cubana a la izquierda latinoamericana. Toda línea política que no siguiera estos presupuestos no era verdaderamente revolucionaria y, por tanto, se despreciaba.

CUBA: EL PARAÍSO TERRENAL DE LOS REVOLUCIONARIOS

A lo largo de la segunda mitad del siglo xx, Cuba encarna un referente permanente y un faro ideológico para los rebeldes latinoamericanos y, en muchas ocasiones, para los de otros lugares del planeta, como muestra el peso que tuvo este país en organismos como la ONU defendiendo las posturas de los países no alineados tanto de África como de Asia. La isla se convirtió en lugar de descanso, refugio, entrenamiento militar o formación política, dependiendo del grupo armado y el momento histórico. El triunfo del Movimiento 26 de Julio, encabezado por Fidel Castro y Ernesto 'Che' Guevara, supuso un ejemplo a seguir, marcó definitivamente a la izquierda latinoamericana y determinó la reconfiguración de todas las fuerzas progresistas de América Latina, concretada en: 1) el cuestionamiento a las fuerzas opositoras tradicionales; 2) un giro radical a la izquierda del firmamento político, en especial, de la tradicional corriente nacional-populista; y 3) el surgimiento del fenómeno de la Nueva Izquierda Latinoamericana. Una nueva generación opositora emprenderá una doble lucha. Por

un lado, peleará con la oligarquía latinoamericana y la dominación de EE. UU. y, por otro, batallará con los partidos opositores tradicionales: partidos comunistas o corrientes radicales de los partidos liberales. Los grupos armados surgieron en abierta oposición con los partidos comunistas y, frente al reformismo de estos últimos, implantaron multitud de focos revolucionarios, empezando por Venezuela y República Dominicana. El sector social que lideró el proceso fue el de los jóvenes intelectuales o estudiantes latinoamericanos que analizaron el triunfo de la Revolución cubana y quisieron importar la experiencia a sus propios países.

Estos elementos fueron asimilados sin una crítica previa, lo que condicionó fuertemente el surgimiento y el desarrollo de muchas organizaciones. En todos los países de América Latina y el Caribe surgieron grupos que pretendían emular la Revolución cubana con su ideología, estrategia y tácticas. La izquierda se dividió entre procubanos y ortodoxos comunistas pro-soviéticos, aunque también aparecerán otras facciones. Desde 1959 la antorcha revolucionaria ha permanecido constantemente prendida en el hemisferio, aunque las victorias han sido muy pocas. Antes de la Revolución cubana, la izquierda latinoamericana se caracterizaba por estar resignada al fracaso de las experiencias revolucionarias, se mantenía generalmente en una posición moderada y con un marcado carácter reformista. Pero con el ejemplo cubano, la revolución pasó a ocupar el lugar preferente en la agenda de muchos idealistas de izquierda. Cuba prendió el efecto demostración: el guiño a los jóvenes rebeldes de todo el hemisferio fue claro. La isla atizó el fuego de la revolución en el continente y apoyó desde un comienzo los intentos de repetir su experiencia en otros países, como en el caso del ELN colombiano y de otros grupos armados del centro y sur de América.

Cuba sirvió de catalizador de las experiencias revolucionarias y de los grupos armados que surgieron en países como

Venezuela, Uruguay, Chile, etc. Ayudó a que procesos de oposición política, que estaban en marcha, tomasen un nuevo ímpetu, incluso, en muchos casos a que orientaran su lucha hacia el uso de la violencia como medio para tomarse el poder. En unos casos a través de ese efecto demostración y en otros con la ayuda directa del gobierno cubano.

El tránsito continuo por la isla de intelectuales y políticos latinoamericanos de izquierda fue aumentando el grado de admiración al proyecto revolucionario cubano y la figura de Fidel Castro. La autoridad moral de Fidel sobre los nuevos revolucionarios de otros países le otorgó una capacidad de injerencia en los intentos de exportar esta experiencia a otros contextos. También ayudó el esfuerzo del gobierno cubano por formar política y militarmente a los cuadros dirigentes, así como el intento de equipar y armar estas experiencias insurgentes. Cuba pretendía extender los movimientos revolucionarios con la intención de aumentar sus apoyos externos, pero también porque existía la convicción de que la situación de muchos países mostraba el carácter continental de la revolución. Una revolución socialista requería el apoyo inicial a esos focos revolucionarios y armados, que crearían las condiciones para la toma de poder en sus países y la implantación posterior de modelos políticos socialistas.

Los cubanos intentaron interferir en la mayoría de estos procesos de surgimiento de movimientos insurgentes porque creían que ellos tenían mucha más experiencia que los neófitos revolucionarios locales. Intentaron establecer con estos grupos una extraña combinación de asesoría, cooperación, solidaridad, pero también llenaron esas experiencias locales de interferencias y presiones. Reiteradamente, el gobierno cubano ha insistido ante la opinión pública internacional que su influencia en estos movimientos armados de otros países se ha reducido a un apoyo moral y a una sana asesoría, omitiendo que en muchas ocasiones sus servicios secretos influyeron

directamente en la construcción de estos grupos. La capacidad de ayuda militar, el asesoramiento, la posibilidad de refugio en la isla y la predisposición de la izquierda latinoamericana de aceptar la asesoría-dirección de los cubanos desempeñaron un papel determinante en el desarrollo de muchas organizaciones.

Pero el papel de Cuba tomó un carácter determinante a partir de la victoria sandinista. Fue entonces cuando su influencia se hizo más notoria. Gracias a ella, los sandinistas pudieron formar todo el aparato de seguridad indispensable para mantener la revolución en unas condiciones totalmente adversas, dada la fuerte oposición de EE.UU. La asesoría cubana ayudó a la reconstrucción y transformación del Estado, aportó los cuadros necesarios encargados de asesorar en los diversos ámbitos: militar, económico, educativo, salud, comunicaciones, etc. Cuba, también participó en la década de los ochenta en la convulsionada situación de El Salvador.

En Colombia, la sombra de Cuba se hizo notar desde las primeras experiencias foquistas en el país, inmediatamente después de la entrada en La Habana de los barbudos, aquellos guerrilleros comandados por Fidel Castro. El comienzo de las experiencias guerrilleras influidas por la Revolución cubana se dió en 1959, cuando surgió el Movimiento Obrero Estudiantil Campesino (MOEC), y un sector de este abogó por constituir los primeros focos guerrilleros. Pero este surgimiento no sucedió hasta el año 1961, cuando su fundador, Antonio Larrota, volvió de Cuba e intentó contactar a los pocos militantes que quedaban de las guerrillas liberales en el norte del Cauca con el grupo de Jesús Aguirre, jefe de un grupo transformado en bandoleros que terminaron asesinandolo. Este intento de articular los nuevos focos revolucionarios con los reductos de grupos armados de las guerrillas liberales fue una constante de estos grupos, tanto en el caso del ELN como en el del EPL. Otro de los hermanos Larrota, con la ayuda de Tulio Bayer,

intentó crear otro foco en la región de Vichada, pero las discrepancias internas y los operativos militares acabaron con este proyecto. Algo similar a lo que sucedió con los fundadores del ELN colombiano. La relación de Cuba con el ELN continúa hasta nuestros días y es destacable que varios de los intentos de negociación entre este grupo armado y el gobierno colombiano se han realizado en la isla.

El éxito cubano convirtió también a Ernesto Guevara en un ícono para la izquierda a nivel mundial, especialmente para las organizaciones armadas. Fue un símbolo de lucha de los pueblos que muchos militantes quisieron emular. Se olvidaron las diferencias entre los diversos contextos y se intentó imitar a este héroe revolucionario. Paralelo a ello, se recrearon e idealizaron sus andanzas por los Andes, Tanzania o el Congo. En la mayoría de los países surgieron nuevos “Ches” (recordemos el caso de Fabio Vásquez en el ELN colombiano) y su figura se convirtió en elemento de devoción de las siguientes generaciones de rebeldes.

Parece innegable, por tanto, que el factor cubano aceleró la radicalización de sectores sociales progresistas y la emergencia de focos guerrilleros a lo largo y ancho de toda América Latina. La victoria cubana, en abierta oposición con la hegemonía estadounidense en el hemisferio, redefinió la percepción psicológica de las posibilidades revolucionarias de los actores individuales, así como el repertorio en la acción colectiva, relegando casi al olvido la movilización de masas y privilegiando el recurso a la lucha armada. En definitiva, en América Latina, durante las décadas de los sesenta y setenta, existieron en la mayoría de los países condiciones de pobreza, exclusión política y represión que favorecieron el impacto de la revolución cubana en amplios sectores de la población y el surgimiento de focos armados de unas minorías iluminadas. Pero para la consolidación, victoria o fracaso de estos proyectos insurgentes hay que tomar en cuenta otros factores como la

tradición de lucha en el país o región, la cultura de violencia, las redes de solidaridad primarias previas, etc. En definitiva, unos factores culturales adecuados.

NICARAGUA SANDINISTA Y LA SEGUNDA OLA REVOLUCIONARIA EN AMÉRICA LATINA

Veinte años después de que el sueño insurreccional se expandió desde Cuba al resto de América Latina, en 1979, el triunfo del Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua supuso renovar la marea revolucionaria en muchos países: Guatemala, El Salvador, Colombia, Perú, Jamaica o la victoria de Maurice Bishop y su partido Nueva Joya en la isla de Granada (abortado el experimento revolucionario con la invasión de EE. UU.). Esta segunda generación de grupos guerrilleros que lucharon por implantar modelos socialistas generó una ruptura con la tradición foquista y militarista heredada de la Revolución cubana. Era una tendencia general en el continente que implicó una renovación en el discurso de las organizaciones, así como el intento de crear frentes amplios que se articulasen con los movimientos sociales que, dirigidos bajo la estrategia de la “guerra popular prolongada”, se concretaban en la articulación de los grupos guerrilleros con la lucha de masas en los centros urbanos estratégicos de los países.

En Colombia, esta etapa de la segunda ola revolucionaria en el continente se caracterizó por un auge de nuevos movimientos insurgentes (los más conocidos son el M-19 y el Quintín Lame, grupo guerrillero indígena del norte del Cauca) y por la recomposición de los grupos guerrilleros de primera generación (ELN, EPL y FARC). El ejemplo de la Revolución sandinista, o el “efecto Nicaragua”, y el surgimiento en el escenario político y guerrillero del M-19 significaron una verdadera “revolución en la revolución”. El movimiento guerrillero

colombiano comenzó de esta manera el tránsito de una marginalidad social como actor exclusivamente militar a eje fundamental de la política nacional.

La “revolución en la revolución” también afectó a las viejas organizaciones de la primera generación (ELN, EPL y FARC), quienes sufrieron un vuelco importante en su estrategia y tácticas al intentar adoptar los modelos de lucha desarrollados por la revolución nicaragüense. Mostrando esta circunstancia, de nuevo aparecen el peso y la importancia de los factores externos y del entorno internacional en el desarrollo de las organizaciones armadas colombianas, en esta ocasión mediante otra revolución triunfante, la sandinista.

El cambio fundamental en estas organizaciones de primera generación fue el paso de una guerrilla de marcado carácter militar a otra más social, que bajo el modelo de frente buscó articularse estrechamente con los movimientos sociales. Las organizaciones insurgentes pretendieron, con esta nueva estrategia, superar la profunda crisis planteada por la limitada estrategia foquista, vanguardista y militarista, heredada de la revolución cubana, que las había mantenido aisladas de los movimientos societales e impedido su expansión militar y territorial.

La experiencia nicaragüense tuvo una honda influencia en el ELN, ya que, en cierta medida, intentó alejar a esta organización de su marcado carácter foquista, practicado desde el comienzo, y lo cambió por la estrategia de la “Guerra Popular Prolongada”. La experiencia nicaragüense también motivó una reorganización interna del ELN con nuevas compartimentaciones y una diferenciación de funciones dentro de la organización, acabando en gran medida con los personalismos anteriores, el caudillismo y la concentración de poder. Como colofón de este período, el triunfo militar sandinista, así como el derrocamiento de Salvador Allende en Chile con un golpe militar, reconfirmaron la voluntad del uso de las armas para tomarse el poder.

EE. UU. Y LA POLÍTICA CONTRAINSURGENTE: PLAN LAZO, DOCTRINA DE SEGURIDAD NACIONAL Y EL ENEMIGO INTERNO

Si la revolución cubana y la experiencia nicaragüense se convirtieron en catalizadores de nuevos movimientos insurgentes, o en una reorganización de viejas organizaciones guerrilleras, también significaron grandes enseñanzas para sus enemigos: los gobiernos y ejércitos nacionales. Hay que recordar que las experiencias revolucionarias de Cuba y Nicaragua sucedieron después de frustrados intentos de la izquierda latinoamericana (Guatemala y Chile) de acceder al poder democráticamente. Asimismo, los intentos insurgentes que siguieron la estela revolucionaria después de 1959 y 1979, respectivamente, se encontraron con la preparación y la nueva estrategia de los ejércitos nacionales latinoamericanos.

Si bien las experiencias exitosas revolucionarias fueron un factor importante para el surgimiento de movimientos insurgentes en muchos países, la preparación de los ejércitos con una nueva estrategia contrainsurgente impidió la consolidación y expansión de estas y, además, en la mayoría de los casos aseguró su fracaso. Estas políticas contrainsurgentes son otro factor externo imprescindible a la hora de evaluar el éxito o fracaso de estos grupos guerrilleros. Al intento de una “continentalización” de la revolución en América Latina, que se quedó en muchos casos en mero mito de la izquierda, le siguió la “continentalización” de las políticas contrainsurgentes que, efectivamente, se convirtieron pronto en una realidad a través del apoyo incondicional de EE. UU. Políticas contrainsurgentes que se concretaron en la transformación de la función principal de las fuerzas armadas, que pasó de ser la defensa de las fronteras y la soberanía nacional al control y manejo de los conflictos internos.

Los planes geoestratégicos diseñados por EE. UU. para la región en la época de surgimiento del ELN, y otros grupos, los conocemos con los nombres de Plan Laso —Latin American Security Operation— (1962-1965) y Plan Andes (1968-1970). Estos planes estratégicos, aplicados por los militares latinoamericanos, respondían a la concepción de la Doctrina de Seguridad Nacional y obedeció a los intereses geopolíticos estadounidenses durante la Guerra Fría. Los elementos básicos de esta doctrina fueron dos. En primer lugar, la existencia de una gran confrontación bipolar mundial, entre el comunismo y el Occidente capitalista y cristiano. Y, en segundo lugar, la situación de guerra permanente contra este ingente peligro del comunismo, en todos los niveles: militar, político o en los medios de comunicación.

Para poder implantar estos programas, EE. UU. estableció un plan de acercamiento y formación de la elite militar latinoamericana. Fue destacado el papel de la Escuela de las Américas en Panamá y, para el período estudiado, la formación, a partir de 1961, de las Conferencias de Ejércitos Americanos (CEA), donde se estrecharon relaciones entre los ejércitos nacionales latinoamericanos y se diseñaron estrategias comunes (algunas de ellas, tristemente, famosas como el Plan Cóndor de las dictaduras del cono sur). En estas conferencias también se establecieron las líneas generales de las políticas contrainsurgentes del continente. Todo ello se completó con la formación de los mejores cuadros de las fuerzas armadas de cada país en escuelas militares estadounidenses. Para los militares, la necesidad de cooperar se basó en la constatación de la existencia de un enemigo común, el comunismo, que ponía en peligro la estabilidad y la cultura de los países, así como en la eminente posibilidad de una invasión del continente por parte de la URSS y sus aliados.

Para los militares latinoamericanos, la aplicación de la Doctrina de Seguridad Nacional y la cooperación con EE. UU.

entrañó el paso de unos conflictos nacionales a la percepción de que estos tenían carácter continental e incluso internacional. En Colombia, esta doctrina significó un reposicionamiento de los militares en el contexto político y social del país, el reforzamiento del tradicional anticomunismo y el sentimiento antipopular de los militares y de las elites de los partidos tradicionales. Las fuerzas armadas ampliaron su autonomía frente al poder político y se incrementó la militarización del Estado, que fue paralela a la militarización de la sociedad, fenómeno que continúa hasta nuestros días. Se incrementó el uso del Estado de sitio, la justicia penal militar, la militarización de extensas zonas del país, la propaganda militar en zonas de influencia guerrillera, las estrategias preventivas, las brigadas de alfabetización y salud, etc. La aplicación de la Doctrina de la Seguridad Nacional en Colombia trajo cambios en la actividad y organización del Ejército, y de otras esferas del Estado, que permitieron mejorar la articulación entre los intereses de unas elites políticas excluyentes y unos militares que aumentaron su peso dentro del Estado.

Dentro de estos cambios hay que destacar la participación del Ejército colombiano en la Guerra de Corea. Esta incursión, única entre los ejércitos latinoamericanos de la época, sirvió para limpiar ante los norteamericanos la imagen que tenía el entonces presidente Laureano Gómez. Su apoyo a la dictadura militar española, su filo-falangismo y su tendencia pronazi en la Segunda Guerra Mundial se intentó superar con un renovado espíritu anticomunista. En contrapartida, EE. UU. intervino directamente en el conflicto interno colombiano: entrenó a más de 5.300 militares colombianos entre los años 1950 y 1970 y asesoró acciones militares como la famosa operación contra Marquetalia, una “república independiente”, según los políticos tradicionales y la prensa de la época, que no era otra cosa que el reducto de unos grupúsculos de guerrilla apoyados por el partido Comunista. La consecuencia directa

de esta operación fue el surgimiento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).

EE. UU. aplicaría este juego de “toma y dame” dentro de la lógica de guerra preventiva (tan de moda hoy en día) que desarrollaba hacía décadas en su hemisferio y que actualmente ha extendido al resto del planeta. Era una estrategia que seguía los lineamientos del Plan Laso y que fue llevada a cabo por el Batallón Colombia, que había participado en la guerra de Corea y que puso en práctica las enseñanzas de guerra contra-insurgente e irregular aprendidas en esos últimos años por los mandos militares en las academias norteamericanas. Esta operación fue el puente entre una visión tradicional del Ejército y los nuevos preceptos de la Doctrina de Seguridad Nacional.

Estas nuevas condiciones, auspiciadas en el continente por EE. UU., fueron unas de las razones que impidieron a muchos grupos insurgentes el objetivo de la toma del poder. La experiencia cubana fortaleció la vigilancia de los estados latinoamericanos y las acciones de carácter preventivo de las fuerzas de seguridad del Estado contra los sectores de la izquierda latinoamericana, bajo la percepción del enemigo interior inspirado por la Doctrina de Seguridad Nacional. De esta manera, se consiguió frenar el avance de la izquierda en muchos países.

RUPTURA CHINO-SOVIÉTICA Y NACIMIENTO DE LA NUEVA IZQUIERDA: LA IZQUIERDA ENFERMA DE INFANTILISMO

Otros factores internacionales decisivos en el surgimiento de organizaciones insurgentes en los años sesenta fueron la división de la izquierda internacional, debido al choque de las concepciones china y soviética sobre la lucha socialista, la fragmentación de los partidos comunistas y el consiguiente surgimiento de la Nueva Izquierda.

La división internacional del comunismo a partir de los debates chino-soviéticos (y, en menor medida, del debate chino-albanés) sobre las formas de conducción de la revolución, así como el ejemplo de los movimientos guerrilleros en América Latina y otros países del tercer mundo, llevó al enfrentamiento de los sectores de la izquierda en la mayoría de los países. Las discusiones giraron en torno a la vía y las formas que había que utilizar para conseguir la revolución, en especial sobre la conveniencia del uso de la violencia revolucionaria. Estas discusiones terminaron en la extrema división en grupúsculos de la mayoría de la izquierda radical y en la aparición de familias u organizaciones con infinidad de siglas que intentaron marcar diferencias con otros grupos muy similares ideológicamente, a partir de posicionamientos ante las divisiones internacionales de la izquierda: comunistas prosoviéticos, marxistas-leninistas, trotskistas, guevaristas, maoístas, tercermundistas, anarcomarxistas, etc.

Con todo ello, hubo una ruptura con las formas organizativas tradicionales de la izquierda, sobre todo con la hegemonía de los partidos comunistas, y surgió una heterogeneidad de organizaciones que disputaron con estos partidos el intento de transformar radicalmente la sociedad. La emergencia en los primeros años sesenta de lo que se conoció como Nueva Izquierda, Izquierda Revolucionaria o Izquierda Radical en la mayoría de los países, coincidió, a pesar de su diversidad ideológica, con un cambio generacional y con un enfrentamiento directo contra el representante histórico de la izquierda, el partido Comunista de cada país, porque se le vio incapaz de impulsar la revolución.

Frente a la postura tradicional de los partidos comunistas se rechazó cualquier forma de compromiso político que no supusiera un cambio radical de las estructuras de la sociedad. Las guerras de descolonización en Asia, África, y los movimientos guerrilleros de América Latina, se interpretaron como

síntomas o expresiones de un fenómeno planetario de liberación nacional y social. Las experiencias revolucionarias de muchos países del tercer mundo reactivaron la discusión sobre la posibilidad de realizar en cada país la lucha armada revolucionaria. Por eso, otra de las características de esta Nueva Izquierda fue la asunción de los medios violentos como una opción clara para conseguir los objetivos de la revolución, en contra de las posturas moderadas de los partidos comunistas ortodoxos.

El recurso a la violencia de estas organizaciones de la Nueva Izquierda Radical o Revolucionaria fue, en la mayoría de los casos, más discursivo que práctica política y el techo revolucionario llegó a lanzar algunos cócteles molotov en las manifestaciones o al intento de conseguir algunas armas, vetustas habitualmente, que se convirtieron más en objetos simbólicos que propiamente en recursos armados, ciertamente, solo una minoría de organizaciones y militantes dio el salto a las acciones armadas.

A pesar de que, en general, solo una minoría de estos grupos pasó a la lucha armada revolucionaria, el tránsito tuvo unas repercusiones sociales destacadas. Este “aventurismo” o “vanguardismo armado” situó a estos grupos marginales, en muchos casos, en el centro del debate político, porque con sus acciones armadas (muchas de ellas, de carácter terrorista) consiguieron una resonancia pública que les permitió multiplicar enormemente su limitada capacidad política o de movilización de recursos y masas.

Esta postura de radicalización partió de sectores ligados a los movimientos estudiantiles que exigieron un drástico cambio en la lucha social, tanto en los objetivos como en los métodos a utilizar. Criticaron la posición de los partidos comunistas ortodoxos porque la estrategia de estos fue la lucha por las libertades sociales y políticas dentro de posturas pacíficas que buscaron el cambio mediante la reconciliación

nacional o el pacto con sectores de las clases medias, la Iglesia, el Ejército, etc.

Los PCS (partidos comunistas) tenían capacidad de movilización por su tradición de lucha, pero intentaron que estas posibles movilizaciones discurrieran dentro de unos cauces moderados. Los llamamientos a la revolución o al uso de las armas eran, para ellos, verbalismo revolucionario o posturas pequeño-burguesas en contra de la verdad proletaria de siempre representada por el PC. Para las nuevas generaciones de comunistas o nuevas vanguardias revolucionarias, estos planteamientos del partido Comunista fueron considerados reformistas o traidores a la causa, pues impedían la transformación revolucionaria de la sociedad. Con una visión muy estrecha del significado de revolución, identificado solamente con lo radical, estas organizaciones mostraron su impaciencia por conseguir sus objetivos rápidamente, y esta les mostró que el recurso de las armas acortaba siempre el camino político de la toma del poder. Los éxitos revolucionarios en Cuba, Argelia o Vietnam demostraban a estos jóvenes inquietos que el sendero más corto para conseguir el paraíso revolucionario era la lucha armada revolucionaria. Se desplazó lo político y la negociación para centrar todos los esfuerzos en lo armado.

Ante los ojos de los jóvenes revolucionarios de los sesenta, la institucionalización de los partidos comunistas los había vuelto estructuras rígidas, sustentadas en la infalibilidad de su aparato e ideología, todo ello bañado de un extenso dogmatismo y una estructura piramidal auténticamente autoritaria. Estas características alejaron a los partidos comunistas de las nuevas sensibilidades y nuevos retos que enfrentaban sectores amplios de la juventud: la ruptura con las normas morales de la familia; el nuevo impulso de los temas sexuales; las nuevas expresiones culturales; la crítica al consumismo, etc. Esta incompreensión ante algunos cambios sociales supuso un creciente descrédito de los PCS ante los jóvenes, que se sumó

al rechazo de muchos a las actuaciones de las tropas rusas en la invasión de Checoslovaquia, al comportamiento del PCI italiano como partido de orden o la postura mantenida por el PCF francés frente a la revuelta estudiantil en mayo de 1968. El paso siguiente fue la división dentro los pcs oficiales y la dispersión de muchos de sus afiliados y simpatizantes en grupúsculos de la Nueva Izquierda Radical.

La izquierda revolucionaria intentó orientar esta vitalidad de la juventud de los sesenta y setenta hacia la lucha social radical, dentro de lo que se puede calificar como un proyecto generacional, porque fue un fenómeno común en la mayoría de la juventud de los países, con un objetivo claro: el rechazo a la sociedad adulta donde se tenían que insertar y el intento colectivo por transformarla en profundidad. Todos ellos se creyeron parte de un mismo sujeto histórico, de un proceso de regeneración y cambio a escala planetaria.

Basados en una ideología, el marxismo, y en el ejemplo de las revoluciones exitosas que se convirtieron en un fuerte llamado a la acción, estos jóvenes revolucionarios se apropiaron de un prisma mixtificador de la realidad. Fue así como grupos poco numerosos se autodefinieron como sujetos iluminados que, gracias al uso de medios violentos, podían suplir su falta de apoyos y recursos para cumplir su sueño-objetivo de la revolución. Este fue uno de los elementos esenciales de este momento histórico de surgimiento de organizaciones insurgentes.

En América Latina, la Nueva Izquierda Latinoamericana, además de compartir los elementos esenciales expuestos hasta este momento, se diferenció por el marcado papel que tuvo la influencia de la Revolución cubana. La victoria del Movimiento 26 de julio impactó fuertemente en los sectores de la izquierda latinoamericana, que entró rápidamente en un proceso de radicalización y ruptura con las formas ortodoxas de organización de los partidos comunistas de la región. Con

ello, hubo una fuerte tendencia a salirse de los estrechos cauces constitucionales y políticos para recurrir al uso de las armas como medio para presionar el cambio político y social. Además, la división y dispersión de la izquierda tradicional se produjo, esencialmente, en función de las distintas formas de responder al impacto de la Revolución cubana. Las organizaciones político-militares de esta nueva izquierda latinoamericana que, a partir de 1959, tomaron el centro del debate político de las fuerzas contestatarias se caracterizaron porque se adhirieron a la lucha armada, su respaldo incondicional a Cuba y el odio a EE. UU. como enemigo común.

En Colombia, el detonante de la crítica y ruptura del monopolio del Partido Comunista Colombiano (PCC) en la oposición revolucionaria fue la aprobación de los postulados del XX Congreso del PCUS, que abogaba por la búsqueda de vías pacíficas para la toma del poder, lo que iba en contravía de las expectativas planteadas con el triunfo de la Revolución cubana. Las diferencias entre las doctrinas ortodoxas del Partido Comunista Colombiano y la Nueva izquierda con sus postulados heterodoxos llevaron a la supresión del monopolio ideológico del PCC y a la fragmentación en pequeños grupos de la izquierda revolucionaria: MOEC, JMRL, FUAR, PRS, ELN, PCML, etc.

Estas fuerzas de la izquierda revolucionaria surgieron esencialmente de sectores urbanos radicalizados, que partieron del hecho de la existencia de las condiciones objetivas para una inminente situación insurreccional en el país, lo que llevó a muchos de estos grupúsculos políticos a aventurarse en la constitución de focos o grupos guerrilleros.

Esta Nueva Izquierda se puso a la tarea de transformar la sociedad, programa revolucionario que debía ser realizado por una pequeña elite intelectual que, como nueva vanguardia revolucionaria armada, convenciese a las masas de la necesidad de realizar la revolución. Algunas de las voces que se escucharon en el horizonte revolucionario colombiano, a principios

de los años sesenta, fueron: “¡Todo depende de la voluntad de los verdaderamente revolucionarios!” “¡Entonces, adelante, ni un paso atrás hasta la victoria!”

FOQUISMO: LA VANGUARDIA QUE CON SU FOCO ILUMINÓ LA REVOLUCIÓN

La teoría del foco permitió a estos actores armados establecer el puente entre los factores internos y externos, y tal vez nos de pistas para resolver esa ecuación. Se trató de una teoría común que permitió establecer paralelismos entre situaciones, y que definió a América Latina como una zona caliente en la que las condiciones para la revolución estaban dadas desde hacía siglos. Solo faltaba la determinación de un grupo y la concientización de las masas. Se partió de una supuesta evidencia: la crisis de legitimidad de los sistemas políticos y de las oligarquías locales distanciaban al pueblo de los gobiernos, por lo que restaba resolver la cuestión militar de apoyar a esas masas contra las instituciones militares del Estado que mantenían ese sistema ilegítimo. Si las oligarquías no tenían legitimidad política, el argumento llevaba a sostener que estas se apoyaban solo en su capacidad de represión a través de los ejércitos nacionales. Esto, unido a la adopción acrítica de experiencias revolucionarias como la cubana, llevó a una sobrevaloración de los factores armados en detrimento de las acciones políticas.

Los jóvenes revolucionarios de los sesenta y setenta constituyeron, gracias a esta teoría foquista y su estrategia, un resurgir de la utopía armada en la izquierda latinoamericana. Con un claro tono voluntarista, esta teoría abogó por la inevitabilidad de la confrontación armada, dada la represión de las elites locales y la situación prerrevolucionaria del continente. Por eso, una vanguardia que aplicase bien la estrategia del foco insurreccional podría ser el detonante del éxito

revolucionario. Esta concepción puso su énfasis en el foco rural, y buscó que este se convirtiera en catalizador del descontento de las masas; así, a partir de este pequeño núcleo inicial rural y armado, se prepararía la insurrección general. Por lo tanto, todas las fuerzas iniciales de estos revolucionarios se concentraron en este pequeño grupo armado y en la sobrevaloración del factor militar.

El excesivo voluntarismo político llevó a estos militantes a exagerar las posibilidades de éxito de sus organizaciones, supeditando la orientación política a las directrices de la lucha armada de estos focos rurales. La orientación política sería funcional al accionar militar del embrión rural, verdadero fundamento del foquismo, o de lo que muchos grupos, después de una autocrítica, definieron como desviación foquista. El corolario de este supuesto básico del foquismo fue que en América Latina la clase con mayor potencial revolucionario era el campesinado. A la sobredimensión de este elemento se le denominó desviación campesinista.

Los principios en los que se sustentó esta concepción los extrajo Ernesto ‘Che’ Guevara de la experiencia revolucionaria cubana. Y fue difundida posteriormente por Régis Debray, uno de los primeros teóricos del castrismo y de la lucha armada en la izquierda latinoamericana en su texto *¿Revolución en la Revolución?* (1966), donde sintetizó el principio de Engels de que “la violencia es la partera de la historia” y lo presentó como epifenómeno legitimador de la teoría del foco; alentando la impaciencia de muchos revolucionarios en todo el mundo e influyendo en todo el activismo de inspiración tercermundista. El foco insurreccional fue el elemento que caracterizó el surgimiento de la mayoría de las organizaciones armadas socialistas en la década de los sesenta.

Los aprendizajes adquiridos tras una inadecuada lectura de la Revolución cubana tuvieron un impacto trascendental en una juventud impaciente ligada a la izquierda radical

latinoamericana, y logró reactivar el optimismo guerrillero, de larga tradición en América Latina: Revolución mexicana, guerras de Independencia, etc. El énfasis en la organización popular de Mao fue despreciado y, dada la lectura de la situación prerrevolucionaria de Latinoamérica que se realizaba, el paso siguiente dentro de esta lógica era la puesta en marcha de ese pequeño motor que encendiese el gran motor de la revolución. De ahí, la insistencia de Régis Debray de comenzar la guerra de guerrillas, incluso antes de constituir un partido revolucionario. Esta inversión doctrinaria realizada entre el partido y el foco armado, entre los medios y los fines, tuvo gran trascendencia histórica para estas organizaciones insurgentes, sus militantes y los países que sufrieron sus acciones.

Con ello, la lucha revolucionaria de muchas organizaciones de izquierda se orientó hacia la instauración de focos armados insurreccionales, como elemento de vanguardia dinamizador de la pretendida revolución social. Por eso, esta táctica de foco armado rural se convirtió en la forma predominante en ese momento, aunque no la única, en América Latina. Muchos sectores urbanos ligados a los ambientes universitarios y obreros vieron la necesidad de instaurar esta modalidad de acción política colectiva. También la pérdida de la hegemonía de los partidos comunistas sobre amplios sectores de la izquierda, después de la ruptura chino-soviética, también explica la fuerza de la implantación de estas nuevas formas de acción colectiva.

En este contexto de euforia revolucionaria y de discursos incendiarios, en la mayoría de los países de América Latina surgieron focos armados: el Ejército de Liberación Nacional (ELN) creado en 1966 en Bolivia por el propio 'Che' Guevara; los famosos Tupamaros de Uruguay; en Perú surgieron tanto el Ejército de Liberación Nacional (ELN) como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), creado en 1963; en Guatemala asistimos al surgimiento, en 1962, de las Fuerzas Armadas

Rebeldes (FAR) y el Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR13); en Nicaragua comenzó a actuar el Frente Sandinista de Liberación Nacional; en Argentina, en 1964, surgió el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP); en Brasil, la Vanguardia Popular Revolucionaria (VPR), el Comando de Liberación Nacional (COLINA) y la Acción de Liberación Nacional; en Chile, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR); en Venezuela, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), etc. La lista sería interminable, dado que estas organizaciones son las más representativas, pero los grupúsculos locales fueron numerosos. Situaciones parecidas suceden en otros países. En España aparecieron, con un marcado componente de liberación nacional, ETA en el País Vasco; PSAN y su sucesora Terra Lliure en Cataluña; el Exército Guerrilleiro do Pobo Galego en Galicia; con carácter de liberación social, el Frente Revolucionario Antifascista Patriótico (FRAP) y los Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre (GRAPO), etc. Todas estas organizaciones de la izquierda revolucionaria en América Latina y en otros contextos admitieron y fomentaron el uso de la violencia armada dentro de la lucha de masas contra las clases dominantes. Una lucha revolucionaria que se intentó acelerar a partir de la aplicación, en muchos casos mecánica, del foquismo. Con el tiempo, esta táctica armada se convirtió en estrategia, las armas pasaron de ser el medio a ser el fin. La araña quedó atrapada en su propia red, con lo que nos encontramos en la antesala del uso del terror, del terrorismo.

En el caso de Colombia, parece que todas las condiciones a principios de los años sesenta fueron las adecuadas para la implantación de focos armados: la situación social del país, el pacto bipartidista que restringía la democracia, la represión, una tradición insurgente reciente, la orografía apropiada, etc. Por estas razones, en este “paraíso natural para los revolucionarios”, muchos intentaron replicar la experiencia cubana.

En esta primera generación insurgente en Colombia hubo una excepción de un grupo que no surgió de una decisión eminentemente foquista y voluntarista, sino que tuvo un marcado carácter de autodefensa, de respuesta a la violencia oficial implantada en la Operación Marquetalia, verdadero hito del surgimiento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en 1966.

En Colombia, de acuerdo con lo que se ha expuesto, la mayoría de los grupos surgieron por impacto de la Revolución cubana y con una fuerte mentalidad foquista; y solo en un caso, las FARC, como respuesta defensiva a la represión directa del Estado sobre las regiones tradicionales de influencia del partido Comunista. Así, pues, estos grupos no emergen, en su mayoría, por una situación de violencia estructural, un comportamiento de causa-respuesta, sino, más bien, por un estímulo externo muy fuerte y cercano, como la Revolución cubana. Ello no significa, y esto es crucial, que estas condiciones internas o estructurales favorables ayudaron posteriormente al desarrollo y consolidación de estos grupos en el país.

Si bien fue otro factor externo (las políticas contrainsurgentes impuestas por EE.UU. en el hemisferio) el que impidió que estos grupos armados pudieran tomarse el poder, la Nueva Izquierda y la teoría del foco permitieron establecer cierta coherencia, puentes entre los factores externos e internos, que justificaron, ante los ojos de los militantes de estas organizaciones, el surgimiento de focos armados. Así, en Colombia, después de los primeros fracasos para implantar focos guerrilleros entre 1959 y 1963, hubo un momento de ebullición de grupos de esa nueva izquierda colombiana, algunos de los cuales, como el ELN, aunque con algunas modificaciones, persisten hasta nuestros días. El foquismo imprimió un fuerte carácter a estas organizaciones, fue el factor determinante en la infancia de estos grupos armados. Por ello, aunque sea en el inconsciente o “en el lugar de lo no nombrado”,

pervivieron elementos de esta teoría en esos grupos armados durante su historia.

La línea política del ELN seguía claramente los postulados teóricos del ‘Che’ Guevara y de Régis Debray, se establecía la prioridad de consolidar el foco armado antes que la necesidad de construir un partido, y la lucha se centraba esencialmente en el campo. Porque esta vanguardia revolucionaria rural, a través de sus acciones armadas, podría crear las condiciones para la revolución en el país.

Algunas de las posiciones ideológicas básicas del ELN en esta primera etapa de surgimiento y consolidación fueron: 1) su vanguardismo, al reservarse para sí mismo y sus militantes la exclusividad y autenticidad revolucionaria; 2) lo que se conoció como “desviación campesinista”, que limitó la lucha revolucionaria urbana y la obligó a transformarse en rural, por eso un verdadero revolucionario urbano se tenía que convertir en un campesino; y 3) una absolutización del uso de la lucha armada y un desprecio de los movimientos sociales tradicionales. Este último elemento aisló a la vanguardia revolucionaria, o sea, el foco armado del ELN, de los movimientos sociales e incluso, en muchas ocasiones de sus posibles bases campesinas. En algunos momentos, el ELN quedó aislado del resto del mundo, en una actitud ermitaña y ascética, incluso, cercana a un posible comportamiento monacal. Se trataba de una verdadera vanguardia sin retaguardia.

Esta forma de percibir la lucha revolucionaria, que lleva implícita toda una visión del mundo, condujo a miles de jóvenes de Colombia y de otros países por el camino fatal de la lucha armada. Muchos de ellos, la mayoría muertos anónimos, perecieron creyendo aportar algo, con su sacrificio personal, a la revolución. Esa idea vaga, “la revolución”, que seguramente no supieron qué era. Miles de salvadores, ‘Ches’ y Camilos Torres se echaron al monte para defender con las armas unos ideales políticos. La ironía quiso que años después uno de los

padres de esa teoría, Régis Debray, reconociera su error. Claro que ya no pudo resucitar las vidas de miles de víctimas y victimarios de esta estrategia armada. Los imaginarios sociales son fundamentales en estas organizaciones y determinan sustancialmente la forma de percibir la realidad y, por lo tanto, sustentan la acción armada.

TERCERA PARTE

**Las personas perciben
de manera diferente
los contextos: imaginarios
sociales y violencia**

La sociedad, un infierno de salvadores

Toda propuesta de cambio o de mantenimiento del orden social, tenga carácter religioso o político, propende por captar a la mayor cantidad posible de individuos a su proyecto mediante su concientización o el dominio de las conciencias. Para entender este proceso debemos recordar que lo percibido por cualquier individuo es producto de esquemas mentales interpretativos que hemos interiorizado durante nuestro proceso de socialización dependiendo del contexto social. Las organizaciones armadas buscan también asegurarse el compromiso y la energía de la persona a sus objetivos de lucha, incidiendo en las fibras emocionales de los individuos y de los grupos sociales y utilizando las estructuras culturales tradicionales de la población.

Los grupos revolucionarios en los años sesenta y setenta del siglo xx se apoyaron en un constructo trascendente llamado la “moral revolucionaria”, que se convirtió en unas representaciones de mundo con códigos simbólicos, de sentido y de comportamiento de los individuos. Esta moral revolucionaria surgió de la confluencia de un cuerpo ideológico-teórico, con elementos afectivos, mitos comunes, una tradición religioso-mesiánica y unos valores supuestamente universales.

Encarnación de determinada forma de entender la realidad y la sociedad, la moral revolucionaria se convirtió en fuente de valores y normas que determinaron el comportamiento y las prácticas de los individuos, así como las acciones sociales de los grupos. Reino de lo pensable, esta realidad ideal, con sus imaginarios sociales, es fundamental para establecer los vínculos de cualquier agrupación social, pero con mayor trascendencia en estas organizaciones armadas, dado el carácter de clandestinidad que asumen. Con su representación simbólica del mundo, a partir de un “nosotros” y un “ellos”, le da sentido y justifica la causa y el recurso a la violencia contra el otro para conseguir los objetivos políticos. Para ello, el discurso pone su énfasis en una clara “voluntad de diferencia”, en marcar límites y fronteras reales o imaginadas con los otros, generalmente el Estado, el gobierno y las élites sociales, así como las fuerzas de seguridad. Hay que destacar, también, el hecho de que este universo simbólico no es inventado ni surge por generación espontánea, sino que suele retomar elementos de una larga tradición simbólica. En el caso estudiado, se trata de la cultura católica y la hace confluir con un discurso ideológico marxista: así se forma el entramado simbólico del centro orientador de los grupos armados que da coherencia a su visión del mundo y al comportamiento de los militantes. Estos filtros mentales o imaginarios sociales fueron determinantes en los años sesenta y setenta del siglo xx para que muchos jóvenes tuviesen una imagen de su grupo y de sí mismos como sujetos trascendentales de un cambio revolucionario a escala global.

Por lo tanto, el análisis de la violencia armada tiene que estar atravesado también por la dimensión de lo trascendente, porque en muchas ocasiones pareciese que, más que un fenómeno político, estuviésemos ante uno con una destacada naturaleza religiosa, por lo cual autores como Antonio Elorza se atreven a hablar de un posible fenómeno de “religión política”.

Este autor retoma el concepto de “transferencia de sacralidad”, forjado por la historiadora Mona Ozouf, quien planteó que durante la Revolución francesa, y con el intento de laicización de la sociedad, se ocupó el espacio tradicional de religiosidad católica con la búsqueda de una “religión de la patria”, así como con la creación paralela de símbolos, rituales y objetos de creencia. Así se demostró la necesidad de lo sagrado en cualquier sociedad, incluso aquella que explícitamente se define como secular y pretende separar el ámbito político y religioso. Esta religión política, creada por los revolucionarios franceses, necesitó también de la conformación de unos nuevos creyentes, entregados totalmente a la nueva causa. En definitiva, una creencia ilimitada de los nuevos sujetos-ciudadanos a esta religión laica. Comenzaba así esa sacralización de lo nacional y lo patrio, tan característica de los siglos XIX y XX, que el ELN parece retomar, pues se define como movimiento de “liberación nacional”. Mientras se combate defendiendo el ateísmo y en contra de las religiones tradicionales, estas “nuevas” religiones van formando sus propias sociedades de creyentes.

Este fenómeno de religión política en la segunda mitad del siglo XX se puede desarrollar dado que Colombia tiene una larga tradición religiosa y una arraigada religiosidad popular y, además, la Iglesia católica ha tenido un papel determinante en la configuración de esta sociedad, así como de las representaciones de los individuos, durante varios siglos. Entonces, los grupos armados se superponen o se montan en esta larga tradición religiosa para reinterpretar con su peculiar prisma este universo social cargado de alta religiosidad: crean nuevos altares y textos sagrados, continúan con los discursos apocalípticos y milenaristas, requieren del sacrificio de los nuevos creyentes para buscar la salvación de la humanidad, instauran rituales con estéticas especiales, etc. Esta especie de fusión religioso-ideológica que representan estas organizaciones

requiere la fidelidad de los feligreses, así como la sacralización de las “santas” escrituras del marxismo-leninismo, para obtener el fin último de la liberación de la humanidad. El proceso de “absolutización” de los principios ideológicos que guían el comportamiento político de los individuos se convierte en un acto trascendente, expresión de lo que podemos definir como una religión política.

La mentalidad ultradogmática, ortodoxa y de gran seguridad en uno mismo y en sus creencias, así como la inexistencia de la duda, caracterizaran este espacio común de la ideología y la religión. Es así como la política, ese espacio del diálogo y el consenso, lugar de mediación, se termina convirtiendo en el intento de imponer la voluntad propia a los otros, devenidos en enemigos y no adversarios.

Por lo tanto, la política convertida en un absoluto va ocupando esas estructuras psicológicas talladas durante largos años por la religión, para cambiarla por la ideología nacionalista o marxista, o ambas al mismo tiempo, en una especie de “para-religión”. Cambio que supone el trueque del catecismo por los libros de Marx o Mao, que se convierten en una especie de ética profético-milenarista: también se cambia a Dios por la revolución. Se pasó, poco a poco, de una trascendencia religiosa a otra ideológica: las creencias se volvieron profanas, hubo una sucesión de salvadores y mesías, de los salvadores del pueblo cristiano se pasó al de “los condenados de la Tierra”.

La transferencia religioso-ideológica se pudo realizar gracias a que la Iglesia católica ha tenido una presencia incisiva en estas sociedades a lo largo de varios siglos, incrustándose en el comportamiento de los individuos. El debate que se debe plantear en este punto es si hay una sustitución de lo religioso por lo ideológico, una convergencia caótica u otras posibles combinaciones, aunque lo que parece claro es que las creencias religiosas como las ideologías utilizan unas estructuras mentales y culturales similares.

Por ejemplo, la culpa trascendental de los “buenos” revolucionarios colombianos por no lograr liberar a su pueblo del sufrimiento al que lo somete la oligarquía está en el origen del compromiso de fe de muchos “elenos”. Este remordimiento cristiano, que confluye con la angustia marxista, hace que el sentimiento de culpabilidad lleve a tomar la decisión de dar la vida por la causa, de obtener el reino de Dios en la tierra (esto último es un guiño a la Teología de la Liberación).

Además de la culpa cristiana, somos testigos, en las décadas de los sesenta y setenta del siglo xx, de un resurgir del “espíritu misionero y de sacrificio”, una explosión de “guerras santas” por todo el planeta, del desarrollo de “sacerdocios guerrilleros”, así como del nacimiento de nuevos mesías, todo ello reflejo de un rigor moral que imposibilitó acercarse al otro. Se puede constatar que mientras los templos cristianos se vaciaban y las vocaciones sacerdotales disminuían se engrosaban las filas de las organizaciones armadas. La transferencia de sacralidad de la religión hacia la revolución y la patria en estas décadas corre paralela al proceso de laicización de la sociedad colombiana.

Sacralización de la ideología y politización de la religión fueron las claves de la época. Con la llegada del papa Juan XXIII al pontificado y la convocatoria del Concilio Vaticano II, entre 1962-1965, se generó una fuerte crítica a la posición tradicional de la Iglesia y se reafirmó la idea de que debía ser la guía del pueblo de Dios en la tierra, lo que significaba que los sacerdotes debían trabajar con y por su comunidad para transformar la sociedad. Estas ideas tuvieron un fuerte impacto en el mundo católico, pero fue destacado su papel en América Latina, en especial después de la Conferencia del Congreso Episcopal Latinoamericano, en Medellín, en 1968. Con estos eventos se fortaleció el puente que se estaba transitando hace unos años entre el cristianismo y el marxismo, y que sirvió de catalizador de los procesos para

intentar la transformación social, política y económica en distintos países.

El tránsito de sacralidad del cristianismo al marxismo incluyó una perspectiva ortodoxa y totalitaria de la realidad, así como la promesa de un mundo mejor (comunismo). El marxismo se inscribió dentro del marco cultural y psicológico de lo religioso y de él tomó muchos de sus contenidos, discursos y rituales. Los marxistas se convirtieron en una especie de mediación semisagrada que traería la liberación social y nacional, sus seguidores se asimilaban a creyentes y la revolución se convirtió en una entidad sagrada. Lo político absorbió lo religioso y lo religioso acabó atrapando a lo político. Tal vez, el encuentro de estos dos ámbitos, plasmados en dos grandes utopías —cristianismo y marxismo—, era de esperarse, pues el comunismo tenía mucho de cristianismo primitivo y, a su vez, este tuvo en su momento histórico un marcado carácter revolucionario. Este cruce en el ELN constituyó lo que se conoce como camilismo, la forma más explícita que tuvo esta organización de establecer ese matrimonio entre cristianismo y marxismo. Paradojas de la vida, el marxismo se acercaba al cristianismo y este a la guerra.

Estos mundos simbólicos donde confluyeron lo ideológico y lo religioso pudieron ayudar a estas organizaciones a aumentar la conciencia de grupo y a fortalecer el compromiso de sus militantes. Reforzó la pertenencia a la organización y reafirmó sus motivaciones para la lucha, pues buscaron fuentes donde sustentar su identidad colectiva: mártires comunes, ritos iniciativos, sacrificio personal, el recuerdo de los héroes muertos por la causa o la historia de resistencia de la población. Todo ello consiguió fortalecer la conciencia del grupo y, poco a poco, fue cortando los lazos de algunos miembros de las organizaciones armadas con el resto de la sociedad. A ello contribuyó, también, su carácter clandestino. Se conformó un pensamiento de grupo que introdujo al militante dentro de la

lógica e identidad de la organización y lo aisló poco a poco del entorno —un caso similar a los procesos seguidos por los individuos que ingresan en sectas—. Ello permitió a los miembros del grupo tener una especial visión de la realidad social que los diferenció del resto de la sociedad. Las cosmovisiones permitieron a la organización racionalizar y justificar su causa, imposibilitaron el cuestionamiento, contribuyeron a cohesionar al grupo y, además, permitieron transferir la responsabilidad ética de sus acciones violentas a un fin último que justificaba ese tipo de sacrificios o daños colaterales. Una especie de sacrificio del inocente cordero hebreo que se tenía que acompañar por un destacado carácter mesiánico.

CRISTIANISMO Y SOCIALISMO: DEIFICACIÓN DE LA REALIDAD Y REALIZACIÓN DE LA DEIDAD

La relación de algunos cristianos con la ideología socialista fue una de las tensiones teóricas, místicas y vivenciales más destacadas de los años sesenta y setenta del siglo xx en gran parte de los países con larga tradición cristiana. Fenómenos como los curas obreros, sacerdotes rebeldes o la llamada “rebelión de las sotanas” de Colombia impactaron a la feligresía más conservadora y a la jerarquía eclesiástica contra la que se rebelaron. Los sectores más progresistas de la Iglesia abogaron por conseguir el ideal cristiano a partir de sentirse y actuar revolucionariamente, quisieron romper con las actitudes que en ese entonces se llamaban reformistas o desarrollistas y buscaron soluciones de fondo que acabasen con la estructura de injusticia y privilegios que sostenían la pobreza de una amplia mayoría de la población en el mundo, especialmente en América Latina.

Por ello, se denunció la incompatibilidad entre el cristianismo y el sistema económico capitalista y, por el contrario, este sector de la Iglesia abogó por un acercamiento del cristianismo

al socialismo, rechazando la dicotomía que había existido tradicionalmente entre ambos. Se defendió la idea de que el socialismo se podía construir sin romper lo esencial de la fe cristiana, como se había demostrado en Polonia. Frente a esta posición, la jerarquía eclesial, en general, seguía defendiendo la incompatibilidad entre el cristianismo y el marxismo. Pero otros sectores de católicos intentaron demostrar cómo en el socialismo había más valores evangélicos que en el sistema capitalista, y veían en el Evangelio muchas de las cosas que decía hacer el socialismo. Es por todo ello que, para muchos católicos, el socialismo tuvo una dimensión teológica.

Todo este temblor social, espiritual y político de aquellas décadas en América Latina fue consecuencia del impacto creciente de la ideología socialista, en especial con la Revolución cubana y los debates internos en la propia Iglesia, que tuvieron su momento álgido en 1962 con el Concilio Vaticano II. Por supuesto, tanto la doctrina socialista como la creencia cristiana se vieron impactadas, chocadas, friccionadas y hasta tergiversadas en este período. Del encuentro entre cristianismo y socialismo surgió un nuevo proyecto de evangelización, conocido como la Teología de la Liberación, una especie de “Galileo colectivo”, como la definió el escritor uruguayo Mario Benedetti, de gran trascendencia en la segunda mitad del siglo XX en América Latina y que hizo que tanto sacerdotes como laicos acompañaran la lectura de la Biblia con textos clásicos marxistas y de algunos revolucionarios latinoamericanos. Con acento en la opción preferencial por los pobres, esta teología se valió del marxismo para analizar y conocer mejor la realidad social, especialmente las condiciones que propiciaban la pobreza. La teología de la Liberación fue un referente teórico e ideológico fundamental en las primeras décadas del ELN.

La Teología de la Liberación tuvo fuerza fundamentalmente entre los católicos de base, en los grupos pequeños de oración donde se releía el Evangelio desde las coordenadas

de la actualidad social y política que los rodeaba. El fenómeno social ligado a esta experiencia histórica fueron las Comunidades Eclesiales de Base (CEB), que alimentaron esta propuesta teológica y gestaron infinidad de movimientos sociales en los respectivos países. En Brasil se llegaron a contabilizar más de cien mil comunidades con un gran potencial de movilización social. Los textos que orientaron a estos creyentes fueron los del sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez, del uruguayo Hugo Assmann, del italiano Guilio Girardi o del brasileño Leonardo Boff. La Teología de la Liberación sirvió para repensar los problemas de injusticia social de muchos países, por lo que fue denunciada en múltiples ocasiones como instigadora de conciencia política de los sectores más humildes de la sociedad. La realidad fue que sectores cercanos a esta teología lucharon contra las dictaduras militares y a favor de los procesos de democratización a lo largo del mundo en los años setenta y ochenta del siglo xx, como en Brasil, Filipinas, España, Portugal, El Salvador, Nicaragua, etc.

Esta confluencia entre creencias católicas e ideología marxista, así como la situación social y política de muchos países, hizo que los textos marxistas de mayor impacto fueran aquellos cercanos a las versiones más dogmáticas o cargadas de religiosidad, como la marxista-leninista, que los acercaba a la frontera de las creencias religiosas, pero en el ámbito de la política. Aquellas condiciones propiciaron también la aceptación de la lucha armada para conseguir objetivos sociales y políticos concretos. La Teología de la Liberación instó a luchar por la liberación social y dio el paso a la liberación nacional, abogando por el sacrificio personal en pro de causas populares.

La faceta pseudoreligiosa-doctrinaria se dio desde los sectores más bajos de la población hasta los llamados intelectuales orgánicos. Con todo ello, el marxismo, como teoría social, daba el salto a una guía de acción social y política

gracias a los valores cristianos, y se acercó al espíritu del catecismo con sus mandamientos. Así, el cristianismo ponía la fe, las creencias y valores, y, por otro lado, el socialismo dotaba de una guía de análisis de la sociedad y su posible acción política. Pero esto significaba que si la directriz que determinaba la acción política era el marxismo-leninismo, la acción debía ser la transformación radical de la sociedad mediante el uso de la violencia.

La búsqueda de otros caminos hacia la fe y compromiso cristianos llevó a grupos significativos de clérigos y laicos a realizar intentos de transformar la situación de la Iglesia católica, especialmente buscando confluir su compromiso vocacional y cristiano con los intereses de los más desfavorecidos de la sociedad. Esta situación cobró especial importancia en la segunda mitad del siglo xx, pero, ya antes del Concilio Vaticano II, autores como Theilar de Chardin, Pierre Bigo, Calvez, Chambre o Mourier sirvieron de alimento espiritual e ideológico para mostrar la compatibilidad del marxismo con el cristianismo y guiaron fenómenos como el de los curas obreros en Europa. En América Latina, este fenómeno de compromiso con “la Iglesia de los pobres” o “de base” tuvo su momento clave con la Conferencia Episcopal de Medellín en 1968 y el llamado a la comunidad cristiana a una lucha popular por cambiar las condiciones de pobreza del continente.

En Colombia, en los años 1968 y 1969 fue destacado el surgimiento de un movimiento sacerdotal que luchó por una acción pastoral de gran compromiso con la realidad del país y su transformación. Fue llamado el Movimiento de Golconda, por el nombre de la finca donde se realizó la primera reunión de clérigos católicos colombianos, y muchos de sus integrantes acabaron militando en movimientos revolucionarios o en organizaciones armadas, especialmente en el ELN, pues pretendieron seguir la labor pastoral y revolucionaria del cura Camilo Torres. Este compromiso revolucionario en Colombia

de sacerdotes católicos tuvo ecos en Europa, varios curas españoles llegaron al país siguiendo los pasos del cura Camilo Torres: es el caso de Manuel Pérez Martínez, Domingo Laín, Antonio Jiménez Comín, el franciscano Diego Cristóbal Uribe, entre otros vinculados al ELN.

Decenas de curas, religiosos y religiosas, catequistas o, simplemente, laicos creyentes se incorporaron a las filas del ELN. Al ser masivo, este fenómeno cuestiona la confluencia entre cristianismo y marxismo, así como la presencia de Camilo como guía espiritual y existencial de una renovada forma de vivir el compromiso y la fe cristiana en Colombia. Camilo, por ejemplo, fue, ante todo, un símbolo para algunos sectores de la Iglesia católica, así como para personas que, si bien habían renunciado a la tradición cristiana, reconocieron en él la figura de compromiso que deseaban imitar. La figura ejemplar y el mito posterior creado en torno suyo sirvieron de motivación inicial para que muchos jóvenes colombianos que vieron en él la posibilidad de vivir su fe dentro de un modelo de vida socialista.

Algunos de los ideólogos de los grupos armados pretendieron explícitamente hacer confluir estas dos cosmovisiones mediante el intento de adaptar un discurso al otro, de tal manera que la Biblia fue leída en términos marxistas y Marx en perspectiva cristiana. Con ello se conseguía articular un pensamiento político nuevo a una larga tradición cultural.

LA MÍSTICA EVANGÉLICA DE LA REVOLUCIÓN

Los militantes del ELN no fueron orientados por una ética revolucionaria o ideológica, sino por una ética cercana a la moral religiosa, una ética absoluta o del “fin último” o una “ética de la convicción”, como fue definida por Max Weber, más que por una “ética de la responsabilidad”. Frente a esta última, que

aboga por responder social y colectivamente ante los demás por los actos cometidos, la primera asume que los fines justifican los medios y que no hay que responder ni socialmente ni ante la conciencia de uno por las acciones cometidas en busca del fin sagrado. Esta creencia en una verdad sagrada, la del grupo, fue lo que sustentó la actitud milenarista, profética y elitista de estas organizaciones, que tácticamente se expresó en el famoso foquismo.

Minoritarios en sus respectivas sociedades, estos grupos armados legitimaron sus acciones y desconocieron a las mayorías a partir de unas supuestas ideas transcendentales que se convirtieron en una especie de profecías que determinaron la vida de los activistas armados y, por tanto, del resto de la sociedad. Como elegidos y concedores del destino común, debían dirigir al pueblo ignorante hacia ese fin superior, que era la liberación del pueblo hebreo, vasco, o colombiano. Fue este carácter minoritario del apoyo a estas organizaciones armadas, su aislamiento e incluso marginalidad en muchos casos, lo que llevó a sus ideólogos a fomentar y ahondar las tendencias mesiánicas y milenaristas que tenían culturalmente muchos de estos militantes, dado su origen cultural judeocristiano. Utilizaron la absolutización de sus objetivos finales, imposibilitaron los espacios de mediación y con ello consiguieron legitimar el uso de la vía armada para transformar la sociedad. Este llamado a la acción, con la esperanza inquebrantable y desmedida de que tarde o temprano se conseguirá el objetivo final, marcó este hondo mesianismo, negó los objetivos inmediatos, inmanentes y convirtió todos los objetivos políticos en propósitos transcendentales, innegociables, intransferibles e ideales. La esperanza y la fe en conseguir los objetivos sagrados de La Causa fue lo que movió las montañas de voluntarismo que animó a cientos de creyentes-militantes a embarcarse en estas nuevas guerras santas del siglo xx.

El milenarismo transferido del ámbito de la religión católica a la lucha armada y a los ideales políticos convirtió a muchos activistas y militantes del ELN en nuevos mesías, llamados a salvar a su pueblo del pecado original del capitalismo y las oligarquías nacionales. Sacrificio fue la palabra clave para entender el cruce entre religiosidad y violencia armada en organizaciones armadas ilegales como ELN, su lucha político-militar se basó en el sacrificio personal y la entrega total, sin límites, de los activistas a La Causa —con mayúsculas, claro—, aunque en muchos casos esta causa final, que justifica todo, no esté muy definida por parte de los militantes de estas organizaciones. Evidentemente, este voluntarismo tiene un origen remoto ligado más a la tradición judeocristiana que al marxismo, más cercano al Pentecostés y los Hechos de los Apóstoles que a los paros obreros o las manifestaciones del 1º de mayo.

Este voluntarismo y mesianismo profético de tradición bíblica, que durante siglos, con su repetición, ha conseguido pulir las estructuras mentales y culturales de los individuos y de estas sociedades, sirvió de andamiaje para la aspiración de mártir de muchos activistas-creyentes de la segunda mitad del siglo xx, y en muchos casos, a sus ambiciones apostólicas o de santidad. El espíritu de sacrificio supuso un factor determinante a la hora de tomar *La Decisión* de entrar en estas organizaciones y utilizar la violencia armada. Decisión que asumió esa voluntad de superar todas las pruebas, los problemas y las condiciones más difíciles, con una fe incuestionable en los principios que se defendían y en el fin último de la lucha: la liberación del pueblo colombiano. Tal era el compromiso que llevaba a tomar esa fatal decisión, que cualquier arrepentimiento posterior fue tachado como una traición a *la causa justa*, con la penalización consiguiente por parte de la organización, que en muchas ocasiones implicó la muerte del traidor. En el caso del ELN, los fusilamientos por cobardía, derrotismo, deserción o desmoralizamiento fueron frecuentes

en sus inicios, desde militantes de base hasta varios máximos dirigentes y fundadores de la organización. Una vez que se tomaba la decisión, el camino era irreversible, y solo podía concluir con la victoria o con la muerte.

Por lo tanto, no existió la opción de una supuesta negativa a asumir los sacrificios requeridos por la organización, o a una renuncia de la lucha armada hasta que no se obtuviera la victoria final. Una vez dentro de la organización, no había otra salida que la muerte o la cárcel, pues la victoria nunca se obtuvo. Por eso, dentro de este tipo de “educación política”, al sacrificio no le quedaba otro resultado que la traición-fusilamiento o el martirio. La idea del sacrificio fue notoria, sobre todo, en el comienzo de estas organizaciones.

El excesivo sacrificio y voluntarismo sobrepasaron la dimensión política y demandaron del activista una mística revolucionaria, una opción de vida única, dedicada totalmente a la organización armada. Uno era eleno las veinticuatro horas del día, igual que el ser cristiano supone cierto comportamiento frente al altar de la iglesia o debajo de las sábanas en la cama. El autodisciplinamiento y la culpa judeocristiana, frente a la ausencia de la consecución de la Verdad, tuvo su correlato social en los mártires de la causa-verdad, testimonio público del acierto de la decisión de utilizar la lucha armada que se convirtió en una forma de obligar a los otros, a todos los otros, a imitar el ejemplo de estos mártires. De esta manera, existió una subjetivación de la violencia armada en infinidad de militantes, y devino una violencia naturalizada, incluso “necesaria”, para liberar al pueblo.

Tal vez en los requerimientos de sufrimiento y sacrificio a los militantes se encuentre lo que Jacques Lacan definió como el “deleite taciturno” o el placer de nuestros guerreros-santos del ELN. Estas cruzadas en pleno siglo XX fueron acompañadas de un espíritu aventurero y de una gran mística medieval: el honor del caballero y el héroe, el machismo y los códigos

de la sangre. El hombre y la guerra, la persona y la muerte, esos compañeros eternos. Por todo ello, la muerte se tradujo en que el grado de sacrificio fue medido por el nivel de dolor ofrecido a la causa. Sufrimiento sobre uno mismo, pero también sobre el otro. El grado de violencia, de supremo sacrificio por la organización, la vida espartana, el ascetismo, las certezas ideológicas y doctrinarias fueron rasgos característicos de los militantes de estas organizaciones, que los acercaron más a los santos-guerreros de tradición medieval y judeocristiana que a activistas políticos y sociales de una ciudadanía moderna.

Ejércitos del pueblo y héroes de los pobres en plena Guerra Santa

El perfil de los militantes del ELN, sobre todo en las primeras etapas de esta organización, estuvo marcado por anteriores ejemplos de luchadores por la libertad, aunque estos tenían menos de figuras modernas políticas y mucho de antiguos guerreros medievales, mitad militar y mitad religiososcruzados. En 1967, el ELN define el perfil de un dirigente guerrillero en la revista *Sucesos*: “Un dirigente guerrillero tiene que ser un hombre, primero que todo, plenamente convencido de la justeza de la causa por la cual lucha; (...) se forman en el fragor de la lucha; su fidelidad y profundo amor por el pueblo, su sagacidad, su astucia, su valor, su honradez, su capacidad táctica-estratégica en la concepción de la guerra del pueblo, son los méritos observados por los hombres que fielmente lo seguirán a cualquier batalla”⁵⁴.

El dirigente guerrillero debe responder ante el pueblo como Jesucristo: un perfil que corresponde más a una especie

54 Revista *Sucesos*, 1967, pp. 33-37.

de héroe cruzado, medio santo y místico, que a un militante de una organización político-militar. Antes que motivaciones políticas o ideológicas (que sí existían), los militantes respondían a partir de elementos culturales y emocionales para proteger a su comunidad de una agresión externa.

Este idealismo infantil y juvenil, unido a un fuerte patriotismo, sirvió de combustible para canalizar el descontento de un sector de la población por la percepción que tenían de unas injusticias históricas, lo cual alimentó el odio sectario y despertó pasiones contra el enemigo. Asimismo, se avivó el deseo de muchos jóvenes por convertirse en los nuevos héroes del momento histórico, siguiendo largas tradiciones de resistencia de las poblaciones donde se insertaron estos grupos. El deseo de emular actos heroicos del pasado y la estela santoral de ese momento histórico jugaron un papel importante a la hora de tomar la decisión de incorporarse a la lucha armada.

El intento por establecer vínculos con el pasado glorioso y de lucha de la población buscó elementos para darle mayor credibilidad al discurso de la organización y legitimidad a sus acciones violentas. Este mundo mítico-simbólico construido e instituido en el entorno del grupo armado irradió todo. Se buscaron atmósferas arquetípicas, se inventó el pasado común y se lo presentó dentro de una atmósfera idílica, perdida solamente por culpa del enemigo. Unido a ello, se mitificó el mundo rural, los campesinados, las veredas o los ranchos. El campo significó para estas organizaciones el lugar depositario de la mayoría de los elementos que representan la esencia del mundo simbólico de la organización. Con ello, estas organizaciones se intentaron fortalecer con las identidades arquetípicas milenarias transmitidas oralmente de generación en generación. Esos lazos con la tierra fueron un elemento comprensible en regiones de Colombia donde la guerrilla históricamente ha tenido presencia, zonas de frontera agrícola, cuya característica principal es la ruralidad de la población.

La tierra y las figuras míticas de la tradición local se unieron a los nuevos referentes de vida que salpicaban el momento internacional: “Che” Guevara, Fidel Castro, Mao Tse Tung, Carlos Marighela, Frantz Fanon, José Martí, Frank Ryan, los jehmeres rojos en Camboya, etc. Una generación de héroes, santificados en el altar político de la revolución, que inspiraron a muchos jóvenes a seguir su estela. De esta manera se consiguió la politización de sectores importantes de la juventud del momento a partir de un mecanismo de tradición cristiana: conocer y emular la vida de los santos. Por eso, lo ideológico y político ocupa un segundo lugar, porque pesó más esta tradición cultural con sus elementos trascendentes. Elementos como la muerte en el centro de la vida, característica del tipo de instituciones religiosas que guían las prácticas y acciones sociales de los individuos. La capacidad altruista de dar la vida (el bien máspreciado) por La Causa se convirtió en el referente que muchos militantes y activistas de las organizaciones armadas ilegales tuvieron como estímulo para su incorporación. Héroes de la patria, así se sintieron los militantes del ELN. Pero estos héroes no respondían principalmente a factores racionales, políticos o ideológicos, sino que estaban motivados por unos sentimientos con los que se es capaz de entregar e hipotecar su vida, romper con todo.

El tipo de percepción pseudoreligiosa de la realidad social y política llevó a asumir la lucha armada como una expresión de una “guerra justa” o “guerra sagrada” que legitimó las acciones violentas de los militantes de estas organizaciones armadas. Percibir la realidad en términos de un notable fundamentalismo permitió a estas organizaciones que sus activistas tuviesen una enorme expectativa por el triunfo, dada la trascendencia de la causa por la que se luchaba. Si algún militante hubiese asumido la imposibilidad de obtener los objetivos políticos a partir de la lucha armada, debía considerar otros factores y otras formas de lucha política, lo que

pondría en peligro la continuidad del movimiento armado. Pero la trascendencia de La Causa justificó de tal manera el uso reiterado de la violencia para obtener el objetivo final, que imposibilitó la crítica e invisibilizó las claras contradicciones existentes entre el discurso y la práctica de las organizaciones y sus activistas, así como entre la realidad percibida por el entorno del movimiento armado y el resto de la sociedad. Esta religiosidad, esta creencia inquebrantable en unos principios y un discurso simplificador de la realidad, pudo germinar dentro de unos contextos de socialización que culturalmente permitieron a esas organizaciones presentarse como contraejércitos guardianes del pueblo dentro de una gran guerra por los principios más elevados de la sociedad y de los individuos. Se presentaron a sí mismas y fueron percibidas por parte de la población como verdaderas compañías de Jesús o como los ejércitos del Señor liberando a su pueblo. Igual que Jesús resucitó para salvar al pueblo hebreo, el ELN surgió para salvar a Colombia. Este regeneracionismo salvífico, nacionalista y con hondas raíces cristianas, permitió que estas organizaciones armadas ilegales se rodeasen de una especie de aureola mítica, en muchos casos, mística: la ubicuidad de los elenos, todo lo veían y sabían, como Dios; un panóptico de los respectivos círculos de sociabilidad; la presencia del miedo a Dios o al ELN; los mártires de las organizaciones; los militantes que ejercían de santos justicieros contra los represores del pueblo, las empresas que explotaban a los trabajadores; el respaldo violento a las luchas sociales; y, sobre todo, la justeza, pureza y esencia de la Causa por la que luchaban.

Para ser un auténtico cristiano hay que ser revolucionario, ¿o tal vez al revés?

Es notorio, entonces, que el idealismo de los militantes de organizaciones armadas ilegales se situó en muchas ocasiones en las fronteras del fanatismo religioso, el marxismo convivió en estos contextos sociales analizados con el cristianismo y el nacionalismo fluyó entre un heroísmo militarista, milenarista y un espíritu cuasimedieval. El pensamiento grupal, la ortodoxia ideológica y militante intentaron sustituir antiguas formas fanáticas e integristas, pero acabaron atrapados en la marejada cultural judeocristiana. Se conformó con ello un pensamiento de grupo a partir de ese andamiaje cultural, que permitió introducir a los militantes dentro de la identidad de la organización y, poco a poco, los fue aislando del entorno, en un caso muy similar a los procesos seguidos por los individuos que ingresan en sectas, donde la conciencia está totalmente supeditada al pensamiento común. Este mundo imaginario fue eminentemente simbólico y ayudó a fortalecer la conciencia de grupo, reforzó la pertenencia al mismo y reafirmó sus motivaciones. Instrumentalizaron la realidad de tal manera que se asegurase la supervivencia del grupo, incluso se llegó a

percibir esa realidad como una guerra imaginaria, que evidentemente pudo sobredimensionar los conflictos reales existentes contra el enemigo común. Así, el fanatismo y esos filtros de la realidad de los activistas determinaron en gran medida el tipo de acciones que fueron capaces de realizar y el nivel de destrucción que realizaron. La locura de Marte, dios de la guerra, estuvo servida con estas cosmovisiones y este tipo de ideología que fomentó el odio, combustible de la guerra. Todo ello sirvió para constatar la máxima según la cual la violencia engendra violencia. Una violencia que comenzó en el plano simbólico y que rápidamente se traspasó al enfrentamiento real; una violencia que terminó por convertirse en principio y fin del círculo de la construcción del universo simbólico de estas organizaciones.

La violencia y la lucha armada se sacralizaron y, por tanto, la guerra se convirtió también en un espacio ritual donde la muerte y su escenificación representaron muchas facetas de estas organizaciones. En estas acciones violentas se encuentra ese deleite taciturno de la guerra y la muerte como lugar de realización del guerrero-santo, así como todo un mundo de simbología en torno a la muerte de tradición judeocristiana que fue compartido por muchas organizaciones armadas. La muerte ritualizada, escenificada como en el Monte Calvario de los cristianos en Semana Santa: fue así como la muerte de un compañero, y más cuando fue en un enfrentamiento con el enemigo, reforzó la conciencia del grupo y legitimó la lucha justa de la organización armada. El recuerdo permanente del sacrificio de los mártires de la organización justificó las acciones violentas propias contra el enemigo y contra la población civil ajena al conflicto armado. Y, por supuesto, cada muerte, de un bando o del otro, alejó más las posibilidades de solución del problema porque fortaleció el nivel emotivo del grupo y su conciencia y cortó todavía más los lazos con el resto de la sociedad. Cada muerte, propia o ajena, fortaleció la especial

visión histórica y de la realidad social y los separó más del resto de la sociedad.

El activista muerto se convierte en luchador o héroe, ya que ha estado dispuesto a darlo todo por la noble y doble causa de la patria y la revolución. Otros ritos donde la muerte estuvo presente fueron los rituales de iniciación de los nuevos miembros o los momentos anteriores a la lucha. Los rituales de las últimas instrucciones antes de comenzar una misión (un momento de gran significación, con el abrazo de despedida del compañero o la comprobación del arma). Todo ello orientado a fortalecer la voluntad del activista antes de cumplir su misión, otro concepto de clara inspiración religiosa.

Esta simbología de la muerte se introduce en el campo de la psicología social y de los imaginarios sociales que estos movimientos armados construyeron en torno a las virtudes que los guerreros-santos debían tener. El análisis de estos procesos de racionalización de la realidad ofrece una puerta de entrada al pensamiento de grupo y a la racionalidad que legitima el uso de la violencia en el ELN u otras organizaciones armadas. A su vez, esta racionalidad estuvo impregnada de una fuerte emotividad, impulsividad y, en muchos casos, dada la juventud en el momento de ingresar en estas organizaciones, de cierta inmadurez. Jerrold M. Post ha estudiado algunos de los factores psicológicos que más presencia tienen en los grupos terroristas, y encontró cuatro elementos que los caracterizan:

1) Creencia en la invulnerabilidad del grupo

La ilusión en la invulnerabilidad de la organización armada convenció a sus miembros de que, sucediese lo que sucediese, el destino estaba de su lado, su comportamiento y acciones eran las correctas y tarde o temprano llegaría la victoria del movimiento. Esta sobrevaloración de la invulnerabilidad de la organización llevó a que sus miembros cometieran muchos

errores tácticos y sirvió de sustento al espíritu pseudosuicida que requerían algunas de las acciones armadas. A través de este pensamiento grupal, los activistas asumieron las certezas imprescindibles y los dogmatismos necesarios para que su perspectiva de la realidad y sus motivaciones no pusieran en duda la resolución de arriesgar su vida por La Causa. Incluso el asesinato de otra persona, así fueran inocentes ajenos a los actores armados en conflicto, se respaldó en este pensamiento coherente y sólido del grupo. Por ello, cualquier viso de crítica interna fue reprimido por la organización de forma inmediata, pues podía destruir los cimientos imaginarios del movimiento y de su lucha armada.

2) Intolerancia ante la crítica del pensamiento común de la organización

Las organizaciones armadas ilegales se han protegido de la autocrítica tradicionalmente mediante mecanismos como la autocensura de los militantes, o la presión y el uso del miedo contra los disidentes. El tratamiento que los grupos armados han dado a lo largo de su historia a la disidencia interna es ejemplificador de la actitud intolerante y de falta de democracia interna en estas organizaciones. La falta de crítica y de espíritu democrático se justificó con el argumento de no ayudar al enemigo, cualquier cuestionamiento a la dirección se podía percibir como una traición y una derrota frente al adversario. Por ello, frente a cualquier fisura en el pensamiento del grupo, o a la crítica interna, surgía el llamado a la unidad y a la cohesión del grupo. Evidentemente, esta actitud acrítica surgió de la visión de que el pensamiento de grupo, de la organización, surgiese de donde surgiese, tenía una autoridad moral superior a las posibles críticas individuales de sus militantes.

3) Moralidad superior de la organización y sobremoralización de todo lo que rodea al grupo

Estas organizaciones ilegales, que durante décadas han utilizado la violencia armada, tuvieron que justificar sus acciones, en muchos casos indiscriminadas y terroristas, a partir de la superioridad moral de sus militantes y de la causa perseguida. Así, las acciones, que para el resto de la sociedad están enmarcadas por el terror, para sus entornos sociales son percibidas como necesarias y a sus responsables como ejemplos sociales de compromiso, patriotismo y honestidad moral. Para conseguir esto, se establecieron conexiones entre estas acciones armadas, las propuestas políticas y los valores morales superiores que decían defender. De tal manera que estos grupos se consideran a sí mismos como los luchadores del pueblo, los libertadores que representan a la sociedad y los defendían de las élites económicas y políticas. Por lo tanto, las acciones armadas, incluidas las terroristas, se percibieron como un método autorizado moralmente, dada la gran trascendencia de la causa por la que se luchaba: la liberación del pueblo oprimido. Con ello se consiguió afirmar la premisa de que “el fin justifica los medios” y se resolvió el dilema de la posibilidad de recurrir a la violencia armada, incluso contra la inocente población civil: la organización armada tenía el “derecho moral”, o sea, la legitimidad ante la Diosa Causa y la Historia.

Ironías de la vida, los grupos que utilizaban la violencia armada contra otras personas de la sociedad se presentaban a sí mismos como los representantes de unas formas virtuosas de hacer política, por su compromiso y heroísmo, y de ejercer la ciudadanía. Este discurso moral les permitió legitimar sus acciones y realizar un fuerte marketing para vincular a nuevos integrantes, pues sus miembros son presentados como ejemplo de virtualismo y altruismo en una sociedad orientada a los vicios del individualismo y el egoísmo.

Al ser responsables de los asesinatos de la organización a toda la sociedad, la responsabilidad ética e individual del activista se irradió y disolvió entre todos los ciudadanos. El resultado fue un efecto mágico, pues la responsabilidad del asesinato desaparecía y se completaba este proceso con un discurso bañado de eufemismos, como “efectos o daños colaterales”, “muertes necesarias”, “en todas las guerras hay muertos” o “en todos los bandos se hacen sacrificios”. Una forma de distanciamiento moral indispensable para la supervivencia psicológica y ética de los activistas que los llevó a plantear el recurso a la violencia armada como un mal menor y necesario para conseguir el paraíso de la Liberación. Una retórica que sirvió para eximir a los militantes de estas organizaciones armadas de la culpa frente al asesinato de otra persona. Mientras se es un activista activo, el estado de superioridad moral justifica la entrega de sus vidas y la supresión de las vidas ajenas. Llevar la lucha al horizonte de la moralidad fue indispensable para estas organizaciones.

Pero también otros ámbitos del entorno de estos grupos se sumergieron en esta sobremoralización y consiguiente mitificación y dramatización de la vida y la muerte. Con ello se buscó una fuerte adhesión afectiva de los militantes a la Causa y al grupo que la representa. La superioridad moral corrigió conductas desviadas tanto al interior de la organización como en los contextos sociales controlados por ellas. Salvadores de la moral pública frente a pederastas, a la poligamia, el narcotráfico o el incesto, llegaron a conformar tribunales de justicia encargados de la limpieza de la sociedad. La otra cara de la moneda fueron las actitudes ascetas requeridas, muchas veces, al combatiente en el ELN. En los territorios donde estas organizaciones armadas tienen mayor control, la situación puede llegar a identificar como potencialmente peligroso a toda persona que quebrante las normas morales o las buenas

costumbres del lugar, y en algunos casos se crean ambientes propios de caza de brujas.

Asimismo, la sobremoralización y dramatización en los entornos de estas organizaciones llevó a que buscasen una mayor rentabilidad funcional de todas las acciones donde se veían envueltos sus activistas. Así sucedió en los funerales de los compañeros caídos por la Causa, donde se construía una escenografía del dolor propicia para que los asistentes desplegasen sus sentimientos de odio contra el adversario y de dolor y solidaridad frente al grupo. Con ello se consiguió fortalecer la percepción del enemigo como agente represor, por un lado, y, por el otro, se consolidó la justificación de las acciones propias, así como reforzar el consenso al interior de la organización. En todo caso los rituales funerarios no solo legitimaron la visión única de la organización, también sirvieron de llamados a la acción, y en especial a la venganza del compañero muerto, y demostraban la crueldad del enemigo y la necesidad de seguir luchando por la causa mediante el recurso armado. Evidentemente, también ayudaban a fortalecer la perspectiva moral de la lucha y a identificar al enemigo con el mal y a la organización con el bien, en una visión maniquea y dicotómica de la realidad.

4) Percepción unidimensional e identificación del enemigo como “el mal”

La supremacía moral de los elenos frente al resto de los ciudadanos por la sacralización de su objetivo político (la liberación del pueblo oprimido) sirvió para legitimar sus acciones violentas, para intentar implantar su “centralismo democrático” en toda la sociedad y para conjugar un dogmatismo ideológico coherente con los medios violentos adoptados. La guinda de esta construcción imaginaria o “guerra imaginada” era percibir al adversario político como enemigo a muerte, dado que

no se estaba en la arena del debate y la confrontación política, sino en los campos de batalla imaginarios.

Por lo tanto, la deificación del ELN fue paralela a la “diabolización” del Estado y sus fuerzas de seguridad. Esta identificación del adversario como enemigo y, posteriormente, en un salto cargado de alta moralidad, como el mal, permitió identificar al Estado como opresor del pueblo inocente. Por ello, el Estado no se debía enfrentar, sino combatir con las armas.

El distanciamiento moral con la víctima y la dispersión de la responsabilidad individual a toda la sociedad sirvió para legitimar los crímenes cometidos. Incluso se otorgó a las víctimas responsabilidad, funciones o acciones imaginarias que justificaron su asesinato. Así, se difundieron discursos que definían a las víctimas como confidentes de las fuerzas de seguridad, torturadores o explotadores de los trabajadores. Cualquier argumento utilizado parecía justificar su asesinato: la necesidad de parar la construcción de una carretera o como “mensaje” a los empresarios o terratenientes para que paguen el impuesto revolucionario o “vacuna”. Todos estos discursos que buscaron la deshumanización de la víctima y del enemigo sirvieron también de argumentos de autojustificación de sus acciones armadas e incrementaron, cada vez más, la deshumanización y radicalización del conflicto.

Evidentemente, para encontrar la solución a las crisis sociales planteadas por estos sectores radicales que propenden por la lucha armada es necesario cambiar la percepción e imaginarios de las relaciones entre contrarios. Hay que revertir el proceso y percibir a los enemigos como adversarios políticos. Cambios que se deben dar en el mundo de las representaciones del otro, que suponen una variación en la interpretación de la realidad social, y el tránsito de una sociedad dicotómica a otra con vínculos sociales incluyentes de todos los sectores. Cambios que hagan compatible, sobre todo mentalmente, lo que hasta ese momento parece irreconciliable.

CONCLUSIONES

**Formas de comprender
el pasado que
construyen el futuro**

“Los hombres hacen su propia historia,
pero no la hacen arbitrariamente, bajo
circunstancias elegidas por ellos mismos,
sino bajo circunstancias directamente
dadas y heredadas del pasado”

MARX, KARL

El dieciocho brumario de Luis Bonaparte

La apuesta del libro es el papel que juega la historia para la comprensión de problemas del presente, lo que Pierre Vilar definió como “pensar históricamente” o historiar nuestro pensamiento actual, en definitiva, contextualizar en el tiempo un fenómeno social como es la violencia política armada en Colombia. Esta debe ser la función social de la historia, ayudar a comprender el problema crucial actual de violencia armada en el país, con la pretensión de que una interpretación del fenómeno con perspectiva histórica permita encauzar el conflicto hacia formas de resolución y convivencia pacífica.

Frente a este aspecto, podemos constatar que se deben superar las visiones simplistas que explican la emergencia de grupos armados en la década de los años sesenta por las condiciones “objetivas” de los contextos locales o nacionales: pobreza, represión, falta de democracia, etc. Debemos replantear esta entrada al problema de la violencia política armada porque se puede comprobar que estos grupos surgieron en una gran variedad de contextos locales y países, lo que lleva

a plantear que estas situaciones pueden ser condiciones necesarias, pero nunca suficientes para explicar el surgimiento de este tipo de acción armada colectiva. Pero estas condiciones nacionales o locales, si bien no fueron tan determinantes en el surgimiento, sí que lo fueron a la hora de la consolidación, desarrollo y persistencia de estas experiencias armadas hasta nuestros días.

La segunda evidencia es que hay un periodo histórico marcado por la emergencia de estos movimientos armados en la mayoría de los países, no solo en América Latina, la década de los años sesenta del siglo xx. Lo que nos impulsa a relacionar este fenómeno con el “ambiente” o contexto internacional; con el posible “efecto dominó” debido a experiencias exitosas que sirvieron de demostración a otros grupos. Fue lo que sucedió, por ejemplo, con el intento de implantación de focos revolucionarios en contextos en los que no existía la mínima posibilidad de éxito. En muchos países surgieron focos armados, pero solo se pudieron desarrollar y consolidar allí donde existían unas condiciones adecuadas internas: sistemas políticos cerrados, tradición de lucha, brechas económicas y sociales importantes, etc. Aspectos que son fundamentales abordar a la hora de la negociación o los procesos de paz, dado que estas circunstancias son elementos centrales de los conflictos sociales y políticos.

Por todo lo anterior, la permanencia de la “violencia estructural” es una variable destacada tanto del surgimiento o consolidación de la violencia armada como de su solución. Pero también se ha mostrado que en el surgimiento fue determinante el contexto externo, el estímulo que supuso la Revolución cubana. Y los factores externos o el contexto internacional también cobran un rol esencial en la resolución del conflicto armado en Colombia, con el papel de Cuba o más recientemente de Venezuela y el chavismo en los últimos procesos de negociación de paz en Colombia.

Cuba y de otras experiencias revolucionarias tuvieron una repercusión importante en los rebeldes locales para tomar conciencia de las posibilidades de victoria. Fue este “efecto demostración” el que llevó a analizar las realidades locales o nacionales a partir del espejo de esas experiencias exitosas, construyendo estas organizaciones un discurso de enfrentamiento coherente con las intenciones de la lucha armada contra quien ya no es rival político, sino enemigo de guerra (guerra en muchos casos imaginada en primer lugar y real posteriormente). Entonces los discursos ideológicos adecuaron la realidad local a los intereses de los distintos actores armados, fue el caso del marxismo en su versión foquista. Posteriormente estos grupos armados intentaron insertarse en las tradiciones de lucha de algunas poblaciones y en las culturas mesiánico-religiosas que aportaron la actitud de sacrificio requerida al militante de la organización.

En el caso del ELN, el foco inicial de militantes buscó articular su propuesta ideológica a la tradición de lucha del Magdalena Medio santandereano, región que tradicionalmente ha sido un territorio disputado y con una larga costumbre guerrera en su población. Estas características determinaron la opción para implantar el foco allí las que pueden explicar, en gran medida, la consolidación y perpetuación hasta nuestros días del proyecto insurgente del ELN en diferentes territorios de Colombia: la tradición de lucha plasmada en las guerrillas liberales de los años 50, y esa “cultura de guerra” tan arraigada en algunas áreas; la existencia de un terreno óptimo para la guerra de guerrillas, por su orografía y vegetación que dificultan a las fuerzas armadas del Estado el control del territorio; de recursos naturales, en este caso el petróleo en un comienzo en la ciudad de Barrancabermeja, donde se encontraba la mayor refinería del país, el mayor puerto del río Magdalena y el movimiento obrero más importante y organizado de Colombia; la cercanía de una universidad que aportó cuadros de dirección

a la organización, ya que históricamente ha existido un fuerte movimiento estudiantil en la Universidad Industrial de Santander. El éxito del surgimiento y posterior consolidación del proyecto de foco insurgente pasó, por lo tanto, por entrecruzar y articular adecuadamente estos tres sectores políticos: campesinos con larga tradición de lucha, especialmente los grupúsculos armados de la época inmediatamente anterior de violencia bipartidista; los estudiantes y los trabajadores mejor organizados del país, ligados al sector petrolero de Barranbermeja. Por lo tanto, lo que buscaban encarecidamente estos aprendices de revolucionarios al estilo cubano era conseguir apoyos de los sectores más “ansiosos” y predispuestos al conflicto. En especial, estos jóvenes intentaron ser el puente entre el movimiento estudiantil que ellos lideraban en Bucaramanga o Bogotá, con la tradición de lucha de los campesinos. Factores que persisten actualmente en las intenciones de las organizaciones armadas por influir en sectores de la población proclives a la protesta social.

Con ello se demuestra que aquellos grupos que en los años sesenta y setenta consiguieron articular su nuevo discurso revolucionario y sus objetivos, con una fuerte tradición de lucha y con los sectores que la apoyaban, lograron consolidarse como organizaciones armadas. La posibilidad de establecer conexiones con las luchas anteriores o de regenerar los conflictos históricos a partir de unos discursos nuevos fue clave para el éxito de la consolidación de estos grupos armados. La izquierda revolucionaria de los años sesenta retomó la tradición de lucha de algunos sectores de la población ligada a unos conflictos sociales y políticos que perduraban en un territorio concreto y los hicieron confluír, los nutrieron con las aportaciones teóricas e ideológicas del marxismo.

Para el caso del ELN, su surgimiento fue posible tanto por unas condiciones políticas y socioeconómicas determinadas, como por la importación, apropiación y traducción de un

discurso ideológico (marxismo) a una larga tradición cultural de lucha. Esta dimensión subjetiva y discursivo-simbólica fue imprescindible para el surgimiento de estos actores armados en la segunda mitad del siglo xx. La violencia requirió de unos imaginarios y una simbología que la legitimó como recurso de acción política, las prácticas armadas encontraron sentido en la cosmovisión de las organizaciones y éstas últimas la utilizaron como llamado afectivo a la acción. La persistencia del recurso de la violencia para obtener beneficios políticos se sigue alimentando de unas cosmovisiones que legitiman el uso de la fuerza para los militantes de estas organizaciones armadas.

Por lo tanto, tenemos tres ingredientes fundamentales a la hora de analizar la violencia política armada desde su surgimiento o consolidación hasta la forma de abordar la resolución del conflicto en procesos de negociación de paz. El primero son los factores políticos internos o la construcción de marcos de convivencia, en segundo lugar, los factores externos y geoestratégicos y, por último, los imaginarios sociales o la cultura de violencia de la población.

En el primer aspecto, encontramos que el especial proceso histórico de configuración de la sociedad colombiana y de construcción de marcos normativos institucionales que permitan vínculos sociales todavía no está suficientemente consolidado para que sectores de la población se sientan excluidos de esos marcos comunes. Históricamente, esta forma de configuración e institucionalización de la sociedad ha estado marcada por territorios que han quedado “por fuera”, son esas zonas de frontera institucional las que determinan formas distintas de cohesión social y, articulación con el Estado central. Por ello, estas zonas que tradicionalmente son de frontera de colonización o de explotación de recursos naturales son fuente de conflicto social y en muchos casos, de conflicto armado. La violencia armada es otra forma de colonización del territorio, en la que sus poblaciones quedan por fuera de la normatividad

(por ejemplo, sin la existencia de títulos de propiedad de la tierra) o de la institucionalidad, dada la ausencia de servicios de salud, educativos, etc. Un juego de inclusión y exclusión de ciudadanía marcada por la ausencia del Estado y la presencia de actores armados. Esta persistencia de la violencia marcó una cultura de la violencia en estos territorios que determina la construcción de estas comunidades.

Esta ausencia del Estado en amplios espacios del territorio muestra el “colapso parcial” de éste y el fracaso del intento de control, tanto de territorios como del monopolio de la violencia. Este vacío de poder en importantes áreas del país es copado por actores armados ilegales, generando una disputa entre el Estado, que quiere recuperar esos espacios, a la institucionalización y los actores violentos locales que se resisten. La población civil suele quedar en medio del conflicto armado, entre las fuerzas y los grupos armados ilegales, zonas ligadas habitualmente a la economía ilegal, producción de narcóticos o explotaciones mineras ilegales.

La violencia armada evidencia cómo se han articulado, regulado e institucionalizado estas zonas de frontera en el país. Estas fronteras que crean excluidos de la ciudadanía y de las ventajas de una sociedad instituida no solo se corresponde con territorios alejados de las metrópolis, también con sectores sociales que se sienten excluidos de un sistema político tradicional que privilegia los intereses de unos pocos frente a la mayoría de la población. Esto lleva a que parte de esta población que se siente excluida de un sistema político semicerrado sea proclive a radicalizar su postura de protesta social y a ver la violencia como un medio para obtener beneficios políticos o económicos.

El tradicional bloqueo del sistema político, inicialmente a partidos distintos al bipartidismo, y el asesinato actual de líderes sociales y políticos son argumentos que utilizan los actores armados para justificar su persistencia en la lucha armada.

Cualquier resistencia a las políticas del Estado es percibida como ejemplo del carácter conspirativo y violento de la protesta social. Como hemos mostrado, si bien la violencia política armada no surge como expresión directa del bloqueo del sistema político colombiano, sí es cierto que este cerramiento a terceros partidos, inicialmente el asesinato de líderes políticos, la aniquilación de partidos políticos como la Unión Patriótica (UP) en las décadas de 1980 y 1990, o el asesinato de líderes sociales, indígenas y ecologistas que se oponen a proyectos minero-energéticos, hace que amplios sectores de la población perciban la imposibilidad de canalizar sus demandas a través de la institucionalidad. La crisis de legitimidad del sistema político reflejado en los bajos índices de participación en las elecciones, la corrupción generalizada y la desinstitucionalización de las relaciones sociales entre individuos y grupos fue y es un caldo de cultivo permanente para el conflicto y la violencia. La falta de presencia y regulación institucional creó el espacio para la resolución no pacífica o violenta de los conflictos; el recurso a la fuerza y, en algunos casos, la guerra, fue y es la forma de articulación de lo social. A ello se añade la auto-exclusión de sectores radicalizados que intentan, a través del uso de las armas y la violencia, obtener cuotas de poder que no tendrían si participaran democráticamente dentro de un sistema de elecciones.

El segundo ingrediente para pensar el surgimiento y la resolución de la violencia política armada en el país son los factores externos o la geopolítica internacional de cada momento histórico. En la emergencia de diversos grupos armados en la segunda mitad del siglo xx, especialmente en la década de los años sesenta en Colombia, fue determinante la situación geoestratégica internacional. Como se dijo, en esa época fue “la chispa que encendió la pradera”. Como en el resto del continente o del mundo, en esta década surgieron focos revolucionarios en gran cantidad de países, dado el ambiente

de simpatía que se encontraban, sobre todo entre las generaciones más jóvenes de la sociedad. El contexto internacional fue clave para activar el potencial revolucionario de muchos jóvenes en un país y favoreció el surgimiento de grupos armados ilegales.

Este ambiente proclive a la insurgencia armada y el éxito de algunas experiencias se interpretaba como la necesidad de recurrir a las mismas tácticas o métodos de lucha. Si la violencia había funcionado en otros contextos, se infería que también era válida para el propio. Este proceso de comparación de contextos para la movilización social, o para implementar tácticas de protesta o guerra, sigue teniendo un papel determinante a la hora de abordar las posibles salidas en los procesos de negociación, porque reduce en gran medida las posibilidades de mediación y resolución de los conflictos. Si el contexto internacional es proclive a los enfrentamientos, tiene una repercusión importante en los procesos internos de resolución de conflictos sociales o políticos, así como en la negociación con grupos armados.

Otro factor internacional determinante fue la adopción de discursos ideológicos externos por parte de los distintos actores armados y sus militantes, en el caso del ELN, el foquismo sirvió para que muchos de ellos sobrevaloraran la capacidad de la organización para la transformación social y el éxito revolucionario. Y este discurso ideológico actualizó y renovó la tradición de lucha de algunos sectores de la población, como fueron los campesinos liberales radicales, estudiantes comunistas o sindicalistas.

Las figuras de Ernesto ‘Che’ Guevara y Fidel Castro se convirtieron en referentes simbólicos de la resistencia y lucha contra el capitalismo en América Latina, lo mismo sucedió, posteriormente, en algunos sectores del continente con Hugo Chávez. Estas figuras icónicas del imaginario revolucionario sirven de referente de un “hombre nuevo” en la década del

sesenta, son ejemplo de entrega y compromiso social, y su pensamiento se constituye en un corpus doctrinal que orienta a las organizaciones armadas. Especialmente este clima ideológico tuvo impacto en las universidades públicas en Colombia y se tradujo en un aumento de la conflictividad y de las actividades revolucionarias. Es en ese contexto que en 1962 sesenta jóvenes del país viajaron a Cuba a seguir sus estudios becados por ese gobierno. Posteriormente, con la Crisis de los misiles rusos y el consiguiente bloqueo militar de la isla por parte de EE. UU., algunos de esos estudiantes decidieron recibir preparación militar y formar el germen del ELN, la Brigada Pro-liberación José Antonio Galán. Después de ocho meses de entrenamiento militar regresaron a Colombia e implantaron el primer foco guerrillero en las montañas del departamento de Santander.

El tercer ingrediente a tener en cuenta, tanto en el surgimiento o consolidación de la guerrilla como en los procesos de negociación de paz, son los imaginarios y representaciones sociales que alimentan y sustentan una cultura de violencia en sectores amplios de la sociedad, que se potencia en estos actores armados, y que se requiere desactivar para retomar marcos de convivencia y resolución de conflictos en la sociedad. No solo se trata de desarmar a los actores armados, también a la sociedad y a los discursos que legitiman y justifican la violencia. Aquí encontramos el papel que cumplen las mediaciones simbólicas y los discursos, en este caso ideológicos, en determinar las acciones violentas de las personas. El marxismo fue apropiado y traducido a un contexto local y nacional, renovó una larga tradición cultural de lucha en algunos sectores de la población, especialmente campesinos liberales radicales, que habían combatido en la última gran guerra civil, la Guerra de los Mil días; o la de sus descendientes que vivieron el período conocido como La Violencia a mediados del siglo xx. La violencia siempre requiere de una simbologización, representación y unos imaginarios que la legitimen como recurso

de la acción política. La cosmovisión marxista otorgó a las organizaciones armadas y a sus militantes un escenario ético y afectivo para la acción; retomando imaginarios previos de lucha, como los mitos de la Independencia del país o el legado judeocristiano de la Teología de la Liberación.

La tradición de lucha y la articulación del discurso marxista y la cosmogonía cristiana configuraron la base de un orden, la “lógica de lucha”, coherente para los integrantes de estas organizaciones y que soportó sus acciones armadas. Este universo mental orientó y creó pertenencia al grupo, enlaza con la visión mesiánica de estos movimientos armados y entronca con una larga tradición religiosa y la impronta de la Iglesia católica en el país. La causa revolucionaria fue la traducción de la redención social de esos jóvenes activistas, sus acciones hacían parte de una regeneración de esas “guerra santas” seguidas por los cristianos en la Edad Media, y concretadas en el sacrificio y la abnegación del revolucionario, la renuncia a la vida, como asumiendo un mundo de privaciones que depuraba al verdadero hombre revolucionario. Otros aspectos como el martirio por la causa, los sacrificios de sangre o el panteón de los héroes-santos revolucionarios entroncan con esa larga tradición religiosa de la población, la renueva y la traduce a la tendencia discursiva de la época, el marxismo. La vida se concibió de forma absoluta, religiosa dirán otros, y todo se percibió de forma dicotómica: o estás conmigo o contra mí.

Las organizaciones armadas ilegales de los años sesenta consiguieron articularse a tradiciones culturales religiosas previas y elaborar un constructo discursivo-ideológico-cultural muy sólido para sus miembros. Lo que consiguió mitificar a la organización y sus militantes, así como mostrar la trascendencia de la lucha; a pesar del discurso maniqueo que presentaba una interpretación de la realidad entre buenos y malos, el bien y el mal.

Fue la supuesta superioridad moral de ellos la que legitimó los crímenes contra sus enemigos, que ya no eran contrincantes, sino la representación del mal, en este caso, el capitalismo o la oligarquía. Estos imaginarios sociales se concretan en discursos autojustificativos de la violencia propia mientras se denuncia la violencia del otro, en este caso, el Estado. Se otorgaron la representación del pueblo oprimido, ya no el judío de la Biblia, pero sí el campesinado pobre. Desarmar este mundo simbólico es necesario para poder canalizar los procesos de negociación de paz con estas organizaciones armadas, pues estos discursos se renuevan constantemente en sus espacios de sociabilidad e influencia.

Por lo tanto, la década de los años sesenta, si bien se caracterizó por procesos de secularización de la sociedad colombiana, también muestra que hubo una transferencia de sacralidad del ámbito de la religión católica a este nuevo espacio de *revival* religioso llamado la guerrilla. La guerrilla se convirtió en una “religión política”, en una “iglesia” que dio cobijo y esperanza a miles de militantes de esas organizaciones armadas. Fue la “familia revolucionaria marxista” que se articuló a otro ámbito trascendente, la “religión de patria” o patriotismo para proyectar los movimientos de liberación nacional. Esta absolutización de la lucha política impide el diálogo y la búsqueda de consensos porque aboca a la imposición de la voluntad propia al otro, convertido ya no en opositor político, sino en enemigo, dado el acto trascendente por el que se lucha. La política como “absoluto”, que no es exclusiva de la guerrilla, impide los procesos de negociación y reconciliación en el país. Convierte la ideología propia en un fenómeno dogmático y parareligioso e impone la lógica de que el fin justifica los medios. Esta ética que Max Weber definió “ética de los últimos fines” impide el papel de la política y de la negociación en los conflictos sociales y políticos, pues

se impone una visión monológica de la realidad, ortodoxa y totalitaria que desconoce a los otros.

Para estos jóvenes revolucionarios las condiciones objetivas para la revolución estaban dadas en la década de los años sesenta en Colombia y encontraron en el marxismo y en la larga tradición judeocristiana la estructura subjetiva, el filón que sustentó simbólica y psicológicamente la lucha armada. Especialmente en el caso del ELN, fue la Teología de la Liberación, ese híbrido entre cristianismo primitivo y marxismo el que permitió insertarse en estructuras mentales previas de las poblaciones, especialmente los campesinos. Esta doctrina cristiana y marxista aportó un aparato trascendente sólido y coherente que permitió al militante enfrentar la difícil decisión moral de matar a otros seres humanos; así como la patria se convierte en otro mito que legitima matar desde la cosmovisión de los miembros de los cuerpos armados del Estado.

En el surgimiento y consolidación del ELN, como en los procesos de negociación de esta organización con el Estado colombiano se encuentran claramente los tres ingredientes que hemos nombrado. Por un lado, los factores externos, con el papel de Cuba en el surgimiento del grupo armado, o el rol de este país en los procesos de negociación. Los factores internos, especialmente la configuración espacial del país, esos espacios de frontera institucional, constatado con la elección de la zona de implantación del primer foco armado, una zona de colonización del Magdalena Medio santandereano, en San Vicente de Chucurí, con poca presencia y legitimidad del Estado y una larga tradición de lucha y resistencia armada, que va desde la guerra de los Mil Días pasando por el período de La Violencia. Y, por último, toda una cosmovisión alimentada de imaginarios sociales que legitima la violencia armada desde una cultura de la violencia auspiciada por una visión absoluta y dogmática de la realidad política y social del país.

EPÍLOGO

**Y Pablo tuvo que
volver al monte**

Los trabajadores de la hacienda estaban expectantes con la llegada de los nuevos inquilinos, pues a pesar de estar acostumbrados a recibir a un público variopinto por la corta distancia de treinta y cinco kilómetros a Quito, capital de Ecuador; en esta ocasión se trataba de algo muy diferente, la delegación del Ejército de Liberación Nacional de Colombia (ELN). La llegada de las camionetas hacia el edificio central de la hacienda estuvo precedida de motos y coches del Ejército ecuatoriano. De las camionetas descendieron una veintena de hombres y mujeres que por su aspecto pusieron a dudar a los espectadores. Una de las señoras del aseo resumió el sentir del grupo de trabajadores: “No parecen guerrilleros”. Efectivamente, los recién llegados eran gente normal, vestidos con ropas discretas, predominaban los grises, oscuros y blancos, parecían un grupo de alguna reunión de la Archidiócesis de Quito. De edades la mayoría entre los cincuenta y sesenta años, caminaron despacio observando el lugar hasta entrar en el edificio.

Les pidieron que se registraran para asignarles sus respectivas habitaciones. El recepcionista, un joven impecablemente vestido, pero con acento quiteño arrastrando la r que lo identificaba de un sector popular de la ciudad, se puso en el centro del grupo con un listado, pidió silencio y empezó a nombrar a los huéspedes. El primer nombre que mencionó fue el de Israel Ramírez Pineda, se hizo un silencio repentino que rompió una voz pausada, pero grave, diciendo: “Disculpe,

esa persona murió hace décadas; cuando usted ni siquiera había nacido, rompí la cédula de ciudadanía del Estado colombiano, como hace todo guerrillero que entra a una organización. Mi nombre es Beltrán, Pablo Beltrán, jefe negociador del ELN”. Ese hombre bonachón y tranquilo era miembro del Comando Central de la guerrilla, junto con Nicolás Rodríguez Bautista, alias ‘Gabino’, primer comandante y fundador del ELN; Eliécer Herlinto Chamorro Acosta, alias ‘Antonio García’, comandante militar y Gustavo Aníbal Giraldo Quinchía, alias ‘Pablito’, comandante del Frente Domingo Laín; Rafael Sierra Granados, alias ‘Ramiro Vargas’, responsable de relaciones internacionales; todos ellos estaban al mando, en ese momento, de unos 1.800 efectivos entre guerrilleros y milicianos. Pablo Beltrán tiene el tercer lugar en la línea de mando de la organización y entró a ocupar el lugar dejado por ‘Policarpo’, el cura español Manuel Pérez, después de su muerte en febrero de 1998. El cura Pérez nació en Alfamén, en la provincia de Zaragoza, siempre fue un ferviente seguidor de la Teología de la Liberación, desde sus primeros momentos como cura obrero en Europa. Pablo Beltrán, de fuerte formación cristiana, recogió su testigo siendo el responsable desde ese momento del trabajo con las masas y la capacitación de los cuadros políticos de la organización. Además, en la comitiva de la guerrilla en el proceso de negociación se destacaba también Víctor Cubides, alias ‘Aurelio Carbonell’ o ‘Pablo Tejada’, un intelectual que estudió sociología en la Universidad Nacional de Colombia y que fue fundador del departamento de Sociología de la Universidad de Antioquia.

Después de unos minutos de coordinación, cada miembro de la comitiva se dirigió a su habitación precedido por un trabajador, alguno de ellos portaba las mochilas o pequeñas maletas de los huéspedes, pero Beltrán se había negado rotundamente. Una vez solo en la habitación se acostó en la cama, llevaba muchos días movilizándose y viajando por

distintos medios. Si bien quería dormir, una idea ocupó su pensamiento, por inteligencia de la guerrilla sabía que en la delegación del gobierno había varios santandereanos, y uno de ellos se movía en el mismo círculo social de una antigua novia suya, Rosa (nombre ficticio para proteger la identidad de la persona). Hacía unos meses, por un familiar supo que Rosa tenía cáncer y quería preguntar de forma discreta sobre ella a esa persona de la delegación del gobierno. Aunque se debatía entre hacerlo o no, pues ese acto podría interpretarse como debilidad frente al enemigo o como una traición pequeño-burguesa, la verdad deseaba tener noticias de ella, con quien compartió salón en varios grados en el colegio San José de Guanenta, en la ciudad de San Gil, Santander. En este colegio siempre había sido un excelente estudiante, sacando notas de 5 en comportamiento; también había sido sobresaliente, posteriormente, estudiando Ingeniería de Petróleos en la Universidad Industrial de Santander, en la ciudad de Bucaramanga. De Rosa conservaba una foto del mosaico del colegio que un comando de la guerrilla había conseguido hacía bastantes años al intentar borrar algunas huellas de su pasado (expedientes de colegio, certificado de nacimiento y bautismo) para proteger a sus parientes más cercanos de la represión del Estado.

Beltrán se sentía atrapado en ese dilema, en la habitación, pero también en esa época que le tocó vivir. Tal vez por su edad no podía dejar de plantearse constantemente la pregunta sobre el sentido de esa lucha de tantos años, ese ¿para qué? Por ello era el gran defensor del proceso de negociación con el gobierno dentro de la organización, tal vez porque cuando uno va madurando va perdiendo, de alguna manera, el sentido de la lucha armada. Tras décadas se siente el aburrimiento de la dinámica del día a día, de la competencia entre colegas por el poder dentro de la propia organización; se empieza a sentir que ya no se están haciendo las cosas para mejorar

las condiciones de la población, sino para sobrevivir o competir con otros integrantes o frentes de la guerrilla. Tampoco entendía algunas decisiones del COCE, aunque participará en él; se sentía cansado de tanto trabajo y tan poco reconocimiento de sus subordinados, esos que no le encontraban sentido a la negociación, habituados a la guerra. Pero no se atrevía tampoco a renunciar a la lucha, a sus principios, y simplemente ir saliendo poco a poco de la organización, mimetizarse en el bosque, en un ranchito de vereda y morir. Después de décadas, la idea de que “esto va a cambiar” ya no es suficiente, sentía que había que hacer algo para cambiar, y eso era el proceso de negociación de paz con el gobierno. Uno más, después de los fracasos de los anteriores, con el gobierno de Virgilio Barco (1986-1990), de César Gaviria (1990-1994), con Ernesto Samper (1994-1998), además de los acercamientos (en todos ellos había participado) con el gobierno de Andrés Pastrana (1998-2002) y de Álvaro Uribe (2002-2010). Con toda esa trayectoria, se consideraba más un experto en negociación que un guerrillero.

Él sabía que algunos compañeros intuían ese cansancio y que ese aspecto podía afectar la negociación con el gobierno colombiano, por ello, otros miembros del COCE habían mandado gente de confianza en la delegación de la organización. Pero, además de la división del COCE frente al proceso de negociación, lo que más le preocupaba era que los militantes eran muy ajenos al proceso de negociación, faltaba pedagogía dentro de la propia militancia, incluidos los mandos medios. Era consciente de la dificultad de romper con discursos de odio de varias décadas para perdonar y abogar por un cambio de imaginarios frente al enemigo y pasar a verlo como un rival político. El ELN construyó una narrativa durante cuatro décadas, una historia, y la propuesta de cambio no confluía fácilmente con esa tradición, con ese discurso. La militancia sentía que un proceso de negociación con el Estado colombiano era

claudicar y entregar el país a las élites económicas, transnacionales económicas, a la extrema derecha y al uribismo.

Definitivamente, el COCE estaba dividido entre los que apoyaban la negociación, ‘Gabino’ y ‘Beltrán’, y los que se oponían a ésta, ‘Pablito’ y ‘Antonio García’. Y si esto pasaba en la alta dirección de la organización era peor en los frentes; por ello, durante el proceso Gabino daba una orden, pero ellos no tenían certeza nunca que esa orden se cumpliera. Replicando siglos de tradición de nuestra historia en la fórmula “acato, pero no cumplo”, evidenciado en la independencia del Bloque Oriental de guerra de las decisiones del COCE o de las múltiples y en ocasiones contradictorias estrategias militares regionales-locales, que incluso terminan en enfrentamientos entre facciones de los propios militantes de la organización. Por ello, el proceso de negociación con el Estado colombiano se convirtió desde el comienzo en un choque de egos dentro del ELN, de posicionamientos y poder dentro de la guerrilla; o de, simplemente, intentar hundir la estrategia de compañeros con posturas contrarias. Esta tensión estuvo siempre presente hasta el final frustrado, dándose golpes muy fuertes las distintas facciones, unos intentando avanzar y otros torpedeando los avances del proceso de negociación de paz.

En cuanto a los guerrilleros, en las selvas del Chocó, cerca del río Tamaná, poco interesaba y menos influía lo que sucedía en la negociación en Quito. Lo importante era seguir controlando el negocio de la minería ilegal, sustento del Frente Ernesto ‘Che’ Guevara y de los pobladores del lugar. Y si eso pasaba con los comandantes, peor era para la guerrillerada, calzados con sus botas caucheras, algunos con pantalones militares y camisas negras; otros con la camisa militar y los pantalones negros, pues no había dotación completa para todos; eso sí, con sus brazaletes rojo y negro en el hombro izquierdo y las letras ELN en blanco. O los más jóvenes, que rondan los trece o catorce años, distinguidos por su estatura baja, su machete

y la falta de arma de dotación. A todos ellos poco les interesaba el proceso de negociación con el Estado colombiano, su interés pasaba por proveerse de alimentación, armas, y, porque no, en muchos casos, alcohol o mujeres. Generalmente, estos guerrilleros rasos conocían más de lo que sucedía en Quito por los noticiarios en la televisión o radio que por la dirección nacional de la organización.

La falta de control del COCE sobre las estructuras militares es evidente y sigue mostrando que el papel del “foco” o de la comisión (grupo de seis u ocho guerrilleros) es central en la organización. Quedó evidenciado con el asesinato del gobernador indígena Aulio Isarama Forastero, el 29 de octubre del año 2017, en pleno proceso de negociación. En un suceso que el ELN calificó como “incidente trágico protagonizado por un solo efectivo de la organización” y sobre el que pidió perdón. El informe forense evidenció que fue asesinado con una ráfaga por la espalda. Frente al supuesto “centralismo democrático”, el principio organizativo de esta guerrilla esconde una falta clara de control táctico de sus estructuras militares, a pesar de que se dividan en frentes de guerra, columnas, compañías y comisiones. Esta estructura descentrada y federal es clave de la identidad como organización del ELN y ha sido central en su supervivencia, así como en la dificultad para las fuerzas de seguridad del Estado colombiano para acabar militarmente a esta organización o para infiltrarla eficazmente.

Otro ejemplo de la falta de control tiene que ver con la financiación de los frentes militares, dado que cada uno de ellos toma decisiones que en muchos casos pueden ir en contra de las decisiones estratégicas de la organización, como en el caso de los secuestrados, que se convirtió en un obstáculo central de la negociación. Pero también el tema del narcotráfico o, como la guerrilla lo denomina, “impuesto a la producción”. Aunque existen muchos más “impuestos” que

otros dirán son extorsiones, a todas las actividades económicas en sus zonas de influencia o donde intentar tener presencia. El caso más dramático son los secuestros, o “retenciones de tipo económico”.

El tema del secuestro se convirtió en el Florero de Llorente del proceso de negociación, ese que se pone en marcha públicamente con el anuncio de la agenda de negociación el día 30 de marzo del 2016. Una agenda de seis puntos, ambigua y etérea para satisfacer al ELN: 1) Participación de la sociedad en la construcción de paz, 2) Democracia para la paz, 3) Transformaciones para la paz, 4) Víctimas, 5) El fin del conflicto armado, y 6) Implementación. El gobierno del expresidente Juan Manuel Santos pensó que, tras los acuerdos de paz con la guerrilla de las FARC, el ELN negociaría por inercia, en lo que se pensaba una “paz exprés” que desconocía la historia de frustración de los anteriores procesos de negociación con esta guerrilla. Si bien el establecimiento de una agenda pública de negociación había sido un proceso de meses entre el negociador del gobierno colombiano, Frank Pearl y el del ELN, Antonio García en Caracas; ninguno de los dos continuará el proceso en Quito, e incluso García se opone posteriormente a la negociación. Convirtiéndose esta división del COCE en un obstáculo insalvable del proceso. Pero por el lado del gobierno colombiano tampoco hubo suficiente coordinación de los responsables del proceso, ni apoyo de la opinión pública ni de los líderes políticos, económicos o militares. Después de Pearl, el jefe del equipo negociador fue Juan Camilo Restrepo y, posteriormente, Gustavo Bell. Del primer equipo negociador en Quito, además de Restrepo, había personalidades como Luz Helena Sarmiento, geóloga santandereana y exministra de Santos; el general retirado Eduardo Herrera Berbel o el profesor Alberto Fergusson de la Universidad del Rosario. El equipo del gobierno colombiano cambiaba constantemente de integrantes, muchas veces por decisión presidencial, otras para

darle representación a los diferentes actores de la sociedad civil, especialmente militares y empresarios.

Pero la persona clave de este proceso de negociación fue alguien cercano al presidente Santos, un familiar, en este caso no fue su hermano Enrique Santos, como sucedió en la negociación con las FARC, sino Mauricio Rodríguez, hermano de Tutina de Santos, esposa del presidente de la República. Mauricio fue fundamental en los momentos más delicados para darle un avance al proceso, pero también se convirtió en una figura que restaba credibilidad al jefe negociador, Juan Camilo Restrepo, ya que no tenía un cargo, pero sí era línea directa con el presidente. Esencial fue su papel para avanzar ante el escoño de los constantes secuestros, dado que el ELN insistía en realizar “detenciones” por “impago” del impuesto revolucionario. Beltrán insistía una y otra vez, que, igual que el que no paga impuestos el Estado lo echa a la cárcel, la guerrilla los retiene hasta que realicen el pago correspondiente. Esta normalización del secuestro por parte del ELN fue un escoyo permanente. El caso emblemático, pero no único, fue el del político Odín Sánchez Montes en el Chocó. Aunque Juan Camilo Restrepo negoció la liberación del político, la guerrilla liberó a tres secuestrados, pero no a Odín, alegando que en el acuerdo no había quedado explícito el nombre de los secuestrados a liberar. La contraparte del gobierno colombiano fue dos indultos y dos gestores de paz. El gobierno se sintió burlado, los eternos negociadores del Estado colombiano, empezando por el general Herrera o Jaime Avendaño, se negaron a seguir con esa farsa y presionaron al ELN. Pero a esta organización nunca le han gustado las imposiciones, lo cual seguía impidiendo el avance del proceso de negociación. Este es un ejemplo de que había poca voluntad de las partes para llegar a acuerdos y lo que predominaba era utilizar cualquier acontecimiento para entablar un enfrentamiento.

El gobierno también utilizó esta coyuntura para medir el poder de Beltrán dentro de la organización, ya que tampoco puso nombres concretos a los indultados del ELN y gestores de paz, pero la definición de estos mostró que Beltrán tenía poco apoyo a la hora de tomar decisiones; y, sobre todo, qué tanto se podía acordar con él. Y es que la política también es un juego de teatrocracia.

Frente al proceso de negociación de paz con las FARC, en el que su jefe negociador, Sergio Jaramillo, siempre estuvo dirigiendo la situación, inclusive saliendo lo menos posible de La Habana; y rodeado siempre de asesores militares, empresarios, académicos, etc., la dinámica en Quito era que los equipos negociadores vivían “solos”. Viéndose todo el día los mismos, lo cual no significaba que se ganara en cercanía y confianza, sino todo lo contrario. Si las disputas en el COCE dificultaban la negociación, no era menos cierto que las divisiones en el equipo negociador del gobierno colombiano, la falta un liderazgo claro y de apoyo al proceso por parte de la población, imposibilitaban el avance. Por lo tanto, cada ciclo de negociaciones solía convertirse en tensiones entre los equipos negociadores, especialmente entre los jefes, Restrepo y Beltrán, que convirtieron en muchas ocasiones la mesa en un ring de egos, peleas de cuatro horas de ataques sobre temas como el secuestro, el asesinato de líderes sociales, el cese al fuego, etc.

La tensión era tal en la mayoría de las sesiones y la maestría de Beltrán con su carácter tranquilo y muchas millas de experiencia en procesos negociadores y fases exploratorias, que un día Restrepo tuvo que ser trasladado de urgencia a un hospital por una descompensación cardiológica. Conseguir un pequeño acuerdo eran horas de disputa y enfrentamientos, que, en muchos casos, se llevaban al plano personal. Una vez conseguido el acuerdo no se cumplía a los pocos días de ser firmado, especialmente por parte del gobierno colombiano. Lo que daba a entender a cada uno de los equipos

negociadores que el proceso no iba para ningún lado y se empezó a jugar con el factor tiempo y, sobre todo, con la proximidad de las elecciones presidenciales en Colombia; así como el intento por quedar bien ante la opinión pública nacional e internacional.

No se puede olvidar que el ELN a nivel internacional no tenía casi reconocimiento frente a otra guerrilla colombiana como las FARC, geoestratégicamente este proceso le permitió al ELN mejorar su reconocimiento internacional y su visibilidad nacional, después de décadas, como la hermana pequeña de la guerrilla. Adicionalmente, le permitió ocupar espacios territoriales tradicionalmente ocupados por las FARC y en el plano estratégico conectar muchos de sus frentes de guerra para transitar armas, cuadros militares y droga. Por lo tanto, desde mediados del año 2017 la negociación cae en una dinámica de escaso avance, a pesar de la tregua de 101 días de septiembre del 2017 por la visita del papa Francisco a Colombia; y comienza una etapa de frustración. El jefe negociador del gobierno colombiano, Juan Camilo Restrepo, todo un ejemplo de un *show man* mediático, renuncia sin consultarle a nadie, ni siquiera al presidente, en una entrevista en directo en la radio. Es sustituido en el sexto ciclo de negociaciones, julio-agosto del 2018, por Gustavo Bell, pero no hay empalme ni continuidad entre los equipos del gobierno. El presidente Santos, desde la mitad del proceso de negociación, se desentiende del mismo y deja de mandar a su cuñado para supervisar los avances o resolver inconvenientes precisos. Definitivamente era una crónica de muerte anunciada, o en palabras para un titular de prensa, un proceso de frustraciones. La estocada de muerte son las elecciones presidenciales en Colombia, con la primera vuelta el 27 de mayo del 2018, y la segunda el 17 de junio, en las que sale elegido el candidato uribista Iván Duque Márquez.

Si existía división frente al proceso de negociación en el ELN, en el gobierno y los poderes fácticos, y confrontaciones

personales entre los jefes negociadores; no eran menores los diferentes intereses geoestratégicos de los seis países garantes del proceso: Noruega, Chile, Brasil, Cuba, Ecuador y Venezuela. Quito acogió las negociaciones con el ELN desde febrero del 2017, indiscutiblemente Ecuador tuvo un rol destacado, dado que esta guerrilla tenía una fuerte presencia en su frontera norte, creando mucha inestabilidad, problemas de narcotráfico y secuestros. Un proceso de negociación podría permitir al país enfriar esa frontera caliente. Los otros países garantes tuvieron un rol muy pasivo, desde el comienzo mostraron su desesperación frente a los pocos avances en el proceso, veían largas jornadas de disputa, pero no pasaba nada o los acuerdos solían ser más de forma que de fondo. El proceso se estaba aletargando y ellos estaban preocupados, pero difícilmente podían actuar dado que también estaban divididos entre el apoyo al ELN, claro en Cuba y Venezuela, pero también en Noruega con una postura muy tolerante con las actuaciones de la guerrilla; el apoyo claro al gobierno colombiano de Chile y Brasil; y el campo neutral de Ecuador haciendo un equilibrio por parte del presidente Rafael Correa para no parecer pro-guerrillero y posteriormente del presidente Lenín Moreno por dar la impresión de ser contrario al ELN. Las extensas sesiones con los garantes se convertían en reuniones en las que una delegación denunciaba a la otra por sus incumplimientos, por los secuestros continuos de la guerrilla, por el asesinato sistemático de líderes sociales y la impunidad en que quedaban por parte de la justicia del Estado colombiano. Los garantes eran incapaces de mediar, tanto por la distancia entre las posiciones de los actores del proceso, como por las propias de los garantes.

La falta de construcción de confianza, el desconocimiento del otro, las posiciones absolutas y la carencia de construcción de una cultura de tolerancia propiciaban la dificultad de entendimiento y el establecimiento de consensos. Todo

desembocó en el atentado en la Escuela de Cadetes de la Policía General Francisco de Paula Santander, en la ciudad de Bogotá, el día 17 de enero del 2019, con el asesinato de veintidós personas y más de cincuenta heridos; perpetrado por José Aldemar Rojas Rodríguez, alias el ‘Mocho’, con una camioneta gris Nissan Patrol cargada con ochenta kilos de pentolita. Este alias era porque había perdido una mano como explosivista del frente Domingo Laín Saénz del ELN, ese frente de Guerra Oriental que era contrario al proceso de negociación con el gobierno.

El ‘Mocho’ era el tercero de trece hermanos de una familia humilde, nació en 1962, dos años antes del surgimiento del ELN, y antes de entrar en la guerrilla trabajaba de jornalero todo el día tirando machete en la vereda El Marfil, en Puerto Boyacá, municipio epicentro nacional del paramilitarismo en Colombia. El ‘Mocho’, bajo las órdenes de Pablito, jefe del frente de Guerra Oriental, no solo dinamitó la Escuela de Cadetes, sino el proceso de negociación de paz con el gobierno y tal vez la esperanza del fin del conflicto armado en Colombia en los próximos años.

Bibliografía

- Alonso, Manuel Alberto. *Conflicto armado y configuración regional. El caso del Magdalena Medio*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1997.
- Arango, Carlos. *Yo vi morir a Camilo*. Bogotá: Colombia Nueva, 1982.
- *Crucifijos-Sotanas y fusiles*. Bogotá: Editorial Colombia Nueva, 1991.
- Archila, Mauricio. *Idas y venidas, vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia 1958-1990*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2003.
- Arenas, Jaime. *La guerrilla por dentro. Análisis del ELN Colombiano*. Bogotá: Tercer mundo, 1971.
- Benjamín, Walter. “Para la crítica de la violencia”. *Angelus Novas*. Barcelona: La Gaya Ciencia, 1971.
- Broderick, Walter. *El guerrillero invisible*. Bogotá: Intermedio Editores, 2000.
- Calvo, Fabiola. *Manuel Pérez, un cura español en la guerrilla colombiana*. Madrid: Vosa, 1998.
- Castaño, Oscar. *El guerrillero y el político: Ricardo Lara Parada*. Bogotá: Oveja Negra, 1984.
- Castro Caycedo, Germán. *En secreto*. Bogotá: Planeta, 1996.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. *Tierras y conflictos rurales. Historia, políticas agrarias y protagonistas*. Bogotá: CNMH, 2016.

- Tomas y ataques guerrilleros (1965-2013)*. Bogotá: CNMH-IEPRI, 2016.
- Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, e Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia. *El Despojo de Tierras y Territorios. Aproximación conceptual*. Bogotá: IEPRI Y CNRR, 2009.
- Corporación Observatorio para la Paz. *Las verdaderas intenciones del ELN*. Bogotá: Intermedio Editores, 2001.
- Correa, Medardo. *Sueño inconcluso. Mi vivencia en el ELN*. Bogotá: Fidesarrollo, 1997.
- De Currea-Lugo, Victor. *Negociación Gobierno-ELN. Y sin embargo, se mueve*. Bogotá: Ediciones Ántropos, 2015.
- Debray, Régis. “¿Revolución en la revolución?”. *Ensayos sobre América Latina*. México: Era, 1969.
- De La Torre, Cristina. “Nacimiento del ELN. Revelaciones de Ricardo Lara Parada”. *Trópicos. Crítica y réplica* 3, mzo-abr (1980).
- González, Fernán. *Política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción de Estado*. Bogotá: Centro de Investigación y Educación Popular, 2003.
- Poder y violencia en Colombia*. Bogotá: Odecofi-Cinep, 2014.
- Guillén, Fernando. *El poder político en Colombia*. Bogotá: Planeta, 1979.
- Harnecker, Marta. *Unidad que multiplica: entrevista a dirigentes máximos de la Unión Camilista, Ejército de Liberación Nacional*. Quito: Quimera Editores, 1988.
- Lara Parada, Ricardo. “Ricardo Lara Parada se rectifica”. *Trópicos. Crítica y réplica* 7 (1980).
- Leal, Francisco, y Dávila, Andrés. *Cientelismo. El sistema político y su expresión regional*. Bogotá: Tercer Mundo-IEPRI, 1990.
- Medina, Carlos. *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional. La historia de los primeros tiempos (1958-1978)*. Bogotá: Rodríguez Quito Editores, 2001.
- Múnera, Leopoldo. *Rupturas y continuidades. Poder y movimiento popular en Colombia, 1968-1988*. Bogotá: CEREC-IEPRI, 1998.
- Oquist, Paul. *Violence, conflict and politics in Colombia*. Nueva York: Academic Press, 1980.

- Palacios, Marco. *La clase más ruidosa y otros ensayos sobre política e historia*. Bogotá: Norma, 2002.
- Pécaut, Daniel. *L'ordre et La Violence: evolution socio-politique de la Colombie entre 1930 et 1953*. París: Editions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1987.
- Perea, Carlos. *Porque la sangre es espíritu. Imaginario y discurso político en las élites capitalinas (1942-1949)*. Bogotá: Santillana, 1996.
- Pizarro, Eduardo. *Insurgencia sin revolución. La guerrilla en Colombia en una perspectiva comparada*. Bogotá: Tercer Mundo Editores-IEPRI, 1996.
- Post, Jerrold. "Psicología terrorista: el comportamiento terrorista como producto de fuerzas psicológicas". *Orígenes del terrorismo. Psicología, ideología, teología, estados mentales*. Comp. Walter Reich. Barcelona: Ediciones Pomares Corredor, 1994.
- Restrepo, Javier. *La revolución de las sotanas. Golconda 25 años después*. Bogotá: Planeta, 1995.
- Rojas, Cristina. *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*. Bogotá: Norma, 2001.
- Sánchez, Gonzalo y Ricardo Peñaranda, comps. *Pasado y presente de la Violencia en Colombia*. Bogotá: Fondo Editorial CEREC, 1986.
- Sancho, Roberto. *Guerrilla y terrorismo en Colombia y España: ELN y ETA*. Bucaramanga: Editorial Universidad Autónoma de Bucaramanga, 2003.
- Vargas, Alejo. *Magdalena Medio santandereano: colonización y conflicto armado*. Bogotá: CINEP, 1992.
- Virviescas, Pastor. "La toma de Simacota: entre el mito y la realidad". *El Espectador* 12 abr. 1998: Judicial 5-A.
- Wickham, Timothy. *Guerrillas and Revolution in Latin America. A comparative study of insurgents and regimes since 1956*. Princeton: Princeton University Press, 1992.

Ariel

España

Barcelona

Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
Tel. + 34 93 496 70 01
Fax + 34 93 217 77 48
Mail: comunicacioneditorialplaneta@planeta.es
www.planeta.es

Madrid

Josefa Valcárcel, 42
28027 Madrid
Tel. + 34 91 423 03 03
Fax + 34 91 423 03 25
Mail: comunicacioneditorialplaneta@planeta.es
www.planeta.es

Argentina

Av. Independencia, 1682
C1100 Buenos Aires (Argentina)
Tel. (5411) 4124 91 00
Fax (5411) 4124 91 90
Mail: info@ar.planetadelibros.com
www.planetadelibros.com.ar

Brasil

R. Padre João Manuel, 100, 21o andar –
Edifício Horsa II
São Paulo – 01411-000 (Brasil)
Tel. (5511) 3087 88 88
Mail: atendimento@editoraplaneta.com.br
www.planetadelivros.com.br

Chile

Av. Andrés Bello 2115, piso 8
Providencia, Santiago (Chile)
Tel. (562) 2652 29 10
Mail: info@planeta.cl
www.planetadelibros.cl

Colombia

Calle 73 N.º 7-60, pisos 8 al 11
Bogotá, D.C. (Colombia)
Tel. (571) 607 99 97
Fax (571) 607 99 76
Mail: info@planetadelibros.com.co
www.planetadelibros.com.co

Ecuador

Whymper, N27-166, y Francisco de Orellana
Quito (Ecuador)
Tel. (5932) 290 89 99
Fax (5932) 250 72 34
Mail: planeta@access.net.ec
www.planetadelibros.com.ec

México

Masaryk 111, piso 2.º Colonia Polanco V
Sección Delegación Miguel Hidalgo 11560
México, D.F. (México)
Tel. (52) 55 3000 62 00
Fax (52) 55 5002 91 54
Mail: info@planetadelibros.com.mx
www.planetadelibros.com.mx

Perú

Edificio Prisma Business Tower
Av. Juan de Aliaga 425 of 704
Magdalena del Mar, Lima (Perú)
Tel. (511) 440 98 98
Mail: info@eplaneta.com.pe
www.planetadelibros.com.pe

Portugal

Planeta Manuscrito
Rua do Loreto 16, 1ºD
1200-242 Lisboa
Tel. + 351 213 408 520, Fax + 351 213 408 526
Mail: info@planeta.pt
www.planeta.pt

Uruguay

Cuareim 1647
11.100 Montevideo (Uruguay)
Tel. (54) 11 2902 25 50, Fax (54) 11 2901 40 26
Mail: info@planeta.com.uy
www.planetadelibros.com.uy

Venezuela

Final Av. Libertador con calle Alameda,
Edificio Exa, piso 3, of. 302
El Rosal Chacao, Caracas (Venezuela)
Tel. (58212) 526 63 00
Mail: info@planetadelibros.com.ve
www.planetadelibros.com.ve